

CESAR  
VALLEJO

# NOVELAS

• TUNESTENO  
• MADRA SALVAJE  
• ESCALAS  
• HELIOGRAFIADAS





JUAN MEJIA BACA  
Biblioteca

**CESAR  
VALLEJO**

**NOVELAS**

TUNGSTENO

FABLA SALVAJE

ESCALAS MELOGRAFIADAS

*Juan Mejía Baca*

**HORA DEL  
HOMBRE, S. A.**

LIMA - PERU

JUAN MEJIA BACA  
Biblioteca

Hecho el depósito de ejemplares  
que manda la Ley.

La compilación y organización de esta edición es  
propiedad de Editorial Hora del Hombre, S. A.

Copyright by Hora del Hombre, S. A.  
Camaná 924 — Casilla 2378 - Lima-Perú

Editorial Hora del Hombre, S. A. respeta y reconoce los derechos legales que puedan derivarse de la presente edición para quien o quienes posean derechos legítimos de heredad sobre la obra literaria de César Vallejo y hasta los alcances de Ley.

Primera edición de 2.000 ejemplares, febrero de 1948

Impreso en Perú — Printed in Peru

---

Imprenta "El Cóndor" — Camaná 983  
Lima — Perú

CESAR VALLEJO nació en Santiago de Chuco, sierra del Norte de Perú, y murió en París, capital de Francia. La dilatada distancia entre estos dos extremos, para Vallejo no fue sino física. Su ser siguió siendo, hasta su muerte, 1938, y en sus 45 años de vida, ser cholo, fruto de indio y español. No se eterizó en francés. La ausencia de su tierra fué de dolor de su cuerpo, al que temprano golpeará la injusticia, a él que era un luchador espiritual, como lo ratifica su prosa y su poesía. Su primer libro es "Los Heraldos negros" (1918), en los que insiste que "Hay golpes en la vida tan fuertes... yo no sé", y su último "España, aparta de mí este cáliz", en el que dice que "el cadáver, ay, siguió viviendo". Publicó "Trilce" (1923); "Tungsteno" (1931) y "Rusia, 1931 — Meditaciones al pie del Kremlin" (1932). Por su obra y afiliación, Vallejo no pertenece a los literatos de equívoca postura y de palabras sin alma; pertenece al pueblo, a los intelectuales de creación heroica. El pueblo le debe por eso su permanente homenaje.

# PROLOGOS

las cosas de los hombres y los hombres con sus cosas. De confundir el "nombre de las cosas con las cosas mismas", lo que equivaldría a desvirtuar la presencia y trascendencia de César Vallejo en la literatura de nuestro pueblo. Y esto es ya categórico. Lo es, porque César Vallejo es esencialmente nuestro pueblo, y quien no tenga en su hacer y su pensar una afinidad sin reservas con el pueblo, una disposición propulsora de las calidades creativas del pueblo, con sus luchas y sus victorias inevitables; una identidad de cuerpo y espíritu con lo que el pueblo, — todos los pueblos —, quiere y busca tras de siglos de incesante camino hacia una sociedad de trabajo feliz y de felicidad en el trabajo: quien carezca de esa afinidad, disposición e identidad tiene con César Vallejo radicales diferencias.

He aquí una de las poderosas razones del olvido habido de las novelas y relatos y en general de la prosa de Vallejo. Lo que en sus cuentos y novelas presenta y describe Vallejo; cómo éste se ubica y define dentro de ellos no permite, en modo alguno, distorsión ni escamoteo. Todo ello impone, por el contrario, una clara e insoslayable decisión del pensamiento y una rotunda declaración de a qué y a quiénes el escritor embraceta su vida y otorga su obra.

Desde el más profundo fondo hacia la superficie de las novelas de César Vallejo se eleva y se agiganta el martirio y la esperanza del pueblo. Retumban en sus páginas dolores de siglos, de nacionalidad y de clase, y arranca convicciones de que aquello no puede ser ni será eterno. Un mundo de trabajadores puebla sus páginas. Una agonía popular, masiva, con reivindicación y conquista trabajan cada línea. Y el campesino, el indio, el obrero, desnudos de todo artificio, viven, padecen y luchan sin que César Vallejo los pinte desde el cómodo paraíso de intelectual. Nó; César Vallejo, como uno de ellos, a los indios, a los campesinos, a los obreros, no hace más que traducirlos. No los presenta ni describe: los acompaña formando parte de su caravana, marchando con ellos, bien pegado a la tierra, con sus ayes y blasfemias, hacia las aspiraciones enunciadas por Servando Huanca.

En las tres partes de este volumen, de una manera u otra, en cada una de ellas, no hay, como centro de gravitación, sino pueblo, hombre o multitud. "Tungsteno", desde luego, el eje de este volumen, como que, entre los tres títulos, con "Fable Salvaje" y "Escalas Melografiadas", es la realización madura de Vallejo. Las otras dos, son trabajo de juventud, de formación; en cuyas páginas palpita un mundo de sombras, de búsqueda de lo que, años después, "Tungsteno" será una cristalización. En esta novela, César Vallejo vibra con el martirio de los indios mineros, de los indios explotados en mancomún por el feuda-

lismo y el imperialismo; y de todas las inmensas sombras de sufrimiento y muerte a que esas dos cadenas aprisionan al pueblo; rompiéndolas, como elevándose ante la montaña de sangre succionada por siglos, surge la actitud y la voz de un hombre obrero plantándose de frente, cara a cara, a condenar el sistema de explotación y de opresión.

No se cuidó Vallejo de la forma, de la "literatura" de su prosa. No fué elegante ni hizo elegancia. Por el camino llano de la descripción, hablando como el pueblo habla, ignoró hacerse difícil y, más aún, no se diluyó en el "genio" de lo ininteligible. Su camino fué el inverso y su meta opuesta a esa genialidad de morfina, trabajada en la estratófera del lenguaje y consagrada en la nebulosa de la ignorancia. Se resentirá el "literato" al leer estas páginas de César Vallejo y en cambio el hombre del pueblo, aun aquel a quien la sociedad le ha dado apenas el estudio de los tres años de la primaria elemental, beberá y se nutrirá sin esfuerzo en su lectura. Porque César Vallejo escribió para él, para los Servando Huancas y no para los mangones de la revolución traicionada o simplemente explotada ni para los buenos señores de satisfecha barriga.

Era, finalmente, indispensable que las novelas y cuentos de César Vallejo llegaran al conocimiento de nuestras gentes de hoy. "Fabra Salvaje" y "Escalas Mclografiadas", publicadas en reducidas ediciones hace más de veinticinco años, y "Tungsteno" en una agotada edición de Cenit, de Madrid, estaban desconocidas hasta hoy por nuestro pueblo. Hemos creído cumplir un deber al publicarlas, reservando los derechos del autor a quien o quienes legal y legítimamente los tengan. No hacemos, pues, una edición pirata. Entregamos una edición imprescindible, de urgente necesidad.

Jorge FALCON.



## EL HOMBRE Y SU OBRA

“el cangrejo trata de colocar su pata donde quiera que el caballo pone el casco”.

*En el proceso y en la historia de la literatura peruana, César Vallejo representa una modalidad diferente, particular, de personal realización. No cuesta esfuerzo apreciar que Vallejo no tiene antecedente ni es continuador. Algo forzosamente se puede decir que él constituye una aparición, un surgimiento, cual síntesis emergida de las mil vueltas y contradicciones de nuestra evolución; que es como la resultante de muchas causas, soterradas todas ellas bajo diversas capas, dispuestas en forma de impedirles manifestarse. Su aparición sería así, a la par que negación de una sugerencia mítica, culminante presencia de un proceso larga y dolorosamente cumplido por nuestro pueblo, por nuestro hombre. Condicionado por multiplicidad de ancestrales emociones, —que en la nacionalidad subsisten constreñidas entre influencias ajenas y dominio exterior, impidiéndoles expresarse e imponiéndoles el silencio en sí, sin dejarles libertad para decir de sí,— su voz, en su poesía y en su prosa, es casi un grito —mas no un alarido—, un torrente de angustias, anhelos y deseos inmanifiestos por siglos y que, por acción del hombre enfrentado a su propia angustia, un día cualquiera culminan en sonido, en articulado anuncio de una esperanza.*

*No se pronuncia, entonces, Vallejo como todos los que hablan por sensación epidérmica y la voluta de su elucubración. Se pronuncia con el dolor y la dificultad de los que siempre han callado sus más recónditas agonías y que nunca pudieron decir su más esforzada ambición y que, de pronto, impulsados por sus propias fuerzas contenidas, por su*

desesperación y su drama, lanzan al vuelo las palabras cargándolas de contenido, de maduro contenido. Vallejo abre así un sendero, clava un antecedente, determina una continuación. Corre el riesgo, en esto, ¡y qué riesgo!, de ser traficado y adulterado, de ser aprovechado e imitado para cosa distinta a la buscada y querida por él. Y efectivamente este riesgo se cumple con Vallejo, todavía cuando su obra no le sobrevive, cuando la vibración de su cuerpo no ha dejado de ser definitivamente.

Paralela a la continuación sincera, a quienes siguen su luz y en ella dan la suya, una ola de "vallejismo" sin raíz viene tras la muerte de César Vallejo. Entra en disputa —sin entrar en discusión su obra— la heredad de su cuerpo y de su obra. De su amistad y de su producción, con buen cuidado de aislarse, por parte de los disputantes, de la esencia de su vida y de su creación. En la casa de dos puertas que dice Calderón de la Barca, el contrabando ingresa con prisa por aquella desguarnecida. Los contrabandistas se suman y multiplican, embrollando lo creado por Vallejo, el espíritu, la intención y el fin de la sensibilidad del escritor, en una identificación sin identidad.

De la obra de César Vallejo, su poesía es la que sufre el avatar de sus "continuadores". Estos se apoderan de ella del mismo modo que el buitre de su presa, con la misma similitud de propósito, o sea, sin la mínima correlación con el ánimo del poeta ni la posición del hombre, unidad indivisible en Vallejo. Entrando a saco en los caminos del hombre, tapiándolos y enmarañándolos, los de la puerta falsa exhiben triunfantes el trozo de su presa: la poesía de Vallejo. De este modo, el hombre y el poeta, uno solo, casi van dividiéndose, separándose, y el poeta queda entre adjetivos y especulaciones mientras se tiende el manto del olvido sobre el hombre en actitud.

Hasta el punto que calzan quienes de César Vallejo quieren hacer figura literaria y nada más, y figura literaria borrosa en lo que la mayoría de los lectores de Vallejo perciben y aspiran en cualquiera de sus frases, el secreto de un pueblo arrancado a su agonía silenciosa, dicha acción es lógica y única posible de realizar. Lo es en el mismo hecho de estar negando la actitud, la sensibilidad y la definición de César Vallejo. Me rindo a hacen el simul de los revolucionarios miedosos de la revolución. Aún más, avanzando a toda la verdad, de los revolucionarios de papel celofán, ramos de flores rojas cuyo perfume atosiga y denuncia su ninguna belleza.

De hecho tal surge a la vez el riesgo de que caiga una montaña de mal polvo sobre el Vallejo cierto y verdadero; sobre el Vallejo de un principio y una posición. De un sentimiento maduro y definido ante

## A LA PRIMERA EDICION DE TUNGSTENO

Es esta la segunda novela americana que CENIT acoge en su colección, y ambas también sobre temas de América. No es esta una coincidencia fortuita, dada la tendencia social que inspira nuestras publicaciones. Es un hecho indiscutible que, mientras, en su casi totalidad, la literatura novelesca peninsular —fiel en esto a las tradiciones que los escritores latinos, de pauta francesa, no acaban de sacudir— se siente nostálgicamente apegada a los viejos temas individualistas, los autores jóvenes americanos se muestran más propensos a recoger en sus obras de ficción los problemas de la vida social y política de sus países. No se trata de renovar aquí —ni sería este sitio adecuado— la vieja polémica de si hay o no un "arte social"; basta con que el artista pueda imprimir vida de arte a motivos sociales, y no lo sería verdaderamente si careciese de esa capacidad, si sus posibilidades creadoras se detuviesen ante lo que es, cuando menos una parte esencial del hombre y del mundo. Hasta hoy, la actitud de retraimiento de CENIT ante la producción literaria original no estaba informada precisamente en un principio, sino que era tan sólo la consecuencia, para nosotros forzosa, de una realidad que no nos brindaba lo que creemos deber nuestro ofrecer al lector. Por eso tiene que producirnos doble satisfacción el que, de tarde en tarde, venga a nuestras manos una obra original como esta de Vallejo, en que la honda emoción humana, la aguzada y profunda recreación de tipos y de ambiente, deja sitio a una generosa e inteligente preocupación por los problemas de la vida social, por esas luchas sociales que, aunque no tengan su asiento en la conciencia ni en el sexo o en el corazón, como lo requiere la novela clásica, también determinan, y en parte no pequeña, el destino de la humanidad.

César Vallejo es escritor peruano. Joven, naturalmente. Hizo en Lima estudios de Letras y Derecho. Estudios, no "carrera", que ni si-

quiera en su acepción académica llegó a terminar. Su primer libro es un libro de poemas: *Los heraldos negros*. Vallejo es, por su personalidad literaria, un poeta. Pero para este poeta —ya lo veremos en seguida, y ya lo verá sobre todo el lector de esta novela— la expresión no es el goce exquisito del fin en sí, ni la palabra un pequeño dios en cuyo altar oficia el literato. Vallejo lucha muy pronto en la política peruana, y su actuación no debió ser del todo desacertada, pues por dos veces le recluyeron en la cárcel, que es —bajo todos los climas— el reconocimiento de los gobiernos al rebelde eficaz. También su segundo libro, *Trilce*, es un libro de poesía. José Bergamín tuvo el buen sentido de presentarlo al público español. En 1923, el autor se traslada a París. En 1928 hace un viaje a Moscú, no como turista precisamente, ni como curioso esnobista de rarezas sociales. Luego, viaja por varios países de Europa y estudia, observa; no se contenta con que su poesía se nutra de "emoción interior"; vuelve a Rusia. Colabora en periódicos y revistas de América, sobre temas actuales, demasiado actuales; a este poeta no le preocupa, al parecer, el mirto ni la mármorea perennidad; tampoco queremos decir que le preocupe la que llaman "poesía de las cosas triviales", sino otra, la de la vida que se crea luchando. En 1930 es perseguido por el Gobierno francés, a quien no placen sus campañas periodísticas, poco transigentes con los lados tenebrosos del capitalismo y poco propicias a encubrir los derroteros de la sociedad burguesa. La democracia gala confirma el juicio de los pretorianos del Perú: ya no le queda a César Vallejo ningún galardón político que desear. Actualmente reside en Madrid, donde prepara un libro sobre Rusia y reedita algunas de sus obras publicadas en América.

Fruto de su contacto con las masas obreras del Perú es esta novela vivida o crónica novelada, en que hay algo más que un "reportaje", como modestamente deseaba verla clasificada su autor; pues hay en ella, aunque las fuentes las dé la realidad, un mundo propio con criaturas propias y propias leyes, modeladas como en nuevo génesis poético por el novelista.

En el relato, como mucho más en el diálogo, hemos respetado íntegramente los giros y construcción gramatical del autor. Este, que es un magnífico artista de la palabra, ha querido dar a la novela la personalidad y el color local del lenguaje; no olvide el lector que no va a asistir al desarrollo de una acción en un pueblo de Castilla; el novelista le brinda un trozo de vida palpitante de su país, y no cogido precisamente con pinzas convencionales.

# TUNGSTENO

## I

Dueña, por fin, la empresa norteamericana "Mining Society", de las minas de tungsteno de Quivilca, en el departamento del Cusco, la gerencia de Nueva York dispuso dar comienzo inmediatamente a la extracción del mineral.

Una avalancha de peones y empleados salió de Colca y de los lugares del tránsito, con rumbo a las minas. A esa avalancha siguió otra y otra, todas contratadas para la colonización y labores de minería. La circunstancia de no encontrar en los alrededores y comarcas vecinas de los yacimientos, ni en quince leguas a la redonda, la mano de obra necesaria, obligaba a la empresa a llevar, desde lejanas aldeas y poblaciones rurales, una vasta indiada, destinada al trabajo de las minas.

El dinero empezó a correr aceleradamente y en abundancia nunca vista en Colca, capital de la provincia en que se hallaban situadas las minas. Las transacciones comerciales adquirieron proporciones inauditas. Se observaba por todas partes, en las bodegas y mercados, en las calles y plazas, personas ajustando compras y operaciones económicas. Cambiaban de dueños gran número de fincas urbanas y rurales, y bullían constantes ajetreos en las notarias públicas y en los juzgados. Los dólares de la "Mining Society" habían comunicado a la vida provinciana, antes tan apacible, un movimiento inusitado.

Todos mostraban aire de viaje. Hasta el modo de andar, antes lento y dejativo, se hizo rápido e impaciente. Transitaban los hombres, vestidos de caqui, polainas y pantalón de montar, hablando, con voz que también había cambiado de timbre, sobre dólares, documentos, cheques, sellos fiscales, minutas, cancelaciones, toneladas, herramientas. Las mozas de los arrabales salían a verlos pasar, y una dulce zozobra las estremecía, pensando en los lejanos minerales, cuyo exótico encanto las atraía de modo irresistible. Sonreían y se ponían coloradas, preguntando:

—¿Se va usted a Quivilca?

—Sí. Mañana muy temprano.

—¡Quién como los que se van! ¡A hacerse ricos en las minas!

Así venían los idilios y los amores, que habrían de ir luego a anidar en las bóvedas sombrías de las vetas fabulosas.

En la primera avanzada de peones y mineros marcharon a Quivilca los gerentes, directores y altos empleados de la empresa. Iban allí, en primer lugar, místers Taik y Weiss, gerente y subgerente de la "Mining Society"; el cajero de la empresa, Javier Machuca; el ingeniero peruano Baldomero Rubio, el comerciante José Marino, que había tomado la exclusiva del bazar y de la contrata de peones para la "Mining Society"; el comisario del asiento minero, Baldazari, y el agrimensor Leónidas Benites, ayudante de Rubio. Este traía a su mujer y dos hijos pequeños. Marino no llevaba más parientes que un sobrino de unos diez años, a quien le pegaba a menudo. Los demás iban sin familia.

El paraje donde se establecieron era una despoblada falda de la vertiente oriental de los Andes, que mira a la región de los bosques. Allí encontraron, por todo signo de vida humana, una pequeña cabaña de indígenas, los soras. Esta circunstancia, que les permitiría servirse de los indios como guías en la región solitaria y desconocida, unida a la de ser ése el punto que, según la topografía del lugar, debía servir de centro de acción de la empresa, hizo que las bases de la población minera fuesen echadas en torno a la cabaña de los soras.

Azarosos y grandes esfuerzos hubo de desplegarse para poder establecer definitiva y normalmente la vida en aquellas pinas y el trabajo en las minas. La ausencia de vías de comunicación con los pueblos civilizados, a los que aquel paraje se hallaba apenas unido por una abrupta ruta para llamas, constituyó, en los comienzos, una dificultad casi invencible. Varias veces se suspendió el trabajo por falta de herramientas y no pocas por hambre e intemperie de la gente, sometida bruscamente a la acción de un clima glacial e implacable.

Los soras, en quienes los mineros hallaron todo género de apoyo y una candorosa y alegre mansedumbre, jugaron allí un rol cuya importancia llegó a adquirir tan vastas proporciones, que en más de una ocasión habría fracasado para siempre la empresa, sin su oportuna intervención. Cuando se acababan los víveres y no venían otros de Colca, los soras cedían sus granos, sus ganados, artefactos y servicios personales, sin tasa ni reserva, y, lo que es más, sin remuneración alguna. Se contentaban con vivir en armoniosa y desinteresada amistad con los mineros, a los que los soras miraban con cierta curiosidad infantil, agitarse día y noche, en un forcejeo sistemático de aparatos fantásticos y mis-

teriosos. Por su parte, la "Mining Society" no necesitó, al comienzo, de la mano de obra que podían prestarle los soras en los trabajos de las minas, en razón de haber traído de Colca y de los lugares del tránsito una peonada numerosa y suficiente. La "Mining Society" dejó, a este respecto, tranquilos a los soras, hasta el día en que las minas reclamasesen más fuerzas y más hombres. ¿Llegaría ese día? Por el instante, los soras seguían viviendo fuera de las labores de las minas.

—¿Por qué haces siempre así?— le preguntó un sora a un obrero que tenía el oficio de aceitar grúas.

—Es para levantar la cangalla.

—¿Y para qué levantas la cangalla?

—Para limpiar la veta y dejar libre el metal.

—¿Y qué vas a hacer con metal?

—¿A ti no te gusta tener dinero? ¡Qué indio tan bruto!

El sora vió sonreír al obrero y él también sonrió maquinalmente, sin motivo. Le siguió observando todo el día y durante muchos días más, tentado de ver en qué paraba esa maniobra de aceitar grúas. Y otro día, el sora volvió a preguntar al obrero, por cuyas sienas corría el sudor:

—¿Ya tienes dinero? ¿Qué es dinero?

El obrero respondió paternalmente, haciendo sonar los bolsillos de su blusa:

—Esto es dinero. Fíjate. Esto es dinero. ¿Lo oyes?..

Dijo el obrero esto y sacó a enseñarle varias monedas de níquel. El sora las vió, como una criatura que no acaba de entender una cosa:

—¿Y qué haces con dinero?

—Se compra lo que se quiere. ¡Qué bruto eres, muchacho!

Volvió el obrero a reírse. El sora se alejó saltando y silbando.

En otra ocasión, otro de los soras, que contemplaba absortamente y como hechizado a un obrero que martillaba en el yunque de la forja, se puso a reír con alegría clara y retozona. El herrero le dijo:

—¿De qué te ríes, cholito? ¿Quieres trabajar conmigo?

—Sí. Yo quiero hacer así.

—No. Tú no sabes, hombre. Esto es muy difícil.

Pero el sora se empecinó en trabajar en la forja. Al fin, le consintieron y trabajó allí cuatro días seguidos, llegando a prestar efectiva ayuda a los mecánicos. Al quinto, al mediodía, el sora puso repentinamente a un lado los lingotes y se fué.

—Oye —le observaron—, ¿por qué te vas? Sigue trabajando.

—No —dijo el sora—. Ya no me gusta.



—Te van a pagar. Te van a pagar por tu trabajo. Sigue no más trabajando.

—No. Ya no quiero.

A los pocos días, vieron al mismo sora echando agua con un mate a una batea, donde lavaba trigo una muchacha. Después se ofreció a llevar la punta de un cordel en los socavones. Más tarde, cuando se empezó a cargar el mineral de la bocamina a la oficina de ensayos, el mismo sora estuvo llevando las parihuelas. El comerciante Marino, contratista de peones, le dijo un día:

—Ya veo que tú también estás trabajando. Muy bien, cholito, muy bien. ¿Quieres que te “socorra”? ¿Cuánto quieres?

El sora no entendía este lenguaje de “socorro” ni de “cuánto quieres”. Sólo quería agitarse y obrar y entretenerse, y nada más. Porque no podían los soras estarse quietos. Iban, venían, alegres, acezando, tensas las venas y erecto el músculo en la acción, en los pastoreos, en la siembra, en el aporque, en la caza de vicuñas y guanacos salvajes, o trepando las rocas y precipicios, en un trabajo incesante y, diríase, desinteresado. Carecían en absoluto del sentido de la utilidad. Sin cálculo ni preocupación sobre sea cual fuese el resultado económico de sus actos, parecían vivir la vida como un juego expansivo y generoso. Demostraban tal confianza en los otros, que en ocasiones inspiraban lástima. Desconocían la operación de compra-venta. De aquí que se veían escenas divertidas al respecto.

—Véndeme una llama para charqui.

Entregado era el animal, sin que se diese y ni siquiera fuese reclamado su valor. Algunas veces se les daba por la llama una o dos monedas, que ellos recibían para volverlas a entregar al primer venido y a la menor solicitud.

\* \* \*

Apenas instalada en la comarca la población minera, empleados y peones fueron prestando atención a la necesidad de rodearse de los elementos de vida que, aparte de los que venían de fuera, podía ofrecerles el lugar, tales como animales de trabajo, llamas para carne, granos alimenticios y otros. Sólo que había que llevar a cabo un paciente trabajo de exploración y desmonte en las tierras incultas, para convertirlas en predios labrantíos y fecundos.

El primero en operar sobre las tierras, con miras no sólo de obtener productos para su propia subsistencia, sino de enriquecerse a base de la cría y del cultivo, fué el dueño del bazar y contratista exclusivo de peones de Quivilca, José Marino. Al efecto, formó una sociedad se-

creta con el ingeniero Rubio y el agrimensor Benites. Marino tomó a su cargo la gerencia de esta sociedad, dado que él, desde el bazar, podía manejar el negocio con facilidades y ventajas especiales. Además, Marino poseía un sentido económico extraordinario. Gordo y pequeño, de carácter socarrón y muy ávaro, el comerciante sabía envolver en sus negocios a las gentes, como el zorro a las gallinas. En cambio, Baldomero Rubio era un manso, pese a su talle alto y un poco encorvado en los hombros, que le daba un asombroso parecido de cóndor en acecho de un cordero. En cuanto a Leónidas Benites, no pasaba de un asustadizo estudiante de la Escuela de Ingenieros de Lima, débil y mojigato, cualidades completamente nulas y hasta contraproducentes en materia comercial.

José Marino puso el ojo, desde el primer momento, en los terrenos, ya sembrados, de los soras, y resolvió hacerse de ellos. Aunque tuvo que vérselas en apretada competencia con Machuca, Baldazari y otros, que también empezaron a despojar de sus bienes a los soras, el comerciante Marino salió ganando en esta justa. Dos armas le sirvieron para el caso: el bazar y su cinismo excepcional.

Los soras andaban seducidos por las cosas, raras para sus mentes burdas y salvajes, que veían en el bazar: franelas en colores, botellas pintorescas, paquetes policromos, fósforos, caramelos, baldes brillantes, transparentes vasos, etc. Los soras se sentían atraídos al bazar, como ciertos insectos a la luz. José Marino hizo el resto con su malicia de usurero.

—Véndeme tu chacra del lado de tu choza— les dijo un día en el bazar, aprovechando de la fascinación en que estaban sumidos los soras ante las cosas del bazar.

—¿Qué dices, taita?

—Que me des tu chacra de ocas y yo te doy lo que quieras de mi tienda.

—Bueno, taita.

La venta, o, mejor dicho, el cambio, quedó hecho. En pago del valor del terreno de ocas, José Marino le dió al sora una pequeña garrafa azul, con flores rojas.

—¡Cuidado que la quiebres! —le dijo paternalmente Marino.

Después le enseñó cómo debía llevar la garrafa el sora, con mucho tiento, para no quebrarla. El indio, rodeado de otros dos soras, llevó la vasija lentamente a su choza, paso a paso, como una custodia sagrada. Recorrieron la distancia —que era de un kilómetro— en dos horas y media. La gente salía a verlos y se moría de risa.

El sora no se había dado cuenta de si esa operación de cambiar su terreno de ocas con una garrafa, era justa o injusta. Sabía en sus-

tancia que Marino quería su terreno y se lo cedió. La otra parte de la operación —el recibo de la garrafa— la imaginaba el sora como separada e independiente de la primera. Al sora le había gustado ese objeto y creía que Marino se lo había cedido, únicamente porque la garrafa le gustó a él, al sora.

Y en esta misma forma siguió el comerciante apropiándose de los sembríos de los soras, que ellos seguían, a su vez, cediendo a cambio de pequeños objetos pintorescos del bazar y con la mayor inocencia imaginable, como niños que ignoran lo que hacen.

Los soras, mientras por una parte se deshacían de sus posesiones y ganados en favor de Marino, Machuca, Baldazari y otros altos empleados de la "Mining Society", no cesaban, por otro lado, de bregar con la vasta y virgen naturaleza, asaltando en las punas y en los bajíos, en la espesura y en los acantilados, nuevos oasis que surcar y nuevos animales para amansar y criar. El despojo de sus intereses no parecía infligirles el más remoto perjuicio. Antes bien, les ofrecía ocasión para ser más expansivos y dinámicos, ya que su ingénita movilidad hallaba así más jubiloso y efectivo empleo. La conciencia económica de los soras era muy simple: mientras pudiesen trabajar y tuviesen cómo y dónde trabajar, para obtener lo justo y necesario para vivir, el resto no les importaba. Solamente el día en que les faltase dónde y cómo trabajar para subsistir, sólo entonces abrirían acaso más los ojos y opondrían a sus explotadores una resistencia seguramente encarnizada. Su lucha con los mineros, sería entonces a vida o muerte. ¿Llegaría ese día? Por el momento, los soras vivían en una especie de permanente retirada, ante la invasión, astuta e irresistible, de Marino y compañía.

Los peones, por su parte, censuraban estos robos a los soras, con lástima y piedad.

—¡Qué temeridad! —exclamaban los peones, echándose cruces—. ¡Quitarles sus sembríos y hasta su barraca! ¡Y botarlos de lo que les pertenece! ¡Qué pillería!

Alguno de los obreros observaba:

—Pero si los mismos soras tienen la culpa. Son unos zonzos. Si les dan el precio, bien; si no les dan, también. Si les piden sus chacras, se ríen como una gracia y se la regalan en el acto. Son unos animales. ¡Unos estúpidos! ¡Y más pagados de su suerte!.. ¡Que se frieguen!

Los peones veían a los soras como si estuviesen locos o fuera de la realidad. Una vieja, la madre de un carbonero, tomó a uno de los soras por la chaqueta, refunfuñando muy en cólera:

—¡Oye, animal! ¿Por qué regalas tus cosas? ¿No te cuestan tu trabajo? ¿Y ya te vas a reír?... ¿No ves? Ya te vas a reír...

La señora se puso colorada de ira, y por poco no le da un tirón de orejas. El sora, por toda respuesta, fué a traerle un montón de ollucos, que la vieja rechazó, diciendo:

—Pero si yo no te digo para que me des nada. Llévate tus ollucos.

Luego la asaltó un repentino remordimiento, poniéndose en el caso de que fuesen aceptados por ella los ollucos, y puso en el sora una mirada llena de ternura y de piedad.

En otra ocasión, la mujer de un picapedrero derramó lágrimas, de verles tan desprendidos y desarmados de cálculo y malicia.

Les había comprado una cosecha de zapallos ya recolectados, por los que, en vez de darles el valor prometido, les había dicho a última hora, poniendo en la mano del sora unas monedas:

—Toma cuatro reales. No tengo más. ¿Quieres?

—Bueno, mama— dijo el sora.

Pero como la mujer necesitase dinero para remedios de su marido, cuya mano fué volada con un dinamitazo en las vetas, y viese que todavía podía apartar de los cuatro reales algo más para sí, le volvió a decir, suplicante:

—Toma mejor tres reales solamente. El otro lo necesito.

—Bueno, mama.

La pobre mujer cayó aún en la cuenta de que podía apartar un real más. Le abrió la mano al sora y le sacó otra moneda, diciéndole, vacilante y temerosa:

—Toma mejor dos reales. Lo demás te lo daré otro día.

—Bueno, mama— volvió a contestar, impasible, el sora.

Fué entonces que aquella mujer bajó los ojos, enternecida por el gesto de bondad inocente del sora. Apretó en la mano los dos reales que habrían de servir para el remedio del marido y la estremeció una desconocida y entrañable emoción, que la hizo llorar toda la tarde.

\* \* \*

En el bazar de José Marino solían reunirse, después de las horas de trabajo, a charlar y a beber coñac —todos trajeados y forrados de gruesas telas y cueros contra el frío—, mística Taik y Weiss, el ingeniero Rubio, el cajero Machuca, el comisario Baldazari y el preceptor Zavala, que acababa de llegar a hacerse cargo de la escuela. A veces, acudía también Leónidas Benites, pero no bebía casi y solía irse muy temprano. Allí se jugaba también a los dados, y, si era domingo, había borrachera, disparos de revólver y una crápula bestial.

Al principio de la tertulia, se hablaba de cosas de Colca y de Lima. Después, sobre la guerra europea. Luego se pasaba a tópicos relativos a la empresa y a la explotación de tungsteno, cuyas cotizaciones aumentaban diariamente. Por fin se departía sobre los chismes de las minas, las domésticas murmuraciones vinculadas a la vida privada. Al llegar al caso de los soras, Leónidas Benites decía, con aire de filósofo y en tono redentor y dolorido:

—¡Pobres soras! Son unos cobardes y unos estúpidos. Todo lo hacen porque no tienen coraje para defender sus intereses. Son incapaces de decir no. Raza endeble, servil, humilde hasta lo increíble. ¡Me dan pena y me dan rabia!

Marino, que ya estaba en sus copas, le salía al encuentro:

—Pero no crea usted. No crea usted. Los indios saben muy bien lo que hacen. Además, esa es la vida: una disputa y un continuo combate entre los hombres. La ley de la selección. Uno sale perdiendo, para que otro salga ganando. Mi amigo: usted, menos que nadie....

Estas últimas palabras eran dichas con marcado retintín. Y todo, por la manía de socarronear y acallar a los demás, que era rasgo dominante en el carácter de Marino. Benites comprendía la alusión y se turbaba visiblemente, sin poder replicar a un hombre fanfarrón, y que, además, estaba borracho. Pero los contertulios sorprendían el detalle, gritando a una voz y con burla:

—¡Ah! ¡Claro! ¡Natural, natural!

El ingeniero Rubio, rayando con la uña, según su costumbre, el zinc del mostrador, argumentaba con su voz tartamuda y lejana:

—No, señor. A mí me parece que a estos indios les gusta la vida activa, el trabajo, abrir brechas en las tierras vírgenes, ir tras de los animales salvajes. Esa es su costumbre y su manera de ser. Se deshacen de sus cosas, sólo por lanzarse de nuevo en busca de otros ganados y otras chozas. Y así viven contentos y felices. Ignoran lo que es el derecho de propiedad y creen que todos pueden agarrar indistintamente las cosas. ¿Recuerdan ustedes lo de la puerta?....

—¿Lo de la puerta de la oficina?— interrogó el cajero, tosiendo.

—Exactamente. El sora, de buenas a primeras, echó la puerta al hombro y se la llevó a colocar en su corral, con el mismo desenfado y seguridad del que toma una cosa que es suya.

Una carcajada resonó en el bazar.

—¿Y qué hicieron con él? Es divertido.

—Cuando le preguntaron adónde llevaba la puerta, “A mi cabaña”, contestó sonriendo con un candor cómico e infantil. Naturalmente,

se la quitaron. Creía que cualquiera podía apropiarse de la puerta, si necesitaba de ella. Son divertidos.

Marino dijo, guiñando el ojo y echando toda la barriga:

—Se hacen los tontos. ¡Son unas balas!

A cuyo concepto se opuso Benites, poniendo una cara de asco y piedad:

—¡Nada, señor! Son unos débiles. Se dejan despojar de lo que les pertenece, por pura debilidad.

Rubio se exasperó:

—Llama usted débiles a quienes se enfrentan a los bosques y jalcas, entre animales feroces y toda clase de peligros, a buscarse la vida? ¿A que no lo hace usted, ni ninguno de los que estamos aquí?

—Eso no es valor, amigo mío. Valor es luchar de hombre a hombre; el que echa abajo al otro, ése es el valiente. Lo demás es cosa muy distinta.

—¿Así es que usted cree que la fuerza de un hombre, su valor, ha sido creada para invertirla en echar abajo a otro hombre?... ¡Magnífico! A mí me parecía que el valor de un individuo debe servirle para trabajar y hacer la riqueza colectiva, y no para usarlo como arma ofensiva contra los demás. ¡Su teoría es maravillosa!...

—Ni más ni menos. Yo soy una persona incapaz de hacer daño a nadie. Todos me conocen. Pero yo me creo obligado a defender mi vida e intereses, si se me ataca y me despojan de ellos.

Marino terció:

—Yo no digo nada. En boca cerrada no entran moscas.... ¿Qué, se bebe? ¿Quién manda? ¡Vamos! ¡Déjense de zonceras!

El agrimensor no le hizo caso:

—Aquí, por ejemplo, he venido a trabajar, no para dejarme quitar lo que yo gane, sino para reunir dineros que me faltan. Por lo demás, yo no quito a nadie nada, ni quiero echar a tierra a ningún hijo de vecino.

Marino se cansaba de preguntar quién pedía las copas, y como Benites, su socio en lo de la cría y los cultivos, no le hiciese caso, embebecido como estaba en la discusión, el comerciante dijo, con una risa de cortante ironía, para hacerle callar:

—Yo no digo nada. ¡Benites! ¡Benites! ¡Benites!.. Acuérdense de que en boca cerrada no entran moscas...

El cajero Machuca tuvo un acceso de tos, pasado el cual dijo, congestionadas por el esfuerzo las mantecas de su cuello:

—Yo sé decir...

Le volvió la tos.

—Yo sé decir que...

No podía continuar. Tosió durante algún tiempo, y, al fin, pudo desahogarse:

—Los soras son unos indios duros, insensibles al dolor ajeno y que no se dan cuenta de nada. He visto el otro día a uno de ellos suspenderse a una cuerda, que sujetaba por el otro extremo un muchacho, arrollada a la cintura. El sora, con el peso de su cuerpo, templó la soga y la ajustó de tal manera, que iba a cortarle la cintura al otro, que no tenía cómo deshacerse y pataleaba de dolor, poniendo morada la cara y echando la lengua. El sora le veía, y, sin embargo, seguía en su maroma, riéndose como un idiota. Son unos crueles y despiadados. Unos fríos de corazón. Les falta ser cristianos y practicar las virtudes de la Iglesia.

—¡Bravo! ¡Bién dicho! ¿Pide usted las copas? —dijo Marino.

—Déjeme, que estoy hablando...

—Pero pide usted...

—¡Maldito sea! Sirva usted no más...

Leónidas Benites no hacía más que expresar por medio de palabras lo que practicaba en la realidad de su conducta cotidiana. Benites era la economía personificada y defendía el más pequeño centavo, con un celo edificante. Vendrían días mejores, cuando se haya hecho un capitalito y se pueda salir de Quivilca, para emprender un negocio independiente en otra parte. Por ahora, había que trabajar y ahorrar, sin otro punto de vista que el porvenir. Benites no ignoraba que en este mundo, el que tiene dinero es el más feliz, y que, en consecuencia, las mejores virtudes son el trabajo y el ahorro, que procuran una existencia tranquila y justa, sin ataques a lo ajeno, sin vituperables manejos de codicia y despecho y otras bajas inclinaciones, que producen la corrupción y la ruina de personas y sociedades. Leónidas Benites solía decir a Julio Zavala, maestro de la escuela:

—Debía usted enseñar a los niños dos únicas cosas: trabajo y ahorro. Debía usted resumir la doctrina cristiana en esos dos apotegmas supremos, que, en mi concepto, sintetizan la moral de todos los tiempos. Sin trabajo y sin ahorro, no es posible tranquilidad de conciencia, caridad, justicia, nada. Esa es la experiencia de la historia. ¡Lo demás son pamplinas!

Después, emocionándose y dando una inflexión de sinceridad a sus palabras, añadía:

—A mí me crió una mujer y vivo agradecido a ella, por haberme dado la educación que tengo. Por eso puedo manejarme de la manera que todos conocen: trabajando día y noche y esforzándome en hacer-

me una posición económica, bien humilde por cierto, pero libre y honrada.

Y su crónica mueca de angustia se desembarazaba. Le brillaban los ojos. Como si se acordase de algo, explicaba a Julio Zavala:

—Y no crea usted... Una cosa es el ahorro y otra cosa es la avaricia. De Marino a mí, por ejemplo, hay esa distancia: de la avaricia al ahorro. Usted ya me comprende, mi querido amigo...

El preceptor daba señal de que le comprendía, y luego parecía reflexionar hondamente en las ideas de Benites,

El agrimensor tenía, en general, íntima y sólida convicción de que era un joven de bien, laborioso, ordenado, honorable y de gran porvenir. Siempre estaba aludiendo a su persona, señalándose como un paradigma de vida, que todos debían imitar. Esto último no lo expresaba claramente, pero fluía de sus propias palabras, pronunciadas con dignidad apostólica y ejemplar, en ocasiones en que se perfilaban problemas de moral y de destino entre sus amistades. Peroraba entonces extensamente sobre el bien y el mal, la verdad y la mentira, la sinceridad y el tartuflismo y otros temas importantes.

\* \* \*

Debido a la vida ordenada que llevaba Leónidas Benites, jamás sufrió quebranto alguno su salud.

—¡Pero el día en que se enferme usted!. —vociferaba José Marino, que en Quivilca se las echaba de médico empírico— ya no levanta nunca!

Leónidas Benites, ante estas palabras sombrías, cuidaba aún más de su conservación. La higiene de su cuarto y de su persona era de una pulcritud esmerada, no dejando nada que tachársela. Andaba siempre buscando el bienestar físico, valiéndose de una serie de actos que nadie sino él, con su paciente meticulosidad de anciano desconfiado, podía realizar. Por la mañana, ensayaba, antes de salir a su trabajo, distintas ropas interiores, para ver cuál se conformaba mejor al tiempo reinante y al estado de su salud, no escaseando ocasiones en que volvía de mitad de camino, a ponerse otra camiseta o calzoncillo, porque había mucho frío o porque los que llevó le daban un abrigo excesivo. Lo mismo ocurría con el uso de las medias, calzado, sombrero, chompa y aun con los guantes y su cartera de trabajo. Si caía nieve, no sólo cargaba con el mayor número de papeles, reglas y cuerdas, sino que, para ejercitarse más, sacaba sus niveles, tripodes y teodolitos, aunque no tuviese nada



que hacer con ellos. Se le veía otras veces agitarse y saltar y correr como un loco, hasta ya no poder. Otras veces, no salía de su cuarto por nada, y si alguien venía, abría con sigilo y lentamente la puerta, a fin de que no entrase de golpe el ventisquero. Pero si había sol, abría todas las puertas y ventanas de par en par y no quería cerrarlas. Así es cómo un día, estando Benites, en la oficina del cajero, el muchacho a quien dejó cuidando la puerta abierta de su cuarto, se distrajo y entraron a robarle el anafe y el azúcar.

Mas no era esto todo. Tratándose de medidas previsoras contra el contagio de los males, su pulcritud era mayor. De nadie recibía así no más un bocado o bebida, sino exorcisándola previamente y echando sobre las cosas cinco cruces, ni una más ni una menos. El cajero vino a verle un domingo en la mañana, en que la cocinera le acababa de traer de regalo un plato de humitas calientes. Entró el cajero en el preciso momento en que Leónidas Benites echaba la tercera cruz sobre las humitas. Olvidó la cuenta de las cruces y este fué el motivo por el cual ya no se atrevió a probar del regalo y se lo dió al perro. Poco afecto a tender la mano era. Cuando se veía obligado a hacerlo, tocaba apenas con la punta de los dedos la mano del otro, y luego permanecía preocupado, con una mueca de asco, hasta que podía ir a lavarse con dos clases de jabón desinfectante, que nunca le faltaba. Todo en su habitación estaba siempre en su lugar, y él mismo, Benites, estaba siempre en su lugar, trabajando, meditando, durmiendo, comiendo o leyendo *Ayúdate*, de Smiles, que consideraba la mejor obra moderna. En los días feriados de la Iglesia, hojeaba el Evangelio según San Mateo, librito fileteado de oro, que su madre le enseñó a amar y a comprender en todo lo que él vale para los verdaderos cristianos.

Con el correr del tiempo, su voz se había apagado mucho, a consecuencia de las nieves de la cordillera. Esta circunstancia aparecía como un defecto de los peores a los ojos de José Marino, su socio, con quien frecuentemente disputaba por esta causa.

—¡No se haga usted! ¡No se haga usted! —le decía Marino, en tono socarrón y en presencia de los parroquianos del bazar—. ¡Hable usted fuerte, como hombre! ¡Déjese de humildades y santurroneñas! Ya está usted viejo, para hacerse el tonto. Beba bien, coma bien, enamore y ya verá usted cómo se le aclara la voz...

Algo respondía Leónidas Benites, que en medio de las risas provocadas por las frases picantes de Marino, no se podía oír. Su socio, entonces, le gritaba con mofa:

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Qué cosa? ¡Pero si no se le oye nada!...

Las risas redoblaban. Leónidas Benites, herido en lo profundo por la burla y el escarnio de los otros, se ponía más colorado y acababa por irse.

En general, Leónidas Benites no era muy querido en Quivilca. ¿Por qué? ¿Por su género de vida? ¿Por su manía moralista? ¿Por su debilidad física? ¿Por su retraimiento y desconfianza de los otros? La única persona que seguía de cerca y con afecto la vida del agrimensur era una señora, madre de un tornero, medio sorda y ya entrada en años, que tenía fama de beata y, por ende, de amiga de las buenas costumbres y de la vida austera y ejemplar. En ninguna parte se complacía en estar Leónidas Benites, descontado el rancho de la beata, con quien sostenía extensas tertulias, jugando a las cartas, comentando la vida de Quivilca, y, muy a menudo, echando alguna plática sobre graves asuntos de moral.

Una tarde vinieron a decirle a la señora que Benites estaba enfermo, en cama. La señora fué al punto a verle, hallándole, en efecto, atacado de una fiebre elevada, que le hacía delirar y debatirse de angustia en el lecho. Le preparó una infusión de eucalipto, bien cargada, con dos copas de alcohol y dispuso lo conveniente para darle un baño de mostaza. Se produciría así una copiosa transpiración, signo seguro de haber cedido el mal, que no parecía consistir sino en un fuerte resfrío. Pero, efectuados los dos remedios, y aun cuando el enfermo empezó a sudar, la fiebre persistía y hasta crecía por momentos.

La noche había llegado y empezó a nevar. La habitación de Benites tenía la puerta de entrada y la ventanilla herméticamente cerradas. La señora tapó las rendijas con trapos, para evitar las rachas de aire. Una vela de esperma ardía y ponía toques tristes y amarillos en los ángulos de los objetos y en la cama del paciente. Según éste se moviese o cambiase de postura, movido por la fiebre, las sombras palpitaban ya breves, largas, trucas o encontradas, en los planos de su rostro cejijunto y entre las almohadas y las sábanas.

Acezaba Benites y daba voces confusas de pesadilla. La señora, abatida por la gravedad creciente del enfermo, se puso a rezar, arrodillada ante un cuadro del Corazón de Jesús, que había a la cabecera de la cama. Dobló la cabeza pálida e inexpresiva, como la mascarilla de yeso de un cadáver, y se puso a orar y gemir. Después se levantó reanimada. Dijo, junto al lecho:

—¿Benites?

Se oía ahora más baja y pausada su respiración. La señora se acercó de puntillas, inclinóse sobre la cama y observó largo rato. Habiendo meditado un momento, volvió a llamar, aparentando tranquilidad:

—¿Benites?

El enfermo lanzó un quejido oscuro y cargado de orfandad, que vino a darle en todas sus entrañas de mujer.

—¿Benites? ¿Cómo se siente usted? ¿Le haré otro remedio?

Benites hizo un movimiento brusco y pesado, agitó ambas manos en el aire, como si apartase invisibles insectos, y abrió los ojos que estaban enrojecidos y parecían inundados de sangre. Su mirada era vaga y, sin embargo, amenazadora. Hizo chasquear los labios amoratados y secos, murmurando sin sentido:

—¡Nada! ¡Aquella curva es más grande! ¡Déjeme! ¡Yo sé lo que hago! ¡Déjeme!...

Y se volvió de un tirón hacia la pared, doblando las rodillas y metiendo los brazos en el lecho.

En Quivilca no había médico. Lo habían reclamado a la empresa, sin resultado. Se combatía las enfermedades cada uno según su entendimiento, salvo en el caso de neumonía, en cuyo tratamiento se había especializado José Marino, el empírico del bazar. La señora que asistía a Benites no sabía si acudir al comerciante, por si fuese neumonía, o procurarse otra receta por cuenta propia, sin pérdida de tiempo. Daba mil vueltas por el cuarto, desesperada. De cuando en cuando, observaba al paciente o ponía oído a la puerta, atenta a la caída de la nieve. Podría ser que su hijo acertase a acudir en su busca o que cualquiera otro pasase, para pedirle consejo o ayuda.

A veces, el enfermo se sumía en un silencio absoluto, del que la señora no se apercebía por su sordera, pero, en general, la noche avanzaba poblándose de los gritos dolorosos y palabras del delirio. Contiguo había, por toda vecindad, un extenso depósito de mineral. El resto de los ranchos quedaba lejos, en plena falda del cerro, y había que llamar a gritos para hacerse escuchar.

La señora decidió hacerle otro remedio. Entre las cosas útiles que por precaución guardaba Benites en su mesita, encontró un poco de glicerina, sustancia que le sugirió de golpe la nueva receta. Encendió otra vez el anafe. Habiéndose luego acercado de puntillas a la cama, examinó al paciente, que hacía rato permanecía en calma, y se percató de que dormía. Decidió entonces dejarle reposar, postergando el remedio para más tarde y para el caso de que la fiebre continuase. Fué a arrodillarse ante el lienzo sagrado y masculló, con vehemencia dolorosa y durante mucho tiempo, largas oraciones mezcladas de suspiros y sollozos. Después se levantó y llegóse de nuevo a la cama del enfermo, enjugándose las lágrimas con un canto de su blusa de percal. Benites continuaba tranquilo.

—¡Dios es muy grande!— exclamó la señora, enternecida y con voz apenas perceptible —¡Ay, divino Corazón de Jesús!— añadió, levantando los ojos a la efigie y juntando las manos, henchida de inefable frenesí—. ¡Tú lo puedes todo! ¡Vela por tu criatura! ¡Ampárale y no le abandones! ¡Por tu santísima llaga! ¡Padre mío, protégenos en este valle de lágrimas!....

No pudo contener su emoción y se puso a llorar. Dió algunos pasos y se sentó en un banco. Allí se quedó adormecida.

Despertó de súbito. La vela estaba para acabarse y se había choreado de una manera extraña, practicando un portillo hondo y ancho, por el que corría la esperma derretida, yendo a amontonarse y enfriarse en un sólo punto de la palmatoria, en forma de un puño cerrado, con el índice alzado hacia la llama. Acomodó la vela, y como notase que Benites no había cambiado de postura y que seguía durmiendo, se inclinó a verle el rostro. “Duerme”, se dijo, y resolvió no despertarle.

Leónidas Benites, en medio de las visiones de la fiebre, había mirado a menudo el cuadro del Corazón de Jesús, que pendía en su cabecera. La divina imagen se mezclaba a las imágenes del delirio, envuelta en el blanco arrebol de la caliche del muro. Las alucinaciones se relacionaban con lo que más preocupaba a Benites en el mundo tangible, tales como el desempeño de su puesto en las minas, su negocio en sociedad con Marino y Rubio y el deseo de un capital suficiente para ir a Lima a terminar lo más pronto sus estudios de ingeniero y emprender luego un negocio por su cuenta y relacionado con su profesión. En el delirio vió que el comerciante Marino se quedaba con su dinero y le amenazaba pegarle, ayudado por todos los pobladores de Quivilca. Benites protestaba enérgicamente, pero tenía que batirse en retirada, en razón del inmenso número de sus atacantes. Caía en la fuga por escarpadas rocas, y, al doblar de golpe un recodo del terreno fragoso, se daba con otra parte de sus enemigos. El susto le hacía entonces dar un salto. El Corazón de Jesús entraba inmediatamente en el conflicto y espantaba con su sola presencia a los agresores y ladrones, para luego desaparecer súbitamente, dejándole desamparado, en el preciso momento en que mister Taik, muy enojado, le decía a Benites:

—¡Fuera de aquí! ¡La “Mining Society” le cancela el nombramiento, en razón de su pésima conducta! ¡Fuera de aquí, zamarro!

Benites le rogaba, cruzando las manos lastimeramente. Mister Taik, ordenó a dos criados que le sacasen de la oficina. Venían dos soras sonriendo, como si escarneciesen su desgracia. Le cogían por los brazos, arrastrándole, y le propinaban un empujón brutal. Entonces, el Co;

razón de Jesús acudía con tal oportunidad, que todo volvía a quedar arreglado. El Señor se esfumaba después en un relámpago.

Benites, poco después, sorprendía a un sora robándole un fajo de billetes de su caja. Se lanzaba sobre el bribón, persiguiéndole, impulsado no tanto por la suma que le llevaba, cuanto por la cínica risa con que el indio se burlaba de Benites, montado sobre el lomo de un caimán, en medio de un gran río. Benites llegó a la misma orilla del río, y ya iba a penetrar en la corriente, cuando se sintió de pronto entorpecido y privado de todo movimiento voluntario. Jesús, aureolado esta vez de un halo fulgurante, apareció ante Benites. El río se dilató de golpe, abrazando todo el espacio visible, hasta los más remotos confines. Una inmensa multitud rodeaba al Señor, atenta a sus designios, y un aire de tremenda encrucijada llenó el horizonte. A Benites le poseyó un pavor repentino, dándose cuenta, de modo oscuro, pero cierto, de que asistía a la hora del juicio final.

Benites intentó entonces hacer un examen de conciencia, que le permitiera entrever cuál sería el lugar de su eterno destino. Trató de recordar sus buenas y malas acciones de la tierra. Recordó, en primer lugar, sus buenos actos. Los recogió ávidamente y los colocó en sitio preferente y visible de su pensamiento, por riguroso orden de importancia: abajo, los relativos a proceder de bondad más o menos discutible o insignificante, y arriba, a la mano, sobre todos, los relativos a grandes rasgos de virtud, cuyo mérito se denunciaba a la distancia, sin dejar duda de su autenticidad y trascendencia. Luego pidió a su memoria los recuerdos amargos, y su memoria no le dió ninguno. Ni un solo recuerdo roedor. A veces, se insinuaba alguno, tímido y borroso, que bien examinado, a la luz de la razón, acababa por desvanecerse en las neutras comisuras de la clasificación de valores, o, mejor sopesado aún, llegaba a despojarse del todo de su tinte culpable, reemplazado éste, no ya sólo por otro indefinible, sino por el tinte contrario: tal recuerdo resultaba ser, en el fondo, el de una acción meritoria, que Benites reconocía entonces con verdadera fruición paternal. Felizmente, Benites era inteligente y había cultivado con esmero su facultad discursiva y crítica, con la cual podía ahora profundizar las cosas y darles su sentido verdadero y exacto.

Muy poco le faltaba a Benites, según lo intuía, para presentarse ante el Salvador. Al razonarlo, un gran miedo le hizo arrebujaarse en su propio pensamiento. De allí vino a sacarle un alfilero de Accoya, al que no veía muchos años, y a quien la madre del agrimensor solía comprarle hierba para sus cuyes, echándole maldiciones por su codicia y avaricia. Por rápida asociación de ideas, recordó que él mismo, Benites,

amó también, a veces, el dinero, y quizás con exceso. Recordó que en Cólca, una noche, había oído en una vasta estancia desolada, donde dormía a solas, ruido de almas en pena. Empezaron en la oscuridad a empujar la puerta. Benites tuvo miedo y guardó silencio. Rememoraba que al otro día, refirió a los vecinos lo acontecido, no faltando quien le asegurase que en aquella casa penaban las almas a menudo, a causa de un entierro de oro que dejó allí un español, encomendero de la colonia. Como se repitiesen después los ruidos nocturnos, el ansia de oro tentó, al fin, a Benites. Y una media noche, cuando fueron a empujar la puerta sumida en tinieblas, el agrimensor invocó a las penas.

—¿Quién es?— interrogó, incorporándose en la cama, y dándose diente con diente de miedo.

No contestaron. Siguieron empujando. Benites volvió a preguntar, anheloso y sudando frío:

—¿Quién es? Si es una alma en pena, que diga lo que desea.

Una voz gangosa, que parecía venir de otro mundo, respondió con lastimero acento:

—Soy un alma en pena.

Benites sabía que era malo correr de las penas, y argumentó al punto:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué pena?

A lo que le replicaron casi llorando:

—En el rincón de la cocina dejé enterrados cinco centavos. No me puedo salvar a causa de ellos. Agrega noventa y cinco centavos más de tu parte y paga con eso una misa al cura, para mi salvación...

Indignado Benites por el sesgo inesperado y oneroso que tomaba la aventura, gruñó, agarrando un palo contra el alma en pena:

—¡He visto muertos sinvergüenzas, pero como éste, nunca!...

Al siguiente día, Benites abandonó la posada.

Recordando ahora todo esto, ya lejos de la vida terrenal, juzgó pecaminosa su conducta y digna de castigo. Sin embargo, estimó, tras de largas reflexiones, que sus palabras injuriosas para el alma en pena fueron dictadas por un estado anormal de espíritu y sin intención malévola. No olvidaba que, en materia de moral, las acciones tienen la fisonomía que les da la intención y sólo la intención. Respecto a que no pagase la misa solicitada por el alma en pena, suya no había sido la culpa, sino más bien del párroco, a quien una fuerte dispepsia impedía por aquellos días ir al templo. A Benites no se le ocultaba, dicho sea de paso, que la enfermedad del sacerdote no era mayor que alcanzase a sustraerle del todo del cumplimiento de sus sagrados deberes. Por último, en un análisis más juicioso y serio, quizás no fué, en realidad,

una alma en pena, sino una broma pesada de alguno de sus amigos, sabedores de sus cuitas en pos del supuesto tesoro. Puesto en este caso, y de haberse oficiado la misa, la broma habría tenido una repercusión de burla y de impiedad, con Benites de por medio, como uno de sus promotores. Indudablemente, había, pues, hecho bien en proceder como procedió, defendiendo subconscientemente los fueros de seriedad de la Iglesia, y su conducta podía, en consecuencia, aparejar mérito suficiente para un premio del Señor. Benites puso este recuerdo en medio, exactamente en medio, de todos sus recuerdos, movido de una dialéctica singular e inextricable.

Un sentimiento de algo jamás registrado en su sensibilidad, y que le nacía del fondo mismo de su ser, le anunció de pronto que se hallaba en presencia de Jesús. Tuvo entonces tal cantidad de luz en su pensamiento, que le poseyó la visión entera de cuanto fué, es y será, la conciencia integral del tiempo y del espacio, la imagen plena y una de las cosas, el sentido eterno y esencial de las lindes. Un chispazo de sabiduría le envolvió, dándole servida en una sola plana, la noción sentimental y sensitiva, abstracta y material, nocturna y solar, par e impar, fraccionaria y sintética, de su rol permanente en los destinos de Dios. Y fué entonces que nada pudo hacer, pensar, querer ni sentir por sí mismo ni en sí mismo exclusivamente. Su personalidad, como *yo* de egoísmo, no pudo sustraerse al corte cordial y solidario de sus flancos. En su ser se había posado una nota orquestal del infinito, a causa del paso de Jesús y su divina oriflama por la antena mayor de su corazón. Después, volvió en sí, y, al sentirse apartado del Señor y condenado a errar al acaso, como número disperso, zafado de la armonía universal, por una gris e incierta inmensidad, sin alba ni ocaso, un dolor indescriptible y jamás experimentado, le llenó el alma hasta la boca, ahogándole, como si mascase amargos vellones de tinieblas, sin poderlas siquiera ni pasar. Su tormento interior, la funesta desventura de su espíritu, no era a causa del perdido paraíso, sino a causa de la expresión de tristeza infinita que vió o sintió dibujarse en la divina faz del Nazareno, al llegar ante sus pies. ¡Oh, qué mortal tristeza la suya, y cómo no la pudo contener ni el vaso de dos bocas del Enigma! Por aquella gran tristeza, Benites sufría un dolor incurable y sin orillas.

—¡Señor! —murmuró Benites suplicante—. ¡Al menos, que no sea tanta tu tristeza! ¡Al menos, que un poco de ella pase a mi corazón! ¡Al menos, que las piedrecillas vengan a ayudarme a reflejar tu gran tristeza!

El silencio imperó en la extensión trascendental.

—¡Señor! ¡Apaga la lámpara de tu tristeza, que me falta corazón

para reflejarla! ¿Qué he hecho de mi sangre? ¿Dónde está mi sangre?  
¡Ay, Señor! ¡Tú me la diste y he aquí que yo, sin saber cómo, la dejé  
coagulada en los abismos de la vida, avaro de ella y pobre de ella!

Benites lloró hasta la muerte.

—¡Señor! ¡Yo fui el pecador y tu pobre oveja descarriada! ¡Cuan-  
do estuvo en mis manos ser el Adán sin tiempo, sin mediodía, sin tarde,  
sin noche y sin segundo día! ¡Cuando estuvo en mis manos embriidar y  
sujetar los rumores edénicos para toda eternidad y salvar lo Absoluto en  
lo Cambiante! ¡Cuando estuvo en mis manos realizar mis fronteras ho-  
mogéneamente, como en los cuerpos simples, garra a garra, pico a pico,  
guija a guija, manzana a manzana! ¡Cuando estuvo en mis manos des-  
gajar los senderos a lo largo y al través, por diámetros y alturas, a ver  
si así salía yo al encuentro de la Verdad!...

Empezó a callar el silencio por el lado de la nada.

—¡Señor! ¡Yo fui el delincuente y tu ingrato gusano sin perdón!  
¡Cuando hasta pude no haber nacido! ¡Cuando pude, al menos, eterni-  
zarme en los capullos y en las vísperas! ¡Felices los capullos, porque  
ellos son las joyas natas de los paraísos, aunque duerman en sus sella-  
das entrañas, estambres escabrosos! ¡Felices las vísperas, porque ellas  
no han llegado y no han de llegar jamás a la hora de los días definibles!  
¡Yo pude ser solamente el óvulo, la nebulosa, el ritmo latente e inma-  
nente: Dios!....

Estalló Benites en un grito de desolación infinita, que luego de  
apagado, dejó al silencio mudo para siempre.

\* \* \*

Benites despertó bruscamente. La luz de la mañana inundaba la  
habitación. Junto a la cama de Benites, estaba José Marino.

—¡Qué buena vida, socio! —exclamaba Marino, cruzándose los  
brazos—. Las once del día y todavía en cama! ¡Vamos, vamos! ¡Leván-  
tese! Me voy esta tarde a Colca.

Benites dió un salto:

—¿Usted a Colca? ¿Hoy se va usted a Colca?

Marino se paseaba a lo largo de la pieza, apurado.

—¡Sí, hombre! ¡Levántese! ¡Vamos a arreglarnos de cuentas! Ya  
Rubio nos espera en el bazar...

Benites, sentado en su cama, tuvo un calofrío:

—Bueno. Me levanto en seguida. Tengo todavía un poco de fie-  
bre, pero no importa.

—¿Fiebre, usted? ¡No friegue, hombre! ¡Levántese! ¡Levántese!  
Lo espero en el bazar.



Marino salió y Benites empezó a vestirse, tomando sus precauciones de costumbre: medias, calzoncillo, camiseta, camisa, todo debía adaptarse y servir al momento particular por el que atravesaba su salud. Ni mucho abrigo ni poca ropa.

A la una de la tarde, el caballo en que debía montar José Marino esperaba ensillado a la puerta del bazar. Lo sujetaba por una sogá el sobrino del comerciante. Dentro del bazar se discutía a grandes voces y entre carcajadas. Arregladas las cuentas entre Marino, Rubio y Benites, daban la despedida al comerciante, sus dos socios, el cajero Machuca, el profesor Zavala, el comisario Baldazari y místers Taik y Weiss. Las copas menudeaban. Machuca, ya un tanto bebido, preguntaba zumbonamente a Marino:

—¿Y con quién deja usted a la Rosada?

La Rosada era una de las queridas de Marino. Muchacha de dieciocho años, hermoso tipo de mujer serrana, ojos grandes y negros y empujuradas mejillas candorosas, la trajo de Colca como querida un apuntador de las minas. Sus hermanas, Teresa y Albina, la siguieron, atraídas por el misterio de la vida en las minas, que ejercía sobre los aldeanos, ingenuos y alucinados, una seducción extraña e irresistible. Las tres vinieron a Quivilca, huídas de su casa. Sus padres —unos viejos campesinos miserables— las lloraron mucho tiempo. En Quivilca, las muchachas se pusieron a trabajar, haciendo y vendiendo chicha, obligándolas este oficio a beber y embriagarse frecuentemente con los consumidores. El apuntador se disgustó pronto de este género de trabajo de la Graciela y la dejó. A pocas semanas, José Marino la hizo suya. En cuanto a Albina y a Teresa, corrían en Quivilca muchos rumores.

Marino, a las preguntas repetidas de Machuca, respondió con desparpajo:

—Juguémosla al cachito, si usted quiere.

—¡Eso es! ¡Al cacho! ¡Al cacho! ¡Pero juguémosla entre todos! —argumentó Baldazari.

En torno al mostrador se formó un círculo. Todos, y hasta el mismo Benites, estaban borrachos. Marino agitaba el cacho ruidosamente, gritando:

—¿Quién manda?

Tiró los dados y contó, señalando con el dedo y sucesivamente a todos los contendulios:

—¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Usted manda!

Fué Leónidas Benites a quién tocó jugar el primero.

—¿Pero qué jugamos?— preguntaba Benites, cacho en mano.

—Tire no más! —decía Baldazari—. ¿No está usted oyendo que vamos a jugar a la Rosada?

Benites respondió turbado, a pesar de su borrachera:

—¡No, hombre! ¡Jugar al cacho a una mujer! ¡Eso no se hace! ¡Juguemos una copa!

Unánimes reproches, injurias y zumbas ahogaron los tímidos escrúpulos de Leónidas Benites, y se jugó la partida.

—¡Bravo! ¡Que pague una copa! ¡El remojo de la sucesión!

El comisario Baldazari se ganó al cacho a la Rosada y mandó servir champaña. Machuca se le acercó, diciéndole:

—¡Qué buena chola se va usted a comer, comisario! ¡Tiene unas ancas así!....

El cajero, diciendo esto, abrió en círculo los brazos e hizo una mueca golosa y repugnante. Los ojos del comisario también chispearon, recordando a la Rosada, y preguntó a Machuca:

—¿Pero dónde vive ahora? Hace tiempo que no la veo.

—Por la Poza. ¡Mándela traer ahora mismo!

—¡No, hombre! Ahora, no. Es de día. La gente puede vernos

—¡Qué gente ni gente! ¡Todos los indios están trabajando! ¡Mándela traer! ¡Ande!

—Además, no. Ha sido una broma. ¿Usted cree que Marino va a soltar a la chola? Si se fuera para no volver, sí. Pero sólo se va a Colca por unos días...

—¿Y eso qué importa? Lo ganado es ganado. ¡Hágase usted el cojudo! ¡Es una hembra que da el opio! ¡A mí me gusta que es una barbaridad! ¡Mándela traer! ¡Además, usted es el comisario y usted manda! ¡Qué vainas! ¡Lo demás son cojudeces! ¡Ande, comisario!

—¿Y cree usted que va a venir?

—¡Pero es claro!

—¿Con quién vive?

—Sola, con sus hermanas, que son también estupendas.

Baldazari se quedó pensando y moviendo su foete.

Unos minutos más tarde, José Marino y el comisario Baldazari salieron a la puerta.

—Anda, Cucho —dijo Marino a su sobrino—, anda a la casa de las Rosadas y dile a la Graciela que venga aquí, al bazar, que la estoy esperando, porque ya me voy. Si te pregunta con quién estoy, no le digas quiénes están aquí. Dile que estoy solo, completamente solo. ¿Me has oído?

—Sí, tío.

—¡Cuidado con que te olvides! Dile que estoy solo, que no hay

nadie más en el bazar. Deja el caballo. Amárralo a la pata del mostrador. ¡Anda! Pero volando! ¡Ya estás de vuelta!...

Cucho amarró la punta de la soga del caballo a una pata del mostrador y partió a hacer el mandado.

—¡Volando, volando! —le decían Marino y Baldazari.

José Marino adulaba a todo el que, de una u otra manera, podía serle útil. Su servilismo al comisario no tenía límites. Marino le servía hasta en sus aventuras amorosas. Salían de noche a recorrer los campamentos obreros y los trabajos en las minas, acompañados de un gendarme. A veces, Baldazari se quedaba a dormir, de madrugada, en alguna choza o vivienda de peones, con la mujer, la hermana o la madre de un jornalero. El gendarme volvía entonces solo a la Comisaría, y Marino, igualmente solo, a su bazar. ¿Por qué las adulaciones del comerciante al comisario? Las causas eran múltiples. Por el momento, el comerciante iba a ausentarse y le había pedido al comisario el favor de supervigilar la marcha del bazar, que quedaba a cargo del profesor Zavala, que estaba de vacaciones. De otro lado, el comisario le estaba consumiendo ahora en gran escala en el bazar, al propio tiempo que entrenaba a los otros a hacer lo mismo. Las tres de la tarde y ya José Marino había vendido muchas botellas de champaña, de cinzano, de coñac y de whisky... Pero todas éstas no eran sino razones del momento, y muy nimias. Otras eran las de siempre y las más serias. El comisario Baldazari era el brazo derecho del contratista José Marino, en punto a la peonada y en punto a los gerentes de la "Mining Society". Cuando Marino no podía con un peón, que se negaba a reconocerle una cuenta, a aceptar un salario muy bajo o a trabajar a ciertas horas de la noche o de un día feriado, Marino acudía al comisario, y éste hacía ceder al peón con un carcelazo, con la "barra" (suplicio original de las cárceles peruanas) o a foetazos. Asimismo, cuando Marino no podía obtener directamente de místers Taik y Weiss tales o cuales ventajas, facilidades o, en general, cualquier favor o granjería, Marino acudía a Baldazari y éste intervenía, con la influencia y ascendiente de su autoridad, obteniendo de los patrones todo cuanto quería José Marino. Nada, pues, de extraño que el comerciante estuviese ahora dispuesto a entregar a su querida al comisario, *ipso facto* y en público.

Al poco rato, la Graciela aparecía en la esquina, acompañada de Cucho. Los del bazar se escondieron. Solamente José Marino apareció a la puerta, tratando de disimular su embriaguez.

—Pasa—dijo afectuosamente Marino a la Graciela—. Ya me voy. Pasa. Te he hecho llamar porque ya me voy.

La Graciela decía tímidamente:

—Yo creía que se iba usted a ir así no más, sin decirme ni siquiera hasta luego.

Una repentina carcajada estalló en el bazar, y todos los contertulios aparecieron de golpe ante Graciela. Colorada, estupefacta, dió un traspies contra el muro. La rodearon, unos estrechándole la mano, otros abrazándola y otros acariciándola por el mentón. Marino le decía, desternillándose de risa:

—Siéntate. Siéntate. Es la despedida. ¡Qué quieres! ¡Los amigos! ¡Nuestros patronos! ¡Nuestro grande y querido comisario! ¡Siéntate! ¡Siéntate! ¿Y qué tomas?...

Cerraron a medias la puerta y Cucho jaló de afuera la sogá del caballo, sentándose en el quicio a esperar.

Cayó nieve. Varias veces vino gente a hacer compras en el bazar y se iban sin atreverse a entrar. Una india de aire doloroso, apurada, llegó corriendo.

—¿Ahí está tu tío? —le preguntó jadeante a Cucho.

—Sí; ahí está. ¿Para qué?

—Para que me venda láudano. Estoy muy apurada, porque ya se muere mi mamá.

—Pase usted, si quiere.

—¿Pero quién sabe está con gente?

—Está con muchos señores. Pero entre usted, si quiere...

La mujer vaciló y se quedó a la puerta, esperando. Una angustia creciente se pintaba en su cara. Cucho, sin soltar la sogá del caballo, se entretenía en dibujar con el cabo de un lápiz rojo, y en un pedazo de su cuaderno de la escuela, las armas de la patria. La mujer iba y venía, desesperada y sin atreverse a entrar al bazar. Aguaitaba lo que adentro sucedía, se ponía a escuchar y volvía a pasearse. Le preguntaba a Cucho:

—¿Quién está ahí?

—El comisario.

—¿Quién más?

—El cajero, el ingeniero, el profesor, los gringos... Están bien borrachos. Están tomando champaña.

—¡Pero oigo una mujer!.....

—La Graciela.

—¿La Rosada?

—Sí. Mi tío la ha mandado llamar, porque ya se va.

—¡Ay, Dios mío! ¿A qué hora se irán? ¿A qué hora se irán?

La mujer empezó a gemir.

—¿Por qué llora usted?— le preguntó Cucho.

—Ya se muere mi máma y don José está con gente...

—Si quiere usted, lo llamaré a mi tío, para que le venda....

—Quien sabe se va a enojar...

Cucho aguaitó hacia adentro y llamó tímidamente:

—¡Tío Pepe!..

La orgía estaba en su colmo. De la tienda salía un vocerío confuso, mezclado de risas y gritos y un tufo nauseante. Cucho llamó varias veces. Al fin, salió José Marino.

—¿Qué quieres, carajo?— le dijo, irritado, a su sobrino.

Cucho, al verle borracho y colérico, dió un salto atrás, amedrentado. La mujer se hizo también a un lado.

—Para que venda usted láudano— murmuró Cucho, de lejos.

—¡Qué láudano ni la puta que te parió!— rugió José Marino, lanzándose furibundo sobre su sobrino. Le dió un bofetón brutal en la cabeza y le derribó.

—¡Carajo!— vociferaba el comerciante, dándole de puntapiés—. ¡Cojudo! ¡Me estás jodiendo siempre!

Algunos transeúntes se acercaron a defender a Cucho. La mujer del láudano le rogaba a Marino, arrodillada:

—¡No le pegue usted, taita! Si lo ha hecho por mí. Porque yo le dije ¡Pégume a mí, si quiere! ¡Pégume a mí, si quiere!...

Algunas patadas cayeron sobre la mujer. José Marino, ciego de ira y de alcohol, siguió golpeando al azar, durante unos segundos, hasta que salió el comisario y lo contuvo.

—¿Qué es esto, mi querido Marino?— le dijo, sujetándole por las solapas.

—¡Perdone, comisario!— respondía Marino, humildemente—. ¡Le pido mil perdones!

Ambos penetraron al bazar. Cucho yacía sobre la nieve, llorando y ensangrentado. La india, de pie, junto a Cucho, sollozaba dolorosamente:

—Sólo porque lo llama, le pega. ¡Sólo por eso! ¡Y a mí también, sólo porque vengo por un remedio!...

Apareció un indio mocetón llorando y a la carrera:

—¡Chana! ¡Chana! ¡Ya murió mama! ¡Ven! ¡Ven! ¡Ya murió!..

Y Chana, la india del láudano, se echó a correr, seguida del indio y llorando.

El caballo de José Marino, espantado, había huído. Cucho, secándose las lágrimas y la sangre, lo fué a buscar. Sabía muy bien que, de irse el caballo, "las nalgas ya no serían suyas", como solía decir su tío, cuando le amenazaba azotarle. Volvió, felizmente, con el animal, y se

sentó de nuevo a la puerta del bazar, que continuaba entreabierta. Se agachó y aguaitó a hurtadillas. ¿Qué sucedía ahora en el bazar?

José Marino conversaba tras de la puerta, en secreto y copa en mano, con míster Taik, el gerente de la "Mining Society". Le decía en tono insinuante y adulator:

—Pero, míster Taik: yo mismo, con mis propios ojos, lo he visto...

—Usted es muy amable, pero eso es peligroso— replicaba muy colorado y sonriendo el gerente.

—Sí, sí, sí. Míster Taik, decídase no más. Yo sé por qué le digo. Rubio es un enfermo. Ella (hablaban de la mujer de Rubio) no lo quiere. Además, se muere por usted. Yo la he visto.

El gerente sonreía siempre:

—Pero, señor Marino, puede saberlo Rubio...

—Yo le aseguro que no lo sabrá, míster Taik. Yo se lo aseguro con mi cuello.

Marino bebió su copa y añadió, decidido:

—¿Quiere usted que yo me lleve a Rubio un día fuera de Quivilca, para que usted aproveche?

—Bueno, ya veremos. Ya veremos. Muchas gracias. Usted es muy amable....

—Tratándose de usted, míster Taik, ya sabe que yo no reparo en nada. Soy su amigo, muy modesto, sin duda, muy humilde y muy pobre, el último, quién sabe, pero amigo de veras y dispuesto a servirle hasta con mi vida. Su pobre servidor, míster Taik. ¡Su pobre amigo!

Marino se inclinó largamente.

En ese momento, míster Weiss, del otro extremo del bazar, llamaba al comerciante:

—¡Señor Marino! ¡Otra tanda de champaña!...

José Marino voló a servir las copas.

Entretanto, la Graciela estaba ya borracha. José Marino, su amante, la había dado a beber un licor extraño y misterioso, preparado por él en secreto. Una sola copa de este licor la había embriagado. El comisario le decía en voz baja y aparte a Marino:

—¡Formidable! ¡Formidable! Es usted un portento. Ya está más para la otra que para ésta...

—Y eso —respondía Marino, jactancioso—, y eso que no le he puesto mucho de lo verde. De otro modo, ya habría doblado el pico hace rato...

Abrazaba a Baldazari, añadiendo:

—Usted se lo merece todo, comisario. Por usted todo. ¡No digo un "tabacazo"! ¡No digo una mujer! ¡Por usted, mi vida! Créalo.

La Graciela, en los espasmos producidos por el "tabacazo", cantaba y lloraba sin causa. Se paraba de pronto y bailaba sola. Todos hacían palmas, entre risas y requiebros. La Graciela, con una copa en la mano, decía, bamboleándose y sin pañolón:

—¡Yo soy una pobre desgraciada! ¡Don José! ¡Venga usted! ¿Quién es usted para mí? ¡Hágame el favor! Yo sólo soy una pobre, y nada más...

Las risas y los gritos aumentaban. José Marino, del brazo del comisario, le dijo entonces a la Graciela, como a una ciega, y ante todos los contentulios:

—¿Ves? Aquí está el señor comisario, la autoridad, el más grande personaje de Quivilca, después de nuestros patrones, místers Taik y Weiss. ¿Lo ves aquí, con nosotros?

La Graciela, los ojos velados por la embriaguez, trataba de ver al comisario.

—Sí. Lo veo. Sí. El señor comisario. Sí...

—Bueno. Pues el señor comisario va a encargarse de ti mientras mi ausencia. ¿Me entiendes? El verá por tí. El hará mis veces en todo y para todo...

Marino, diciendo esto, hacía muecas de burla y añadía:

—Obedécele como a mí mismo. ¿Me oyes? ¿Me oyes, Graciela?...

La Graciela respondía, la voz arrastrada y casi cerrando los ojos:

—Sí... Muy bien... Muy bien...

Después vaciló su cuerpo y estuvo a punto de caer. El cajero Machuca soltó una risotada. José Marino le hizo señas de callarse y guiñó el ojo a Baldazari, significándole que la melaza estaba en punto. Los demás, en coro, le decían a media voz a Baldazari:

—¡Ya, comisario! Entre nomás! Entrele!...

El comisario se limitaba a reír y a beber.

Graciela, agarrándose del mostrador para no caer, fué a sentarse, llamando a grandes voces:

—¡Don José! ¡Venga usted a mi lado! ¡Venga usted!...

José Marino insinuó de nuevo a Baldazari que se acercase a la Rosada. Baldazari volvió, por toda respuesta, a beber otra copa. A los pocos instantes, Baldazari se encontraba completamente borracho. Hizo servir varias veces champaña. Los demás estaban, asimismo, ebrios, y en una inconsciencia absoluta. Rubio hablaba de política internacional a gritos con míster Taik, y, de otro lado, el profesor Zavala, Leonidas Benites y míster Weiss, se abrazaban en grupo. José Marino y el comisario Baldazari rodeaban siempre a la Graciela. Un momento, la Rosada abrazó a Marino, pero éste se escabulló suavemente, poniendo

en su lugar a Baldazari en los brazos de Graciela. La muchacha se dió cuenta y apartó bruscamente al comisario:

—¡Besa al señor comisario!— le ordenó entonces Marino, irritado.

—¡No!— respondió Graciela enérgicamente y como despertando.

—¡Déjela!— dijo Baldazari a Marino.

Pero el contratista de peones estaba ya colérico, e insistió:

—¡Besa al señor comisario te he dicho, Graciela!

—¡No! ¡Eso, nunca! ¡Nunca, don José!

—¿No le besas? ¿No cumples lo que yo te ordeno? ¡Espérate!— gruñó el comerciante, y se fué a preparar otro “tabacazo”.

Al venir la noche, cerraron herméticamente la puerta y el bazar quedó sumido en las tinieblas. Todos los contertulios —menos Benites, que se había quedado dormido— conocieron entonces, uno por uno, el cuerpo de Graciela. José Marino primero, y Baldazari después, habían brindado a la muchacha a sus amigos, generosamente. Los primeros en gustar de la presa fueron, naturalmente, los patrones místers Taik y Weiss. Los otros personajes entraron luego a escena, por orden de jerarquía social y económica: el comisario Baldazari, el cajero Machuca, el ingeniero Rubio y el profesor Zavala. José Marino, por modestia, galantería o refinamiento, fué el último. Lo hizo en medio de una batahola demoníaca. Marino pronunciaba en la oscuridad palabras, interjecciones y gritos de una abyección y un vicio espeluznantes. Un diálogo espantoso sostuvo, durante su acto horripilante, con sus cómplices. Un ronquido, sordo y ahogado, era la única seña de vida de Graciela. José Marino lanzó, al fin, una carcajada viscosa y macabra.

Y, cuando encendieron luz en el bazar, vióse botellas y vasos rotos sobre el mostrador, champaña derramado por el suelo, piezas de tejidos deshechas al azar, y las caras, macilentas y sudorosas. Una que otra mancha de sangre negreaba en los puños y cuellos de las camisas. Marino trajo agua en un lavador, para lavarse las manos. Mientras se estaban lavando, todos en círculo, sonó un tiro de revólver, volando el lavador por el techo. Una carcajada partió de la boca del comisario, que era quien había tirado.

—¡Para probar mis hombres!— dijo Baldazari, guardando su revólver—. Pero veo que todos han temblado.

Leónidas Benites despertó.

—¿Y la Graciela? —interrogó, restregándose los ojos—. ¿Ya se fué?....

Míster Taik, limpiando sus lentes, dijo:

—Señor Baldazari: hay que despertarla. Me parece que debe irse ya a su rancho. Ya es de noche.



—Sí, sí, sí —dijo el comisario, poniéndose serio—. ¡Hay que despertarla; usted, Marino, que es siempre el hombre!

—¡Ah! —exclamó el comerciante—. Eso va a ser difícil. Contra el “tabacazo” no hay otro remedio sino el sueño.

—Pero, de todos modos —argumentó Rubio—. no es posible dejarla botada así, en el suelo... ¿No le parece, mister Taik?

—¡Oh, sí sí —decía el gerente, fumando su pipa.

Leónidas Benites se acercó a Graciela, seguido de los demás. La Rosada yacía en el suelo, inmóvil, desgredada, con las polleras en desorden y aun medio remangadas. La llamaron, agitándola fuertemente y no dió señales de despertar. Trajeron uná vela. Volvieron a llamarla y moverla. Nada. Seguía siempre inmóvil. José Marino puso la oreja sobre el pecho de la moza y los otros esperaron en silencio.

—¡Carajo! —exclamó el comerciante, levantándose—. ¡Está muerta!...

—¿Muerta? —preguntaron todos, estupefactos—. ¡No diga usted disparates! ¡Imposible!

—Sí —repuso en tono despreocupado el amante de Graciela—. Está muerta. Nos hemos divertido.

Mister Taik dijo entonces en voz baja y severa:

—Bueno. Que nadie diga esta boca es mía. ¿Me han oído? ¡Ni una palabra! Ahora hay que llevarla a su casa. Hay que decir a sus hermanas que le ha dado un ataque y que la dejen reposar y dormir. Y, mañana, cuando la hallen muerta, todo estará arreglado...

Los demás asintieron, y así se hizo.

A las diez de la noche, José Marino montó a caballo y partió a Colca. Y, al día subsiguiente, se enterró a Graciela. En primera fila del cortejo fúnebre iba el comisario de Quivilca, acompañado de Zavala, de Rubio, de Machuca y de Benites. De lejos, seguía el cortejo Cuzco, el sobrino del amante de la muerta.

Todos los del bazar volvieron del cementerio tranquilos y conversando indiferentemente. Sólo Leónidas Benites estaba muy pensativo. El agrimensor era el único de los del bazar, en quien la muerte de Graciela dejó cierto pesar y hasta cierto remordimiento. En conciencia, sabía Benites que la Rosada no había fallecido de muerte natural. Verdad es que él no vió nada de lo que ocurrió con Graciela en la oscuridad, por haberse quedado profundamente dormido; pero lo sospechaba todo, aunque sólo fuese de modo oscuro y dudoso. Benites, de regreso del entierro, se encerró en su cuarto, arrepentido de la escena del bazar, cosa a la que no estaba acostumbrado y que, en principio, le repugnaba, y se tendió en su cama a meditar. Después, se quedó dormido.

Por la tarde de ese mismo día, se presentaron de pronto en el escritorio del gerente de la "Mining Society", míster Taik, las dos hermanas de la muerta, Teresa y Albina. Venían llorando. Otras dos indias, chicheras también, como las Rosadas, las acompañaban. Albina y Teresa pidieron audiencia al patrón, y, tras de una breve espera, fueron introducidas ante el yanqui, a quien acompañaba a la sazón su compatriota, el subgerente, míster Weiss. Ambos chupaban sus pipas.

—¿Qué se les ofrece?—preguntó secamente míster Taik.

—Aquí, patrón —dijo Teresa, llorando—, venimos porque todos dicen en Quivilca que a la Graciela la han matado y que no se ha muerto ella. Nos dicen que es porque la emborracharon en el bazar. Por eso. Y que usted, patroncito, debe hacernos justicia. Cómo ha de ser, pues, que maten así a una pobre mujer y que todo se quede así nomás...

El llanto no la dejó continuar.

Míster Taik se apresuró a contestar, enojado:

—¿Pero quién dice eso?

—Todos, señor, todos...

—¿Han ido ustedes a quejarse al comisario?

—Sí, patrón. Pero él nos dice que son habladurías y nada más, y que no es cierto.

—¿Entonces? Si así les ha contestado el señor comisario, ¿a qué vienen ustedes aquí y por qué siguen creyendo tonterías y chismes imbéciles? Déjense de zonceras y váyanse a su casa tranquilas. La muerte es la muerte y el resto son necedades y lloriqueos inútiles... ¡Váyanse! ¡Váyanse! —añadió paternalmente míster Taik, disponiéndose él también a salir.

—¡Váyanse!— repitió, también en tono protector, míster Weiss, chupando su pipa y paseándose—. No hagan caso de tonterías. Váyanse. No estamos para cantaletas y majaderías. Hagan el favor...

Los dos patrones, llenos de dignidad y despotismo, indicaron la puerta a las Rosadas, pero Teresa y Albina, cesando de llorar, exclamaron, a la vez, airadas:

—¡Sólo porque son patrones! ¡Por eso hacen lo que quieren y nos botan así, sólo porque venimos a quejarnos! ¡Han matado a mi Graciela! ¡La han matado! ¡La han matado!...

Vino un sirviente y las hizo salir de un empellón. Las dos muchachas se alejaron protestando y llorando, seguidas de las otras chicheras, que también protestaban y lloraban.

José Marino fué a Colca por urgentes negocios. En Colca tenía otro bazar, que corría de ordinario a cargo de su hermano menor, Mateo. Los hermanos Marino tenían, además, en Colca, la agencia de enganche de peones para los trabajos de las minas de Quivilca. En suma, la firma "Marino Hermanos" consistía, de una parte, en los bazares de Colca y de Quivilca, y, de otra, en el enganche de peones para la "Mining Society".

La "Mining Society" celebró un contrato con "Marino Hermanos", cuyas estipulaciones principales eran las siguientes: "Marino Hermanos" tomaban la exclusiva de proporcionar a la empresa yanqui toda la mano de obra necesaria para la explotación minera de Quivilca, y, en segundo lugar, tomaban, asimismo, la exclusiva del abastecimiento y venta de viveres y mercaderías a la población minera de Quivilca, como medio de facilitar el enganche y reenganche de la peonada. "Marino Hermanos", de este modo, se constituían en intermediarios, de un lado, como verdaderos patrones de los obreros, y, de otro lado, como agentes o instrumentos al servicio de la empresa norteamericana.

Este contrato con la "Mining Society" estaba enriqueciendo a los hermanos Marino con una rapidez pasmosa. De simples comerciantes en pequeño, que eran en Colca, antes de descubrirse las minas de Quivilca, se habían convertido en grandes hombres de finanza, cuyo nombre empezaba a ser conocido en todo el centro del Perú. El solo movimiento de mercaderías de sus bazares de Colca y Quivilca, representaba respetables capitales. En el momento en que José Marino venía a Colca, después de la jarana y la muerte de Graciela, en el bazar de Quivilca, "Marino Hermanos" iban a decidir de la compra de unos yacimientos auríferos en una hoya del Huataca. Tal era el principal motivo del viaje de José Marino a Colca.

Pero, el mismo día de su llegada, por la noche, después de comer, la atención de los hermanos Marino, en el curso de una larga conferencia, fué de pronto y preferentemente atraída hacia diversas cuestiones relativas al enganche de peones para Quivilca. Antes de su partida de Quivilca, José Marino había tenido acerca de este asunto una extensa conversación con mister Taik. La oficina de la "Mining Society" en Nueva York exigía un aumento en la extracción de tungsteno de todas sus explotaciones del Perú y Bolivia. El sindicato minero hacía, notar la inminencia en que se encontraban los Estados Unidos, de entrar en la guerra europea y la necesidad consiguiente para la empresa, de acumular en el día un fuerte *stock* de metal, listo para ser transportado, a una orden telegráfica de Nueva York. Mister Taik le había dicho secamente a José Marino:

—Usted me pone, antes de un mes, cien peones más en las minas...

—Haré, mister Taik, lo que yo pueda— respondió Marino.

—¡Ah, no! No me diga usted eso. Usted tiene que hacerlo. Para los hombres de negocio, no hay nada imposible...

—Pero, mister Taik, fíjese que ahora es muy difícil traer peones desde Colca. Los indios ya no quieren venir. Dicen que es muy lejos. Quieren mejores salarios. Quieren venirse con sus familias. El entusiasmo de los primeros tiempos ha pasado...

Mister Taik, sentado rígidamente ante su escritorio, y después de chupar su pipa, puso fin a los alegatos de José Marino diciendo con implacable decisión:

—Bueno. Bueno. Cien peones más dentro de un mes. Sin falta.

Y mister Taik salió solemnemente de su oficina. José Marino, caviloso y vencido, lo siguió a pocos pasos. Pero un diálogo tal —dicho sea de paso—, lejos de enfriar la amistad —si amistad era eso—, entre ambos hombres, la afianzó más. José Marino volvió al bazar, y en lo primero que pensó fué en hacer venir por medio de un amigo, el cajero Machuca, a mister Taik, a la reunión de despedida al comerciante.

—Tráigame a mister Taik y a mister Weiss.

—Va a ser difícil.

—No, hombre. Vaya usted a traerlos. Hágalo como cosa suya, y que no se den cuenta que yo se lo he dicho. Dígales que sólo van a estar unos minutos.

—Va a ser imposible. Están los gringos trabajando. Usted sabe que sólo vienen al bazar en la tarde.

—No, hombre. Vaya usted nomás. Ande, querido. Además, ya va a ser hora de almuerzo...

Maquuca fué y logró hacer venir a los dos yanquis. Entonces José Marino se deshizo en reverencias y atenciones para mister Taik, lo que, naturalmente, no modificó en nada las exigencias de la "Mining Society", en orden al tungsteno destinado a los Estados Unidos y a la guerra mundial.

—Una vez en el bazar— refería José Marino a su hermano en Colca—, volví a hablarle al gringo sobre el asunto y volvió a decirme que no eran cosas suyas, y que él tenía que cumplir las órdenes del sindicato, muy a su pesar.

—Pero, entonces —argumentaba Mateo—, ¿qué vamos a hacer ahora? En Quivilca mismo, o en los alrededores, no será posible encontrar indios salvajes. ¿Y los soras?

—¡Los soras! —dijo José, burlándose—. Hace tiempo que metimos a los soras a las minas y hace tiempo también que desaparecieron. ¡Indios brutos y salvajes! Todos ellos han muerto en los socavones, por estúpidos, por no saber andar entre las máquinas...

—¿Entonces? —volvió a preguntarse con angustia Mateo—. ¿Qué se puede hacer? ¿Qué podemos hacer?

—¿Cuántos peones hay socorridos? —preguntó, a su vez, José.

Mateo, hojeando los libros y los talonarios de los contratos, decía:

—Hay 23, que debían haber partido a Quivilca este mes, antes del 20.

—¿Los has hecho llamar? ¿Qué dicen?

—He visto a algunos, a nueve de ellos, hace quince días, más o menos, y me prometieron salir para Quivilca a fines de la semana pasada. Si no lo han hecho, habría que ir a verlos de nuevo y obligarlos a salir.

—¿Está aquí el subprefecto?

—Sí; aquí, precisamente.

—Bueno. Entonces, no hay más que pedirle dos soldados mañana mismo, para ir por los cholos inmediatamente. ¿Dónde viven? Mira en el talonario...

Mateo hojeó de nuevo el talonario de los contratos, recitando, uno por uno, los nombres de los peones contratados y sus domicilios. Luego, dijo:

—Al Cruz, al Pío, al viejo Grados y al cholo Laurencio, se les puede ir a ver mañana juntos. De Chocoda se puede pasar a Conra y después a Cunguay, de un solo tiro...

José replicó de prisa:

—No, no, no. Hay que verlos a todos mañana mismo, a los nueve que tú dices, aunque sea de noche o a la madrugada...

—Bueno. Sí. Naturalmente. Claro que se les puede ver. A los gendarmes les damos su sol a cada uno, su buen cañazo, su coca y sus cigarros, y ya está..

—¡Claro! ¡Claro! —exclamaba José, en tono decidido.

Ambos se paseaban en el cuarto, calzados de botas amarillas, un enorme pañuelo de seda al cuello y vestidos de "diablo-fuerte". Los hermanos Marino eran originarios de Mollendo. Hacía unos doce años que fueron a establecerse a la sierra, empezando a trabajar en Colca, en una tienducha, situada en la calle del Comercio, donde ambos vivían y vendían unos cuantos artículos de primera necesidad: azúcar, jabón, fósforos, kerosene, sal, ají, chancaca, arroz, velas, fideos, té, chocolate y ron. ¿Con qué dinero empezaron a trabajar? Nadie, en verdad, lo sabía a ciencia cierta. Se decía solamente que en Mollendo trabajaron como cargadores en la estación del ferrocarril y que allí reunieron cuatrocientos soles, que fué todo el capital que llevaron a la sierra. ¿Cómo y cuándo pasaron de la conducta o contextura moral de proletarios, a la de comerciantes o burgueses? ¿Siguieron, acaso — una vez de propietarios de la tienda de Colca—, siendo en los basamentos sociales de su espíritu, los antiguos obreros de Mollendo? Los hermanos Marino saltaron de clase social una noche de junio de 1909. La metamorfosis fué patética. El brinco de la historia fué cruento, coloreado y casi geométrico, a semejanza de ciertos números de fondo de los circos.

Era el santo del alcalde de Colca y los Marino fueron invitados, entre otros personajes, a comer con el alcalde. Era la primera vez que se veían solicitados para alternar con la buena sociedad de Colca. La invitación les cayó tan de lo alto y en forma tan inesperada, que los Marino, en el primer momento, reían en un éxtasis medio animal y dramático, a la vez. Porque era el caso que ni uno ni otro tenían el valor de hacer frente a tamaña empresa. Ni José ni Mateo querían ir al banquete, de vergüenza de sentirse en medio de aristócratas. Sus pulmones proletarios no soportarían un aire semejante. Y tuvieron, a causa de esto, una disputa. José le decía a Mateo que fuese él a la fiesta, y viceversa. Lo decidieron por medio de la suerte en un centavo: cruz o cara. Mateo fué a la comida del alcalde. Se puso su vestido de casimir, su sombrero de paño, camisa con cuello y puños de celuloide, corbata y zapatos nuevos de charol. Mateo se sintió elegante y aún estuvo a punto de sentirse ya burgués, de no empezar a ajustarle y dolerle mucho los zapatos. Primera vez que se los ponía y no tenía otro par, digno de aquella noche. Mateo dijo entonces, sentándose y con una terrible mueca de dolor:

—Yo no voy. Me duelen mucho. No puedo casi dar paso..

José le rogó:

—¡Pero fíjate que es el alcalde! ¡Fíjate el honor que vas a tener de comer con su familia y el subprefecto, los doctores y lo mejor de Colca! ¡Anda! ¡No seas zonzos! Ya verás que si vas al banquete, nos van a invitar siempre, a todas partes, el juez, el médico y hasta el diputado, cuando venga. Y seremos nosotros también considerados después como personas decentes de Colca. De esta noche depende todo. Y vas a ver. Todo está en entrar en la sociedad, y el resto ya vendrá: la fortuna, los honores. Con buenas relaciones, conseguiremos todo ¿Hasta cuándo vamos a ser obreros y mal considerados?..

Ya se hacía tarde y se acercaba la hora del banquete. Tras de muchos ruegos de José, Mateo, sobreponiéndose al dolor de sus zapatos, afrontó el heroísmo de ir a la fiesta. Mateo sufría lo indecible. Iba cojeando, sin poderlo evitar. Al entrar a los salones del alcalde, entre la multitud de curiosos del pueblo, con algo tropezó el pie que más le apretaba y le dolía. Casi da un salto de dolor, en el preciso instante en que la mujer del alcalde aparecía a recibirle a la puerta. Mateo Marino transformó entonces y sin darse cuenta cómo, su salto de dolor, en una genuflexión mundana, improvisada e irreprochable. Mateo saludó con perfecta corrección:

—¡Señor, tanto honor!...

Estrechó la mano de la alcaldesa y fué a tomar asiento, con paso firme, desenvuelto y casi flexible. El puente de la historia, el arco entre clase y clase, había sido salvado. La mujer del alcalde le decía, días después, a su marido:

—¡Pero resulta que Marino es un encanto! Hay que invitarle siempre.

En Colca no tenían los Marino más familia que Cucho, hijo de Mateo y de una chichera que huyó a la costa con otro amante.

Mateo vivía ahora en una gran casa, que comunicaba con el bazar, ambos —casa y establecimiento— de propiedad de la firma “Marino Hermanos”. Allí, en una de las habitaciones de esa casa, estaban ahora conferenciando cerca de sus negocios y proyectos.

—¿Y cómo dejas los asuntos en Quivilca?— preguntó más tarde Mateo a su hermano.

—Así, así... Los gringos son terribles. Mister Taik, sobre todo, no se casa ni con su abuela. ¡Qué hombre! Me tiene hasta las orejas.

—Pero, hermano, hay que saber agarrarlo...

—¡Agarrarlo! ¡Agarrarlo! —repitió José con sorna y escepticismo—. ¿Tú piensas que yo no he ensayado ya mil formas de agarrarlo?..

Los dos gringos son unos pendejos. Casi todos los días los hago venir a los dos al bazar, valiéndome de Machuca, de Rubio, de Baldazari. Vienen. Se bebe. Yo les invito casi siempre. Con frecuencia, los meto con mujeres. Nos vamos de juerga al campamento de peones. Muchas veces, los invito a comer. En fin...: Hasta de alcahuete les sirvo...

—¡Eso es! ¡Así hay que hacerlo!

—¿Sabes la que le he metido en la cabeza a mister Taik? —le dijo José riendo—. Como yo sé que es un mujerero endemoniado, le he dicho que la mujer de Rubio se muere por él. Se lo he dicho el día de mi viaje, porque como acababa de joderme con la cuestión de los peones, yo quise engatusármelo así, para que se ablandara y retirase su exigencia de los cien peones para este mes...

—¿Y qué resultó?

—Nada. El gringo sólo se reía como un idiota. Más a más, casi me oye y se da cuenta Rubio. Después, quise emborracharlo y tampoco se ablandó. Por último, llamé a Baldazari y le dije que viese la manera de tocarle el punto a lo disimulado. Pero tampoco hubo manera de agarrarlo. Con Baldazari se hacía el cojudo. ¡Total, nada!

—¿Pero, en verdad, está la mujer de Rubio enamorada de él, o tú le sacaste ésa?

—¡Qué va a estar enamorada, hombre! Yo se la saqué ésa sólo por halagarlo y por ver qué resultaba. Si el gringo se hubiera entusiasmado, la mujer de Rubio y Rubio mismo se habrían hecho de la vista gorda. Tú conoces ya lo que es Rubio: con tal de sacar algo, vende hasta a su mujer...

—Bueno —dijo Mateo—. Hay que dormir ya. Tú estas rendido y mañana tenemos mucho que hacer... ¡Laura! —gritó, parándose en la puerta del cuarto.

—¡Ahí voy, señor! —respondió Laura desde la cocina.

Laura, una india rosada y fresca, bajada de la puna a los ocho años y vendida por su padre, un mísero alparcero, al cura de Colca, fué traspasada, a su vez, por el párroco a una vieja hacendada de Sonta, y luego, seducida y raptada, hacía dos años, por Mateo Marino. Laura desempeñaba en casa de "Marino Hermanos" el múltiple rol de cocinera, lavandera, ama de llaves, sirvienta de mano y querida de Mateo. Cuando José venía de Quivilca, por pocos días, a Colca, Laura solía acostarse también con él, a escondidas de Mateo. Este, sin embargo, lo había sospechado y, más aún, últimamente, de la sospecha pasó a la certidumbre. Pero el juego de Laura no parecía incomo-



dar a "Marino Hermanos". Al contrario, los brazos de la criada parecían unirlos y estrecharlos más hondamente. Lo que en otros habría encendido celos, en "Marino Hermanos" avivó la fraternidad.

Cuando Laura entró al cuarto donde estaban los Marino, éstos la observaron de reojo y largamente: José, con apetito, y Mateo, un tanto receloso. Mientras Laura sirvió la comida, los dos hermanos no la habían hecho caso, absorbidos como estaban por los negocios. Pero ahora, que venía el sueño, y se acercaba el instante de la cama, Laura despertó de pronto una viva atención en "Marino Hermanos".

—¿Ya está lista la cama de José? —le preguntó Mateo.

—Ya, señor— respondió Laura.

—Bueno. ¿Has dado de comer al caballo?

—Sí, señor. Le he echado un tercio de alfalfa.

—Bueno. Ahora, más tarde, cuando se enfríe más, le quitas la montura y le echas otro tercio.

—Muy bien, señor.

—Y bien de mañana, anda donde el tuerto Lucas y dile que vaya a traerme la mula negra. Dile que esté aquí, a lo más; a las nueve de la mañana. Sin falta. Porque tengo que ir a la chacra...

—Muy bien, señor. ¿No necesitan otra cosa?

—No. Puedes ir a acostarte.

Laura hizo un gesto de sumisión.

—Buenas noches, señores —dijo, y salió inclinada.

—Buenas noches.

Los hermanos Marino miraron largamente el esbelto y robusto cuerpo de Laura, que se alejaba a paso tímido, las polleras granates cubriéndole hasta los tobillos, la cintura cadenciosa y ceñida, los hombros altos, el pelo negro y en trenzas lacias, el porte seductor.

Las camas de José y de Mateo estaban en un mismo cuarto. Una vez los dos acostados y apagada la vela, reinó en toda la casa un silencio completo. Ni uno ni otro tenían sueño, pero los dos fingieron quedar dormidos. ¿Cavilaban en los negocios? No. Cavilaban en Laura, que estaba ahora haciendo su cama en la cocina. Se oyó de pronto unos pasos de la muchacha. Después, un leve ruido del colchón de paja, al ser desdoblado. Luego, Laura, poniéndose a remendar un zapato, se compuso el pecho. ¿En qué pensaba, por su parte, Laura? ¿En ir a desensillar el caballo e echarle el otro tercio? No. Laura pensaba en "Marino Hermanos".

Laura, por haber vivido, desde su niñez, la vida de provincia, se había afinado un poco, tomando muchos hábitos y preocupaciones de señorita aldeana. Sabía leer y escribir. Con lo poco que le daba Ma-

teo, se compraba secretamente aretes y vinchas, pañuelos blancos y medias de algodón. También se compró un día una sortija de cobre y unos zapatos con taco. Uno que otro domingo iba a misa, bien temprano, antes que se levantase su patrón y amante. Y Laura, sobre todo, se había impregnado de un erotismo vago y soñador. Tenía veinte años. ¿Quiso alguna vez a un hombre?. Nunca. Pero habría deseado querer. Por su patrón sentía más bien odio, aunque este odio anduviese disfrazado, dorado o amordazado por un sentimiento de vanidad de aparecer como la querida del señor Mateo Marino, uno de los más altos personajes de Colca. Pero, el odio existía. Intimamente, Laura experimentaba repugnancia por su patrón, cuarentón colorado, medio legñoso, rojo, grosero, sucio, tan avaro como su hermano y que, por su parte, tampoco sentía el menor afecto por su cocinera. Cuando había gente en casa de "Marino Hermanos", Mateo ostentaba un desprecio encarnizado e insultante por Laura, a fin de que nadie creyese lo que todo el mundo creía: que era su querida. Y esto le dolía profundamente a Laura.

Con José, otras eran sus relaciones. Como José no podía poseerla por la fuerza y a la descubierta, puesto que su hermano estaba con ella, la venció y la retenía con la astucia y el engaño. José la hizo entender que Mateo era un tonto, que no la quería y que haría con ella, a la larga, lo que hizo con la madre de Cucho: someterla a la miseria, obligándola a escaparse con el primer venido. Le dijo, de otro lado, que él, José, en cambio, la amaba mucho y la haría su "querida de asiento" el día en que Mateo la abandonase. Además, José, contrariamente a lo que hacía Mateo —que nunca prometió a Laura nada—, le prometía siempre darle dinero, aunque nunca, en realidad le dió nada. En resumen, José sabía enganarla, halagándola y mostrándose apasionado, cosa ésta que Laura no advirtió nunca en Mateo. El propio género de relaciones culpables que los unía, azuzaba, de una parte, a José a no ser seco y brutal como su hermano, y de otra parte, a Laura —mujer, al fin—, a sostener y prolongar indefinidamente este juego con "Marino Hermanos". En ello había también en Laura mucho de venganza a los desprecios de Mateo. Con todo, y examinando las cosas en conjunto, tampoco amaba Laura a José Marino, ni mucho menos. Ella no sabía, de otro lado, si, en el fondo, le detestaba tanto como a su hermano. Pero, en todo caso, sentía que lo que había entre ella y José era algo muy inconsistente, difuso, frágil, insípido. Muchas veces, pensándolo, Laura se daba cuenta que no sentía nada por este hombre. Y, si más lo pensaba, llegaba a apercibirse, en fin, de que le odiaba....

En esto meditaba Laura, remendando su zapato.

Los hermanos Marino, en sus camas, meditaban, el uno, José, ansiosamente, en Laura, y el otro, Mateo, con cierto malestar, en Laura y en José. Este quería ir a la cocina. Mateo no quería que José pudiera ir a la cocina. José esperaba que Mateo se quedase dormido. Aun cuando estaba convencido de que Mateo lo sabía todo, estaba también ahora convencido de que Mateo se haría el desentendido y de que tendría que quedarse, tarde o temprano, dormido. Sin embargo, las suposiciones de José no correspondían del todo a la realidad del pensamiento y la voluntad de Mateo. Por primera vez, esta noche, Mateo sentía una especie de celos vagos e imprecisos. A Mateo, en verdad, le dolía que José fuese a la cocina. ¿Por qué? ¿Por qué esta noche tales reparos y no las otras veces?....

Pasó largo rato, las cosas así en la cabeza de Laura y en la doble cabeza de "Marino Hermanos". Estos oyeron luego que Laura salía a desensillar el caballo y a echarle el otro tercio de alfalfa. El ruido de sus pasos era blando, casi aterciopelado y voluptuoso, pues Laura llevaba zapatos llanos. Oyéndola, el deseo se avivó en José. Le vino entonces ganas de tragar saliva y no lo pudo evitar. Mateo, oyendo la deglución salival de su hermano, se aseguró entonces de que éste desvelaba y sus resquemores se avivaron.

Laura volvió a la cocina y cerró de golpe la puerta. Los hermanos Marino se estremecieron. ¿Qué quería decir esta manera brusca de cerrar la puerta? José se dijo que se trataba de un signo tácito, con el cual Laura quería indicarle que pensaba en él y que la noche era propicia a los idilios. Mateo dudaba entre esto que se decía José y la idea de que, con aquel portazo, Laura trataba, por el contrario, de significarle a él, Mateo, su decisión resuelta e inalterable de guardarle fidelidad. Pero José ya no podía contener sus instintos. Se dió una vuelta violenta en la cama. Después se oyó el ruido del colchón de paja, cuando el joven cuerpo de la cocinera cayó y se alargó sobre él. El deseo poseyó entonces por igual a ambos hombres. Los lechos se hacían llamas. Las sábanas se atravesaban caprichosamente. La atmósfera del cuarto se llenó de imágenes... José y Mateo Marino se hallaron, un instante, de espaldas uno al otro, sin saberlo...

Mateo saltó de repente de su cama, y José, al oírle, sintió que le subía la sangre de golpe a la cabeza. ¿Dónde iba Mateo? Un celo violento de animal poseyó a José. Mateo tiró suavemente la puerta y salió descalzo al corredor. Mateo sabía que su hermano lo estaba oyendo todo, pero él era, al fin y al cabo, el dueño oficial de esa mujer, y el deseo le tenía trastornado. José oyó luego que Mateo rasguñaba la puerta de la cocina, rasguño en el que Laura reconoció a su amante

de todos días. La rabia le hacía a José castañetear los dientes, de pie y pegada la oreja a la puerta del dormitorio fraternal. ¿Abriría Laura? Esta misma vaciló un instante en abrir. Hasta el propio Mateo dudó de si Laura le recibiría. Mas, al fin, habló y triunfó en la cocinera el sentimiento de esclavitud al patrón "de asiento". Cuando ya Laura empezó a deslizarse lentamente del colchón de paja, de puntillas y en la oscuridad, Mateo, a quien la demora de Laura enardecía hasta hacerle perder la conciencia, volvió a rasguñar la puerta, esta vez ruidosamente. Laura tropezó por la prisa, en el batán de la cocina, y se oyó un porrazo en el suelo. Después se abrió la puerta y Mateo, temblando de ansiedad, entró. José se había apercibido de toda esta escena en sus menores detalles y tornó a su cama. El dolor de su carne sedienta y la idea que se hacía de lo que pasaba en esos momentos entre Laura y su hermano, le hacían retorcerse angustiosamente entre las sábanas y le arrancaban ahogados rugidos de bestia envenenada.

Lo que sucedió en la cocina fué en el suelo. Laura acababa de caer junto al batán y se luxó la muñeca de una mano, un hombro y una cadera. Gemía en silencio y la muñeca le sangraba. Pero nada pudo embridar los instintos de Mateo. Al comienzo la tomó la mano, acariciándola y lamiendo la sangre. Un momento después, apartó brutalmente la muñeca herida de Laura, y, según su costumbre, lanzó unos bufidos de animal ahito. Ni Laura ni Mateo habían pronunciado palabra en esta escena. Mateo se puso de pie, y, con sumo tiento, ganó la puerta, salió y volvió a cerrarla despacio. Se paró al borde del corredor y orinó largo rato. José sintió que una ola de bochorno recorría sus miembros, jaló las frazadas y se tapó hasta la cabeza. Al entrar Mateo al cuarto, por las amplias espaldas de José descendió un sudor caliente y casi cáustico.

Laura quedó tendida en el suelo, llorando. Probó de levantarse y no pudo. La cadera le dolía como quebrada.

Una vez en su cama, Mateo sintió frío. Según sus cálculos, y aunque José daba señas de dormir, estaba Mateo cierto de que no dormía. ¿Insistiría José en ir a la cocina? Era muy probable. Si José quería siempre ir a la cocina. Pero Mateo ya no sentía ahora celos de su hermano. Imaginando a José en brazos de Laura, ya no se incomodaba. Un sopor espeso e irresistible empezó a invadirle, y, cuando, unos minutos después, José abrió a su turno y de golpe la puerta y salió, Mateo no lo oyó, pues roncaba profundamente.

José empujó violentamente la puerta de la cocina y entró. Laura se incorporó vivamente, a pesar de sus dolores. Al tanteo, la buscó José en la oscuridad. La tocó al fin. Su mano, ávida y sudorosa, ca-

yendo como una araña gorda en los senos medio desnudos de la cocinera, la quitó el aliento. Un beso apretado y largo unió los labios humedecidos aún de lágrimas de Laura, a la callosa boca encrespada de José. Laura cesó de llorar y su cuerpo cimbróse, templándose. Laura deseaba pues, a José, ¿y precisamente a José? No. Cualquiera otro hombre, que no fuese Mateo, habría provocado en ella idéntica reacción. Lo que bastaba a Laura para reaccionar así, era un otro contacto que no fuese el conocido y estúpido del patrón cotidiano. Y si este nuevo contacto venía, además, apasionado, mimoso y, lo que es más importante, envuelto en las sombras de lo prohibido, se explica aún mejor por qué Laura acogía a José Marino de una manera distinta que a Mateo Marino. Laura, la campesina —lo hemos dicho ya—, había adquirido muchos modos de conducta de señorita aldeana, y, entre éstos, el gusto del pecado.

Al entrar José en los brazos de la cocinera, del cuerpo de ésta salió una brusca y turbadora emanación. José sintió una extraña impresión y permaneció inmóvil un momento. ¿Qué olor era ese —mitad de mujer y otra mitad desconocida—, que le daba así en el olfato, desconcertándole? ¿De dónde salía? ¿Era el olor de Laura? ¿Y solamente de Laura? José pensó instantáneamente en su hermano. Un calor frío de pudor —de un pudor profundamente humano y tormentoso— le sobrecogió. Sí. Mateo acababa de pasar por allí. Sus instintos viriles retrocedieron, como retrocede o resbala un pótro desbocado, al borde de un precipicio. Mas eso duró un segundo. El animal caído volvió a pararse y, desatentado y ciego, siguió su camino.

Si no olvidamos que José no hacía más que engañar a Laura y que la caricia y la promesa terminaban una vez saciados sus instintos, se comprenderá fácilmente por qué José se alejase, unos minutos más tarde, de Laura, diciéndole desdeñosamente, y en voz baja:

—Y para esto he esperado horas enteras...

—¡Pero, oiga usted, don José! —le decía Laura, suplicante—. No se aleje usted, que voy a decirle una cosa...

José, incomodándose y sin acercarse a la cocinera, respondió:

—¿Qué cosa?

—Yo creo que estoy preñada...

—¿Preñada? ¡No friegues, hombre! —dijo José con una risa de burla.

—Sí, don José, sí. Yo sé que estoy preñada.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque tengo vómitos todas las mañanas...

—¿Y desde cuándo crees que estás preñada?

—Yo no sé. Pero estoy casi segura.

—¡Ah! —gruñó José Marino, malhumorado—. ¡Eso es una vaina! ¿Y qué dice Mateo?

—Yo no le he dicho nada.

—¿No le has dicho nada? ¿Y por qué no le has dicho?

Laura guardó silencio. José volvió a decirle:

—Responde. ¿Por qué no le has dicho a él?

Este *él* sonó y se irguió entre José y Laura como una pared divisoria entre dos lechos. Laura y José conocían muy bien el contenido de esa palabra. Este *él* era el padre presunto, y José decía *él* por Mateo, mientras que Laura pensaba que *él* no era precisamente Mateo, sino José. Y la cocinera volvió, por eso, a guardar silencio.

—¡Eso va a ser una vaina! —repitió José, disponiéndose a partir.

Laura trató de retenerlo con un gemido:

—¡Sí, sí! Porque yo no estoy preñada de su hermano, sino de usted...

José rió en la oscuridad, mofándose:

—¿De mí? ¿Preñada de mí? ¿Quieres echarme a mí la pelota de mi hermano?...

—¡Sí! ¡Sí, don José! ¡Yo estoy preñada de usted! ¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé! ¡Yo lo sé!...

—Pero si yo no he estado contigo hace ya más de un mes...

—¡Sí, sí, sí, sí!... Fué la última vez. La última vez...

—¡Pero tú no puedes saber nada!... ¿Cómo vas a saberlo, cuando, muchas veces, en una misma noche, has dormido conmigo y con Mateo?...

Laura, en ese momento, sintió algo que la incomodaba. ¿Era el sudor? ¿Era la posición en que estaba su cuerpo? ¿Eran sus luxaciones? Cambió de posición y algo resbaló por el surco más profundo de su carne... Instantáneamente, cruzó por el corazón de Laura una duda compacta, tenebrosa, inmensa. En efecto. ¿Cómo iba a saber cuál de los dos Marino era el padre de su hijo? Ahora mismo, en ese momento, ella sentía oscuramente gravitar y agitarse en sus entrañas de mujer las dos sangres de esos hombres, confundidas e indistintas. ¿Cómo diferenciarlas?

—¿Pero cómo vas a saberlo?— repetía José imperiosamente.

Laura iba a responder un disparate, pero se contuvo. No. El hijo no podía ser de los dos hermanos Marino. Un hijo tiene siempre un solo padre. La cocinera, sintiéndose en el colmo de su terrible incertidumbre, lanzó un sollozo entrañable y desgarrador. José salió y cerró la puerta silenciosamente.

Al otro día, a las diez de la mañana, los hermanos Marino fueron a ver al subprefecto Luna, por el asunto de los peones. Cuando llegaron a la subprefectura, Luna acababa de afeitarse.

—Antes que nada —dijo el viejo subprefecto, en tono campechano— van a probar ustedes lo que es rico...

Sacó de la otra pieza una botella y unas copas, añadiendo alborozado:

—Adivinen ustedes de dónde viene...

—¿Del chino Chank?

—No, señor —exclamaba Luna, sirviendo él mismo el pisco.

—¿De la vieja Mónica?

—Tampoco.

—¿De casa del juez?

—Menos.

José tomó la primera copa y dijo, saboreándose:

—¿Del cura Velarde?

—¡Eso es!

—¡Pero es estupendo!

—¡Formidable!

—¡Cojonudo!

A la tercera copa, Mateo le dijo al subprefecto:

—Necesitamos, querido subprefecto, dos gendarmes.

—¿Para qué, hombre?... —respondió en broma y ya algo chispo, el viejo Luna—. ¿A quién van a echar bala?...

José alegó:

—Es para ir a ver a unos peones prófugos. ¡Qué quiere usted! La "Mining Society" nos obliga a poner en las minas cien peones de de aquí a un mes. La oficina de Nueva York exige más tungsteno. Y los cholos que tenemos "socorridos", se resisten a cumplir sus contratos y a salir para Quivilca....

El subprefecto se puso serio, argumentando:

—Pero es el caso que yo no dispongo ahora de gendarmes. Los pocos que tengo, faltan para tomar a mis conscriptos. Yo también como ustedes saben, estoy en apuros. El prefecto me obliga a enviarle para el primero del mes próximo, lo menos cinco conscriptos. ¡Y los cholos se han vuelto humo!... No tengo sino dos en la cárcel. Precisamente... —dijo, volviéndose a la puerta de su despacho, que daba sobre la plaza, y llamando en voz alta: —¡Anticonal!...

—¡Su señoría! —respondió un gendarme, apareciendo al instante, cuadrándose y saludando militarmente desde la puerta.

—¿Salieron los gendarmes por los conscriptos?

—Sí, su señoría.

—¿A qué hora?

—A la una de la mañana, su señoría.

—¿Cuántos han salido?

—El sargento y tres soldados, su señoría.

—¿Y cuántos gendarmes hay en el cuartel?

—Dos, su señoría.

—¡Ya ven ustedes! —dijo el subprefecto, volviéndose a “Marino Hermanos”—. Tengo los justos para el servicio. Nada más que los justos. ¡Esto es una broma! Porque los mismos gendarmes se hacen los rengos. No quieren secundarme. Son unos borrachos. Unos haraganes. Con tal de que me traigan los conscriptos, les he prometido ascenderlos y premiarlos, y les he dado su pisco, su coca, sus cigarros y, en fin, les he autorizado a que hagan lo que quieran con los indios. ¡Látigo o sable, no me importa! A mí lo que me importa es que me traigan gente, sin pararse en mientes ni en contemplaciones...

Luna tomó una expresión de crueldad calofriante. El ordenanza Anticona volvió a saludar y se retiró con la venia del subprefecto. Éste se paseaba, pensativo y ceñudo, y “Marino Hermanos” estaban de pie, muy preocupados.

—¿A qué hora volverán los gendarmes con los conscriptos?— preguntó José a la autoridad.

—Supongo que en la tarde, a eso de las cuatro o cinco.

—Bueno. Entonces los gendarmes pueden ir con nosotros por los peones, en la noche, entre ocho y nueve, por ejemplo.

—Allí veremos. Porque como se han levantado tan temprano, los gendarmes van a querer descansar esta noche.

—¿Entonces? —dijo José contrariado—. Porque la “Mining Society” nos exige...

—De otra manera —agregó Mateo—, si no se nos proporciona los gendarmes que necesitamos, nos será completamente imposible cumplir con la empresa.

Porque en el Perú, y particularmente en la sierra, a los obreros les hacen cumplir los patrones sus contratos civiles, valiéndose de la Policía. La deuda del obrero es coercible por la fuerza armada, como si se tratara de un delito. Más todavía. Cuando un obrero se “socorre”, es decir, cuando vende su trabajo, comprometiéndose a darlo en una fecha más o menos fija a las empresas industriales, nacionales o extranjeras, y no llega a darlo en la fecha estipulada, es perseguido por las autoridades como un criminal. Una vez capturado, y sin oír defensa alguna de su parte, se le obliga, por la fuerza, a prestar los servicios



prometidos. Es, en pocas palabras, el sistema de los trabajos forzados.

—En fin —repuso el subprefecto, en tono conciliador—. Ya veremos el modo de arreglarnos y conciliar intereses. Ya veremos. Tenemos tiempo....

Los hermanos Marino, despechados refunfuñaron a una voz:

—Muy bien. Perfectamente...

El subprefecto sacó su reloj:

—¡Las once menos cuarto! —exclamó.— A las once tenemos sesión de la Junta Conscriptora Militar...

Y, precisamente, al instante, empezaron a llegar al despacho subprefectural los miembros de la Junta. El primero en llegar fué el alcalde Parga, un antiguo montonero de Cáceres, muy viejo y encorvado, astuto y ladrón empedernido. Después llegaron juntos el juez de primera instancia, doctor Ortega, el médico provincial, doctor Riaño, y el vecino notable de Colca, Iglesias, el más rico propietario de la provincia. El doctor Ortega sufría de una forunculosis permanente y, originario de Lima, llevaba ya en Colca unos diez años de juez. Una historia macabra se contaba de él. Había tenido una querida, Domitila, a quien parece llegó a querer con frenesí. Pero Domitila murió hacía uno año. La gente refería que el doctor Ortega no podía olvidar a Domitila y que una noche, pocas semanas después del entierro, fué el juez en secreto, y disfrazado, al cementerío y exhumó el cadáver. Al doctor Ortega le acompañaron en este acto dos hombres de toda su confianza. Eran éstos dos litigantes de un grave proceso criminal, a favor de los cuales falló después el juez, en pago a sus servicios de esa noche. Mas, ¿para qué hizo el doctor Ortega semejante exhumación? Se refería que, una vez sacado el cadáver, el juez ordenó a los dos hombres que se alejasen, y se quedó a solas con Domitila. Se refería también que el acto solitario —que nadie vió, pero del que todos hablaban—, que el doctor Ortega practicara con el cuerpo de la muerta, era una cosa horrible, espantosa... ¿Era esto cierto? ¿Era, al menos, presumible? El juez, a partir de la muerte de Domitila, tomó un aire taciturno, misterioso y, más aún, extraño e inquietante. Salía poco a la calle. Se decía, asimismo, que vivía ahora con Genoveva, una hermana menor de Domitila. ¿Qué complejo freudiano y qué morbosa realidad se ocultaban en la vida de este hombre? Barbudo, medio cojo, con un algodón o venda siempre en el cuello, emponchado y recogido, cuando pasaba por la calle o asistía a un acto oficial, miraba vagamente a través de sus anteojos. La gente experimentaba, al verle, un malestar sutil e insopportable. Algunos se tapaban las narices.

El médico Riaño era nuevo en Colca. Joven de unos treinta años y, según se decía, de familia decente de Ica, vestía con elegancia y tenía una palabra fácil y florida. Se declaraba con frecuencia un idealista, un patriota ardiente, aunque; en el fondo, no podía esconder un arribismo exacerbado. Soltero y bailarín, tenía locas por él a las muchachas del lugar.

En cuanto al viejo Iglesias, su biografía era muy simple: las cuatro quintas partes de las fincas urbanas de Colca, eran de su exclusiva pertenencia. Tenía, además, una rica hacienda de cereales y cría, "Tobal", cuya extensión era tan grande, su población de siervos tan numerosa y sus ganados tan inmensos, que él mismo ignoraba lo que, a ciencia cierta, poseía. ¿Cómo adquirió Iglesias tamaña fortuna? Con la usura y a expensas de los pobres. Sus robos fueron tan ignominiosos, que llegaron a ser temas de yaravíes, marineras y danzas populares. Una de éstas rezaba así:

*Ahora sí que te conozco  
que eres dueño de Tobal  
con el sudor de los pobres  
que les quitaste su pan....  
con el sudor de los pobres  
que les quitaste su pan...*

Una numerosa familia rodeaba al gamonal. Uno de sus hijos, el mayor, estaba terminando sus estudios para médico en Lima, y ya se anunciaba su candidatura a la diputación de la provincia.

El subprefecto Luna poseía una ejecutoria administrativa larga y borrascosa. Capitán de gendarmes retirado, seductor y jugador, disponía de un ingenio para la intriga extraordinario. Nunca, desde hacía diez años, le faltó puesto público. Con todos los diputados, ministros, prefectos y senadores, estuvo siempre bien. Sin embargo, a causa de su crueldad y falta de tino, no duraba en los puestos. Es así cómo había recorrido casi toda la república, de subprefecto, comisario, mayor de guardias, jefe militar, etc., etc. Una sola cosa daba unidad a su vida administrativa: los disturbios, motines y sucesos sangrientos que en todas partes provocaba, en razón de sus intrigas, intemperancias y vicios.

Una vez que los hermanos Marino salieron de la subprefectura, la sesión de la Junta Conscriptora Militar quedó abierta. Leyó el acta anterior el secretario del subprefecto, Boado, un joven lleno de barros en la cara, ronco, de buena letra y muy enamorado. Nadie formuló observación alguna al acta. Luna dijo luego a su secretario:

—Dé usted lectura al despacho.

Boado abrió varios pliegos y empezó a leer en voz alta:

—Un telegrama del señor prefecto del Departamento, que dice así: "Subprefecto. Colca. Requíerole contingente sangre fin mes indefectiblemente. (Firmado.) Prefecto Ledesma".

En ese momento llenó la plazá un ruido de caballería, acompañado de un murmullo de muchedumbre. El subprefecto interrumpió a su secretario vivamente:

—¡Espérese! Allí vienen los conscriptos...

El secretario se asomó a la puerta.

—Sí. Son los conscriptos —dijo—. Pero viene con ellos mucha gente...

La Junta Conscriptora suspendió la sesión y todos sus miembros se asomaron a la puerta. Una gran muchedumbre venía con los gendarmes y los conscriptos. Eran, en su mayoría, curiosos, hombres, mujeres y niños. Observaban a cierta distancia y con ojos absortos, a dos indios jóvenes —los conscriptos— que avanzaban a pie, amarrados por la cintura al pescuezo de las cabalgaduras de los gendarmes montados. Tras de cada conscripto, venía su familia llorando. El sargento se detuvo ante la puerta de la subprefectura, bajó de su caballo, se cuadró ante la Junta Conscriptora y saludó militarmente:

—¡Traemos dos, su señoría! —dijo en voz alta y dirigiéndose al subprefecto.

—¿Son conscriptos? — preguntó Luna, muy severo.

—No, su señoría. Los dos son "enrolados".

Algo volvió a preguntar el subprefecto, que nadie oyó a causa del vocerío de la multitud. El subprefecto levantó más la voz, golpeándola imperiosamente:

—¿Quiénes son? ¿Cómo se llaman?

—Isidoro Yépez y Braulio Conchucos, su señoría.

Un viejo muy flaco, cubierto hasta las orejas con un enorme sombrero de junco, doblado el poncho al hombro, la chaqueta y el pantalón en harapos, uno de los llanques en la mano, se abrió camino entre la multitud y llegó hasta el subprefecto.

—¡Patroncito! ¡Taita! —dijo juntando las manos lastimosamente—. ¡Suéltalo a mi Braulio! ¡Suéltalo! ¡Yo te lo pido, taita!

Otros dos indios cincuentones, emponchados y llorosos, y tres mujeres descalzas, la liella prendida al pecho con una espina de penca, vinieron a arrodillarse bruscamente ante los miembros de la Junta Conscriptora:

—¡Por qué, pues, taitas! ¡Por qué, pues, al Isidoro! ¡Patroncitos! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo!

Las tres indias —abuela, madre y hermana de Isidoro Yépez— gemían y suplicaban arrodilladas. El padre de Braulio Conchucos se acercó y besó la mano al subprefecto. Los otros dos indios —padre y tío de Isidoro Yépez— volvieron hacia éste y le pusieron su sombrero.

A los pocos instantes había ante la Subprefectura numeroso pueblo. Bajó de su cabalgadura uno de los gendarmes. Los otros dos seguían montados, y junto a ellos estaban de pie los dos “enrolados”, cada uno atado a la mula de cada soldado. Braulio Conchucos tendría unos veintitrés años; Isidoro Yépez, unos dieciocho. Ambos eran yanacunas de Guacapongo. Ahora era la primera vez que venían a Colca. Analfabetos y desconectados totalmente del fenómeno civil, económico y político de Colca, vivían, por así decirlo, fuera del Estado peruano y fuera de la vida nacional. Su sola relación con ésta y con aquél se reducía a unos cuantos servicios o trabajos forzados que los yanacunas prestaban de ordinario a entidades o personas invisibles para ellos: abrir acequias de regadío, desmontar terrenos salvajes, cargar a las espaldas sacos de granos, piedras o árboles con destino ignorado, arrear recuas de burros o de mulas con fardos y cajones de contenido misterioso, conducir las yuntas en los barbechos y las cuadrigas de las trillas en parvas piramidales y abundantes, cuidar noches enteras una toma de agua, ensillar y desensillar bestias, segar alfalfa y alcacel, pastear enormes porcadas, caballadas o boyadas, llevar al hombro literas de personajes extraños, muy ricos y muy crueles; descender a las minas, recibir trompadas en las narices y patadas en los riñones, entrar a la cárcel, trenzar sogas o pelar montones de papas, amarrados a un brazadero, tener siempre hambre y sed, andar casi desnudos, ser arrebatados de sus mujeres, para el placer y la cama de los mandones, y mascar una bola de coca, humedecida de un poco de cañazo o de chicha.... Y, luego, ser conscriptos o “enrolados”, es decir, ser traídos a la fuerza a Colca, para prestar su servicio militar obligatorio. ¿Qué sabían estos dos yanacunas de *servicio militar obligatorio*? ¿Qué sabían de patria, de gobierno, de orden público ni de seguridad y garantía nacionales? ¡Garantías nacionales! ¿Qué era eso? ¿Quiénes debían prestarlas y quienes podían disfrutarlas? Lo único que sabían los indígenas era que eran desgraciados. Y en cuanto a ser conscriptos o “enrolados”, no sabían sino que, de cuando en cuando, solían pasar por las jalcas y las chozas los gendarmes, muy enojados, amarraban a los indios más jóvenes a la baticola de sus mulas y se los llevaban, pegándoles y arrastrándoles al trote. ¿Adónde se los llevaban así? Nadie lo sabía tampoco. ¿Y hasta cuándo se los llevaban? Ningún indio conscripto o “enrolado” volvió ya nunca a su tierra. ¿Morían en países lejanos de males descono-

cidos? ¿Los mataban, quién sabe, otros gendarmes o sargentos misteriosos? ¿Se perdían tal vez por el mundo, abandonados en unos caminos solitarios? ¿Eran, quién sabe, felices? No. Era muy difícil ser felices. Los yanacunas no podían nunca ser felices. Los jóvenes conscriptos o "enrolados", que se iban para no volver, eran seguramente desgraciados.

Braulio Conchucos, por toda familia, tenía su padre viejo y dos hermanos pequeños, una mujercita de diez y un varón de ocho. Su madre murió de tifoidea. Dos hermanos mayores también murieron de tifoidea, epidemia que arrasó mucha gente hacia cuatro o cinco años en Canas y sus alrededores. Pero el Braulio quería a la Bárbara, hija de unos vecinos vaqueros de Guacapango, y a quien pensaba hacerla su mujer. Cuando cayeron los soldados en la choza de Braulio, a las cinco de la mañana, y todavía oscuro, los chicos se asustaron y se echaron a llorar. El padre, al partir, siguiendo al "enrolado", les decía:

—¡Váyanse onde la Bárbara! ¡Váyanse onde la Bárbara! ¡Que les den de almorzar ahí! ¡Váyanse! ¡No se queden aquí! ¡Váyanse! ¡Yo vuelvo pronto! ¡Vuelvo con el Braulio! ¡Vuelvo! ¡Vuelvo!

Los chicos se agarraron fuertemente a las piernas de Braulio y del viejo, llorando:

—¡No, no, taita! ¡No te vayas! ¡No nos dejes! ¡No te vayas!...

Uno de los gendarmes los tomó por los brazos y los apartó de un tirón. Pero, al soltarlos para ir a montar, los chicos se precipitaron de nuevo hacia el viejo y hacia Braulio, llorando desesperadamente e impidiéndolos moverse. El padre los apartaba, consolándolos:

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Cállense! ¡Váyanse! ¡Váyanse! ¡Váyanse onde la Bárbara!

Braulio habría querido abrazarlos, pero le habían amarrado los brazos a la espalda.

El sargento, ya a caballo, vociferó con cólera:

—¡Arza, carajo, viejo cojudo! ¡Camina y no nos jodas más!...

La comitiva arrancó. Tomó la delantera el sargento al trote. Luego, un gendarme, con el otro conscripto, Isidoro Yépez, a pie y atado a su mula. Y luego, otro gendarme, y, junto a él, Braulio Conchucos, también a pie y atado a su cabalgadura. Un jalón repentino y brutal tiró de la cintura a Braulio, que habría caído al suelo de no ir amarrado estrechamente al pescuezo de la bestia, y Braulio empezó a correr al paso acelerado de las mulas. Cerraba la comitiva, a retaguardia, un tercer gendarme, fumando su cigarro. Detrás, seguían las familias de los "enrolados".

En el momento de ponerse en camino la mula del gendarme que llevaba a Braulio, éste, tirado por sus amarras, dió el primer paso atropeliando a sus hermanos, que cayeron al suelo. Braulio pisó sobre el vientre de la mujercita. Ésta permaneció sin resuello unos segundos, tendida. El chico volvió a levantarse, medio ciego y tonteado, y siguió un trecho a Braulio y a su padre. Tropezó varias veces, a causa de la oscuridad, en las piedras del angosto camino, hincándose en las penecas y en las zarzamoras. El tumulto se alejó rápidamente. El chico se detuvo y cesó de llorar, para oír. Un silencio absoluto imperó en torno de la choza. Luego sopló el viento unos segundos en los guirnales plantados junto al pozo. La chica, al volver en sí, empezó a llorar, llamando a gritos:

—¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Braulio! ¡Juan!

Entonces Juan, el chico, volvió corriendo a la choza. Los dos subieron a la barbacoa, se taparon con unas jergas y se pusieron a llorar. Las siluetas de los gendarmes, pegándole al viejo y al Braulio y amarrándolo a éste, entre gritos y vociferaciones, estaban fijas en la retina de Juan y de su hermana. ¿Quiénes eran esos monstruos vestidos con tantos botones brillantes y que llevaban escopetas? ¿De dónde vinieron? ¿A qué hora cayeron en la choza? ¿Y por qué venían por el Braulio y por el taita? ¡Y les habían pegado! ¡Les habían dado muchos golpes y patadas! ¿Por qué? ¿Serían hombres también como los demás? Juan lo dudaba, pero su hermana, tragando sus lágrimas, le decía:

—Sí. Son como todos. Como taita y como el Braulio. Yo les ví sus caras. Sus brazos también, y también sus manos. Uno me tiró las orejas, sin que yo le haga nada...

La chica volvió a gemir, y Juan, un poco sofocado y nervioso, le dijo:

—¡Cállate! ¡Ya no llores, porque van a volver otra vez a llevarnos!... ¡Cállate! ¡Son los diablos! Tienen en la cintura unas monturas. Tienen cabezas redondas y picudas ¡Vas a ver que van a volver!

—Hablan como todos. Dijeron: “¡Carajo! ¡No te escaparás!” “¡Viejo e mierda!” “¡Camina!” “¡Jijoputa!”... Están vestidos como el burro mojino. Andan muy fuerte. ¿Has visto por onde se fueron?

—Se fueron por la cueva, a la carrera. ¡Van a volver! ¡Vas a ver! ¡Han salido de la cueva! ¡Así decía mamá! ¡Que salen de la cueva con espuelas y con látigos y en mulas relinchando y con patas con candelas!

—¡Mientes! Mama no decía así. ¡Estos son cristianos, como nosotros! ¡Vas a ver que mañana volverán otra vez y los verás que son cristianos! ¡Ahí verás! ¡Ahí verás!

Juan y su hermana guardaron silencio. Seguían preguntándose a sí mismos por qué se llevaban al Braulio y al taita. ¿Adónde se los llevaban? ¿Los volverán a soltar? ¿Cuándo los soltarán? ¿Qué les harán?... Y la mujercita dijo, tranquilizándose:

—¿Y los otros? ¿Y los hombres y las mujeres que iban con ellos? ¿No ves? ¡Son cristianos! ¡Son cristianos! ¡Yo sé lo que te digo!

—Los otros —argumentaba en tono siempre febril y temeroso Juan—, los otros sí son cristianos. Pero no son sus compañeros. Los habrán sacado de sus chozas como a taita y al Braulio. Vas a ver que a todos los van a meter en la cueva. ¡Vas a ver! ¡Antes que amanezca! Ahí adentro tienen su palacio con unos diablos de reyes. Y hacen sus fiestas. Mandan por gente para que sirvan a los reyes y vivan allí siempre. Unos se escapan, pero casi todos mueren adentro. Cuando están ya viejos, los echan a las candelas para achicharrarlos vivos. Uno salió una vez y contó a su familia todo...

La hermana de Juan se había quedado dormida. Juan siguió pensando mucho rato en los gendarmes, y, cuando asonaba el día, empezó a tener frío y se durmió.

Gaucapongo estaba lejos de Colca. Los gendarmes, para poder llegar a Colca a las once del día, tuvieron que andar rápido, y, con frecuencia, al trote. Las familias de los “enrolados” se quedaban a menudo rezagadas. Pero los dos “enrolados”, quieran a no quieran, iban al paso de las bestias. Al principio caminaron con cierta facilidad. Luego, a los pocos kilómetros recorridos, empezaron a flaquear. Les faltaba fuerza para avatzar pareja con las bestias. Eran diestros y resistentes para correr los yanaconas, mas esta vez la prueba fué excesiva.

El camino, desde Guacapongo hasta Colca, cambiaba a menudo de terreno, de anchura y de curso; pero, en general, era angosto, pedregoso, cercado de pencas y de rocas, y, en su mayor parte, en zig-zags, en agudos meandros, cerradas curvas, cuevas a pico y barrancos imprevistos. Dos ríos, el Patarati y el Huayal, atravesaron sin puente. La primavera venía parca en aguas, pero las del Huayal arrastraban todo el año, en esa parte, un volumen encajonado y siempre difícil y arriesgado de pasar.

Un metido de velocidad tremendo tuvo lugar entre las bestias y los “enrolados”. Los gendarmes picaban sus espuelas sin cesar y azotaban a contrapunto sus mulas. El galope fué continuo, pese a la tortuosidad y abruptos accidentes de la ruta. Las bestias, mientras fué de noche, se encabitaron muchas veces, resistiéndose a salvar un precipicio, un lodazal, un riachuelo o una valla. El sargento, furibundo, enterraba entonces sus espuelas hasta los talones en los hijares de su caballo y lo

cruzaba de riendazos por las orejas y en las ancas, destapándose en ajos y cebollas. Se desmontaba. Sacaba de su alforja de cuero una botella de pisco, bebía un gran trago y ordenaba a los otros gendarmes que hicieran lo propio. Luego llamaba a los deudos de los "enrolados" y les obligaba a empujar al animal. Al fin, las bestias eran empujadas. Tras de un pataleo angustioso en el lodazal, hundidas hasta el pecho, volvían a salir al otro lado del camino. ¿Y los "enrolados"? ¿Cómo salvaban éstos los malos pasos? Como las bestias. Sólo que, a diferencia de ellas, los "enrolados" no ofrecían la menor resistencia. La primera vez que estuvieron ante las gradas de un acantilado a pico y en el que no había la menor traza de camino, Isidoro Yépez osó decir al gendarme que le llevaba:

—¡Cuidado, taita! ¡Nos vamos a rodar!

—¡Calla, animal!— le contestó el gendarme, dándole un bofetón en las narices.

Un poco de sangre le salió a Isidoro Yépez. A partir de ese momento, los dos "enrolados" se sumieron en un silencio completo. Los gendarmes pronto se emborracharon. El sargento quería llegar a Colca cuanto antes, porque a las once tenía una partida de dados en el cuartel con unos amigos. Las indias y los indios que seguían a Yépez y a Conchucos, desaparecían por momentos de la comitiva, porque, conocedores del terreno, y como iban a pie, abandonaban el camino real para salir más pronto por otro lado, cortando la vía o a campo traviesa. Lo hacían arañando los peñascos, rodando las lajas, bordeando como cabras las cejas de las hondonadas o atravesando un río a saltos de pedrón en pedrón o a prueba de equilibrio sobre un árbol caído.

Al cruzar el Huayal, ya de día, Braulio Conchucos estuvo a punto de encontrar la muerte. Pasó, tras una tenaz resistencia de su caballo, el sargento. Pasó después el gendarme que conducía a Isidoro Yépez, y, cuando la mula del segundo gendarme se vió en medio de la corriente, sus miembros vacilaron y fué arrastrada un trecho por las aguas. Estaba hundida hasta la mitad de la barriga. Las piernas del gendarme no se veían. La angustia de éste fué inmensa. Azuzaba al animal, gritándole y azotándole. El "enrolado", sumergido hasta medio pecho en el río, se mostró, por su parte, impassible y tranquilo ante el peligro.

—¡Sal, carajo!— le decía, poseído de horror, el gendarme—. ¡Párate bien! ¡Avanza! ¡Sal del agua! ¡Tira a la mula! ¡Tira! ¡Avanza! ¡Avanza! ¡No te dejes arrastrar!

A una y otra orilla, los otros gendarmes lanzaban gritos de espanto y corrían enloquecidos, viendo cómo la corriente empezaba a de-



rribar a la mula y a llevársela río abajo, con el gendarme y con el “enrolado”. Sólo éste, en medio del peligro, e Isidoro Yépez, al otro lado del Huayal, permanecían mudos, serenos, inalterables. El guardia de Conchucos, en el colmo de su terror y fuera de sí, sólo atinó a abofetear a Braulio ferozmente. Conchucos, amarrado, empezó a sangrar, pero no hizo nada por salir del peligro ni pronunció palabra alguna de protesta. A Isidoro Yépez le habían dado de trompadas sólo por haberlos advertido contra un riesgo de la ruta. ¿Para qué entonces hablar ni hacer nada? Los yanaconas comprendían muy bien su situación y su destino. Ellos no podían nada ni eran nada por sí mismos. Los gendarmes, en cambio, eran todo y lo podían todo. Por lo demás, Braulio Conchucos perdió aquella mañana, de golpe, todo interés y todo sentimiento de la vida. Ver llegar a su choza a los soldados, de noche; ser por ellos golpeado y amarrado y sentirse perdido para siempre, todo no fué sino uno. Le llevarían no se sabe dónde, como a otros yanacunas mozos, y para no soltarlo nunca. ¿Qué más daba entonces perecer ahogado o de cualesquiera otra suerte? Además, Braulio Conchucos e Isidoro Yépez concibieron bruscamente por los gendarmes un rencor sordo y tempestuoso. De modo oscuro se daban cuenta que, cualquiera que fuese su condición de simples instrumentos o ejecutores de una voluntad que ellos desconocían y no alcanzaban a figurarse, algo suyo ponían los gendarmes en su crueldad y alevosía. Braulio Conchucos experimentaba ante el miedo del gendarme, una satisfacción recóndita. ¡Y si el agua se los habría llevado, en buena hora! ¿No estaba ya viendo Braulio que la sangre que corría de su boca, se la llevaba el agua? Sintió luego un chicotazo que le cruzó varias veces la cara y ya no vió más. Un ojo se le tapó. Entonces vaciló todo su cuerpo. Durante un instante, la mula y el “enrolado” temblaron como arrancados tallos, a merced de la corriente. Pero el gendarme, loco de espanto y por todo esfuerzo, para escapar de la muerte, siguió azotando con todas sus fuerzas al animal y al yanacón. Los chicotazos llovieron sobre las cabezas de Braulio y de la mula.

—¡Carajo! —vociferaba aterrado el gendarme—. ¡Mula! ¡Mula! ¡Anda, indio e mierda! ¡Anda! ¡Anda!...

Un postrero esfuerzo de la bestia y ésta alcanzó a ganar el otro borde del Huayal, con su doble carga del gendarme y de Conchucos. Reanudóse la marcha. El sol empezó a quemar. Pasado el Huayal, el camino se paró en una cuesta larga, interminable. Pero el sargento picó más espuelas y blandió más su látigo. Paso a paso subían, aunque sin detenerse, los animales, y junto a ellos, los dos “enrolados”. Una que otra vez solamente se paró la comitiva. ¿Por qué? ¿Eran las

mulas que ya no podían? ¿Eran los yanacunas, que ya no podían? ¿Eran mulas y "enrolados" que ya no podían?

—¡Te haces el cojudo por no caminar! —decían los gendarmes a los yanacunas—. ¡Anda, carajo! ¡Anda nomás! ¡Avanza y no te cuelgues de la mula! ¡Anda o te muelo a riendazos!..

Los "enrolados" y las bestias sudaban y jadeaban. El pelambre de las mulas se encrespó, arremolinándose en mil rizos y flechas. Por el pecho y por los hijares corría el sudor y goteaba. Mascaban el freno las bestias, arrojando abundante espuma. Los cascos delanteros resbalaban en las lajas o, inmovilizados un instante, se cimbraban arqueándose y doblándose. La cabeza del animal se alargaba entonces, echando las orejas atrás, hasta rozar los belfos el suelo. Las narices se abrían desmesuradas, rojas, reseca. Pero el cansancio era mayor en Yépez y en Conchucos. Lampiños ambos, la camisa de algodón negra de mugre, sin sombrero bajo el sol abrasador, los encallecidos pies en el suelo, los brazos atados hacia atrás, amarrados por la cintura con un lazo de cuero al pescuezo de las mulas, ensangrentados —Conchucos, con un ojo hinchado y varias ronchas en la cara—, los "enrolados" subían la cuesta cayendo y levantando. ¿Cayendo y levantando? ¡No podían ni siquiera caer! Al final de la cuesta, sus cuerpos, exánimes, agotados, perdieron todas las fuerzas y se dejaban arrastrar inertes, como palos o piedras, por las mulas. La voluntad vencida por la inmensa fatiga, los nervios sin motor, los músculos laxos, demolidas las articulaciones y el corazón amodorrado por el calor y el esfuerzo de cuatro horas seguidas de carrera, Braulio Conchucos e Isidoro Yépez no eran más que dos retazos de carne humana, más muertos que vivos, colgados y arrastrados casi en peso y al azar. Un sudor frío los bañaba. De sus bocas abiertas salían espumarajos y sangre mezclados. Yépez empezó a despedir un olor nauseabundo y pestilente. Por sus tobillos descendía una sustancia líquida y amarilla. Relajadas por la mortal fatiga y en desgobierno todas sus funciones, estaba defecando y orinándose el conscripto.

—¡Se está cagando este carajo!— vociferó el gendarme que le llevaba, y se tapó las narices.

Los gendarmes se echaron a reír y picaron más espuelas.

Cuando los curiosos se acercaron a Isidoro Yépez, ante la Subprefectura de Colca, también se reían y se alejaban al punto, sacando sus pañuelos. Pero cuando se acercaron a Braulio Conchucos, se quedaban viendo largamente su rostro doloroso y desfigurado. Algunas mujeres del pueblo se indignaron y murmuraban palabras de protesta. Un revuelo tempestuoso se produjo inmediatamente entre la multitud. Los gendarmes le habían lavado la cara a Conchucos en una acequia, antes

de entrar a Colca, pero las contusiones y la hinchazón del ojo resaltaron más. También los soldados reanimaron a los "enrolados", metiéndoles la cabeza largo tiempo en el agua fría. Así pudieron Yépez y Conchucos despertar de su coma y penetrar al pueblo andando.

—¡Les han pegado los gendarmes! —gritaba la muchedumbre—. ¡Véanos cómo tienen las caras! ¡Están ensangrentados! ¡Están ensangrentados! ¡Qué lisura! ¡Bandidos! ¡Criminales! ¡Asesinos!...

Muchos vecinos de Colca se mostraban quemados de cólera. Una piedad unánime cundió en el pueblo. La ola de indignación colectiva llegó hasta los pies de la Junta Conscriptora Militar. El subprefecto Luna, dando un paso hacia la vereda, lanzó un grito colérico sobre la multitud:

—¡Silencio! ¿Qué quieren? ¿Qué dicen? ¿Por qué alegan?..

Se le acercó el alcalde Parga.

—¡No haga usted caso, señor subprefecto! —le dijo, tomándolo del brazo—. ¡Venga usted! ¡Venga usted con nosotros!...

—¡No, no!— gruñó violentamente el subprefecto, en quien las copas de pisco apuradas con "Marino Hermanos" habían producido una embriaguez furiosa.

Luna se irguió todo lo que pudo al borde de la acera y dijo al sargento, que estaba frente a él, esperando sus órdenes:

—¡Tráigame a los "enrolados"! ¡Hágalos entrar!

—¡Muy bien, su señoría!— respondió el sargento, y transmitió la orden a los gendarmes.

Los "enrolados" fueron desatados de los pescuezos de las mulas e introducidos al despacho de la Junta Conscriptora Militar. Siempre amarrados los brazos atrás y sujetos por la cintura con el lazo de cuero. Yépez y Conchucos avanzaron penosamente, empujados y sacudidos por sus guardias. La muchedumbre, al verlos cárdenos, silenciosos, las cabezas caídas, los cuerpos desfallecientes, casi agónicos, se agitó en un solo movimiento de protesta.

—¡Asesinos! —gruñían hombres y mujeres—. ¡Ahí van casi muertos! ¡Casi muertos! ¡Bandidos! ¡Asesinos!...

Las familias de los yanacunas quisieron entrar al despacho del subprefecto, tras de los "enrolados", pero los gendarmes se lo impidieron.

—¡Atrás!— gritó con sorda ira el sargento, desenvainando amenazadoramente su espada.

Una vez que Yépez y Conchucos penetraron, un cordón de gendarmes, rifle en mano, cerró la entrada a todo el mundo. Algunas amenazas, improprios e insultos dirigieron los gendarmes al pueblo.

—¡Animales! ¡Bestias! ¡No saben ustedes lo que dicen! ¡Ni lo que hacen! ¡Imbéciles! ¡Todos ustedes no son sino unas mulas!... ¡Qué saben nada de nada! ¡Serranos sucios! ¡Ignorantes!..

La mayoría de los gendarmes eran costeños. De aquí que se expresasen así de los serranos. Los de la costa del Perú sienten un desprecio tremendo e insultante por los de la sierra y la montaña, y éstos devuelven el desprecio con un odio subterráneo, exacerbado.

Agolpada a la puerta de la Subprefectura, y detenida por los rifles de los gendarmes, bullía en creciente indignación la multitud. Un diálogo huracanado se produjo entre la fuerza armada y el pueblo.

—¿Por qué les pegan así? ¿Por qué?

—Porque quisieron escaparse. Porque nos atacaron a piedras de sus chozas... ¡Indios salvajes! ¡Criminales!

—¡No, no! ¡Mienten!

—¡Pues, entonces, porque se me da la gana!..

—¡Asesinos! ¿Por qué los traen presos?

—¡Porque se me da la gana!

—¡Qué conscriptos ni conscriptos! ¡Cuando después se los llevan a trabajar a las haciendas y a las minas y les sacan su platita y les quitan sus terrenitos y sus animalitos!... ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones!

Un gendarme lanzó un grito furibundo:

—¡Bueno, carajo! ¡Silencio! ¡O les meto bala!..

Levantó su rifle e hizo ademán de apuntar al azar sobre la muchedumbre, la cual respondió a la amenaza con un clamor inmenso. Apareció a la puerta del despacho subprefectural, el alcalde Parga.

—¡Señores! —dijo con un respeto protocolar, que escondía sus temores—. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¡Calma! ¡Calma! ¡Serenidad, señores!..

Un hombre del pueblo emergió entonces de entre la muchedumbre y, abalanzándose sobre el alcalde Parga, le dijo muy emocionado, pero con energía:

—¡Señor alcalde! ¡Señor alcalde! El pueblo quiere ver en qué queda todo esto, y pide...

Los gendarmes lo agarraron por los brazos y le taparon la boca para impedirle que continuase hablando. Pero el viejo y astuto alcalde de Colca ordenó que le dejaran hablar.

—¡El pueblo, señor, pide que se haga justicia!

—¡Sí! ¡Sí. ¡Sí! —coreó la multitud—. ¡Justicia! ¡Justicia contra los que les han pegado! ¡Justicia contra los asesinos!

El alcalde palideció.

—¿Quién es usted? —se agachó a preguntar al audaz que así le habló—. ¡Pase usted! ¡Pase usted al despacho! Entre usted y ya hablaremos.

El hombre del pueblo penetró al despacho subprefectural. Pero para hacer valer los derechos ciudadanos, ¿quién era este hombre de audacia extraordinaria? La acción popular ante las autoridades no era fenómeno frecuente en Colca. El subprefecto, el alcalde, el juez, el médico, el cura, los gendarmes, gozaban de una libertad sin límites en el ejercicio de sus funciones. Ni vindicta pública ni control social se practicaba nunca en Colca respecto de esos funcionarios. Más todavía. El más abominable y escandaloso abuso de la autoridad, no despertaba en el pueblo sino un oscuro, vago y difuso malestar sentimental. La impunidad era en la historia de los delitos administrativos y comunales cosa tradicional y corriente en la provincia. Pero he aquí que ahora ocurría algo nuevo y jamás visto. El caso de Yépez y Conchucos sacudió violentamente a la masa popular, y un hombre salido de ésta se atrevía a levantar la voz, pidiendo justicia y desafiando la ira y la venganza de las autoridades. ¿Quién era, pues, ese hombre?

Era Servando Huanca, el herrero. Nacido en las montañas del Norte, a las orillas del Marañón, vivía en Colca desde hacía unos dos años solamente. Una singular existencia llevaba. Ni mujer ni parientes. Ni diversiones ni muchos amigos. Solitario más bien, se encerraba todo el tiempo en torno a su forja, cocinándose él mismo. Era un tipo de indio puro: salientes pómulos, cobrizo, ojos pequeños, hundidos y brillantes, pelo lacio y negro, talla mediana y una expresión recogida y casi taciturna. Tenía unos treinta años. Fué uno de los primeros entre los curiosos que habían rodeado a los gendarmes y los yanaconas. Fué el primero asimismo que gritó a favor de estos últimos ante la Subprefectura. Los demás habían tenido miedo de intervenir contra ese abuso. Servando Huanca los alentó, haciéndose él guía y animador del movimiento. Otras veces ya, cuando vivió en el valle azucarero de Chicama, trabajando como mecánico, fué testigo y actor de parecidas jornadas del pueblo contra los crímenes de los mandones. Estos antecedentes y una dura experiencia que, como obrero, había recogido en los diversos centros industriales por los que, para ganarse la vida, hubo pasado, encendieron en él un dolor y una cólera crecientes contra la injusticia de los hombres. Huanca sentía que en ese dolor y en esa cólera no entraban sus intereses personales sino en poca medida. Personalmente, él, Huanca, había sufrido muy raras veces los abusos de los de arriba. En cambio, los que él vió cometerse diariamente contra otros trabajadores y otros indios miserables, fueron inauditos e innumerables.

Servando Huanca se dolía, pues, y rabiaba, más por solidaridad o, si se quiere, por humanidad, contra los mandones —autoridades o patrones— que por causa propia y personal. También se dió cuenta de esta esencia solidaria y colectiva de su dolor contra la injusticia, por haberla descubierto también en los otros trabajadores cuando se trataba de abusos y delitos perpetrados en la persona de los demás. Por último, Servando Huanca llegó a unirse algunas veces con sus compañeros de trabajo y de dolor, en pequeñas asociaciones o sindicatos rudimentarios, y allí le dieron periódicos y folletos en que leyó tópicos y cuestiones relacionadas con esa injusticia que él conocía y con los modos que deben emplear los que la sufren, para luchar contra ella y hacerla desaparecer del mundo. Era un convencido de que había que protestar siempre y con energía contra la injusticia, donde quiera que ésta se manifieste. Desde entonces, su espíritu, reconcentrado y herido, rumiaba día y noche estas ideas y esta voluntad de rebelión. ¿Poseía ya Servando Huanca una conciencia clasista? ¿Se daba cuenta de ello? Su sola táctica de lucha se reducía a dos cosas muy simples: unión de los que sufren las injusticias sociales y acción práctica de masas.

—¿Quién es usted— le preguntó enfadado el subprefecto Luna a Huanca, al verle entrar a su despacho, introducido por el alcalde Parga.

—Es el herrero Huanca —respondió Parga, calmando al subprefecto—. ¡Déjelo! ¡Déjelo! ¡No importa! Quiere ver a los conscriptos, que dice que están muertos, y que es un abuso...

Luna le interrumpió, dirigiéndose, exasperado, a Huanca:

—¡Qué abuso ni abuso, miserable! ¡Cholo bruto! ¡Fuera de aquí!

—¡No importa, señor subprefecto! —volvió a interceder el alcalde—. ¡Déjelo! ¡Le ruego que le deje! ¡Quiere ver lo que tienen los conscriptos! ¡Que los vea! ¡Ahí están! ¡Que los vea!

—¡Sí, señor subprefecto! —añadió con serenidad el herrero—. ¡El pueblo lo pide! Yo vengo enviado por la gente que está afuera.

El médico Riaño, tocado en su liberalismo, intervino:

—Muy bien —dijo a Huanca ceremoniosamente—. Está usted en su derecho, desde que el pueblo lo pide. ¡Señor subprefecto! —dijo, volviéndose a Luna en tono protocolar—. Yo creo que este hombre puede seguir aquí. No nos incomoda de ninguna manera. La sesión de la Junta Conscriptora puede, a mi juicio continuar. Vamos a examinar el caso de estos “enrolados”...

—Así me parece —dijo el alcalde—. Vamos, señor subprefecto, ganando tiempo. Yo tengo que hacer...

El subprefecto meditó un instante y volvió a mirar al juez y al gamonal Iglesias, y, luego, asintió.

—Bueno —dijo. La sesión de la Junta Conscriptora Militar, continúa.

Cada cual volvió a ocupar su puesto. A un extremo del despacho, estaban Isidoro Yépez y Braulio Conchucos, escoltados por dos gendarmes y sujetos siempre de la cintura por un lazo. Los dos concriptos mostraban una lividez mortal. Miraban con ojos lejanos y con una indiferencia calofriante y vecina de la muerte, cuanto sucedía en torno de ellos. Braulio Conchucos estaba muy agotado. Respiraba con dificultad. Sus miembros le temblaban. La cabeza se le doblaba como la de un moribundo. Por momentos se desplomaba, y habría caído, de no estar sostenido casi en peso por el guardia.

Junto a los yanaconas pasó Servando Huanca, el sombrero en la mano, conmovido, pero firme y tranquilo.

Al sentarse todos los miembros de la Junta Conscriptora Militar, llegó de la plaza un vocerío ensordecedor. El cordón de gendarmes, apostado a la puerta, respondió a la multitud con una tempestad de insultos y amenazas. El sargento saltó a la vereda y esgrimió su espada con todas sus fuerzas sobre las primeras filas de la muchedumbre.

—¡Carajo! —aullaba de rabia.— ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás!

El subprefecto Luna ordenó en un gruñido:

—¡Sargento! ¡Imponga usted el orden, cueste lo que cueste! ¡Yo se lo autorizo!...

Un largo sollozo estalló a la puerta. Eran las tres indias, abuela, madre y hermana de Isidoro Yépez, que pedían de rodillas, con las manos juntas, se les dejase entrar. Los gendarmes las rechazaban con los pies y las culatas de sus rifles.

El subprefecto Luna, que presidía la sesión, dijo:

—Y bien, señores. Como ustedes ven, la fuerza acaba de traer a dos “enrolados” de Guacapongo. Vamos, pues, a proceder, conforme a la ley, a examinar el caso de estos hombres, a fin de declararlos expeditos para marchar a la capital del departamento, en el próximo contingente de sangre de la provincia. En primer lugar, lea usted, señor secretario, lo que dice la Ley de Servicio Militar Obligatorio, acerca de los “enrolados”.

El secretario Boado leyó en un folleto verde:

—“Título Cuarto.— De los “enrolados”.— Artículo 46: Los peruanos comprendidos entre la edad de diecinueve y veintidós años, y que no cumplieren el deber de inscribirse en el registro del Servicio Militar Obligatorio de la zona respectiva, serán considerados como “en-

rolados".—Artículo 47: Los "enrolados" serán perseguidos y obligados por la fuerza a prestar su servicio militar, inmediatamente de ser capturados y sin que puedan interponer o hacer valer ninguno de los derechos, excepciones o circunstancias atenuantes acordadas a los conscriptos en general y contenidas en el artículo 29, título segundo de esta Ley. Artículo 48:..."

—Basta —interrumpió con énfasis el juez Ortega—. Yo opino que es inútil la lectura del resto de la Ley, puesto que todos los señores miembros de la Junta la conocen perfectamente. Pido al señor secretario abra el registro militar, a fin de ver si allí figurarían los nombres de estos hombres.

—Un momento, doctor Ortega —argumentó el alcalde Parga—. Convendrá saber antes la edad de los "enrolados".

—Sí —asintió el subprefecto—. A ver... —añadió, dirigiéndose paternalmente a Isidoro Yépez—. ¿Cuántos años tienes, tú? ¿Cómo te llamas, en primer lugar?

Isidoro Yépez pareció volver de un sueño, y respondió con voz débil y amedrentada:

—Me llamo Isidoro Yépez, taita.

—¿Cuántos años tienes?

—Yo no sé, pues, taita. Veinte o veinticuatro, quién sabe taita.

—¿Cómo "no sé"? ¿Qué es eso de "no sé"? ¡Vamos! ¿Di, cuántos años tienes? ¿Habla! ¡Di la verdad!

—No lo sabe ni él mismo —dijo con piedad y asqueado el doctor Riaño—. Son unos ignorantes. No insista usted, señor subprefecto.

—Bueno —continuó Luna, dirigiéndose a Yépez—. ¿Estás inscrito en el Registro Militar?

El yanacón abrió más los ojos, tratando de comprender lo que le decía Luna, y respondió maquinalmente:

—Escriptu, pues, taita, en tus escritus.

El subprefecto renovó su pregunta, golpeando la voz:

—¡Animal! ¿No entiendes lo que te digo? Dime si estás inscrito en el Registro Militar.

Entonces Servando Huanca intervino:

—¡Señores! —dijo el herrero con calma y energía—. Este hombre (se refería a Yépez) es un pobre ignorante. Ustedes están viéndolo. Es un analfabeto. Un inconsciente. Un desgraciado. Ignora cuántos años tiene. Ignora si está o no inscrito en el Registro Militar. Ignora todo, todo. ¿Cómo, pues, se le va a tomar como "enrolado", cuando nadie le ha dicho nunca que debía inscribirse, ni tiene noticia de nada, ni sabe lo



que es registro ni servicio militar obligatorio, ni patria, ni Estado, ni Gobierno?....

—¡Silencio! —gritó colérico el juez Ortega, interrumpiendo a Huanca y poniéndose de pie violentamente—. ¡Basta de tolerancias!

En ese momento, Braulio Conchucos estiró el cuerpo, y tras de unas convulsiones y de un breve colapso, súbitamente se quedó inmóvil en los brazos del gendarme. El doctor Riaño acudió, le animó ligeramente y dijo con un gran desparpajo profesional:

—Está muerto. Está muerto.

Braulio Conchucos cayó lentamente al suelo.

Servando Huanca dió entonces un salto a la calle entre los gendarmes, lanzando gritos salvajes, roncros de ira, sobre la multitud:

—¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Lo han matado los soldados! ¡Abajo el subprefecto! ¡Abajo las autoridades! ¡Viva el pueblo! ¡Viva el pueblo!

Un espasmo de unánime ira atravesó de golpe a la muchedumbre.

—¡Abajo los asesinos! ¡Mueran los criminales! —aullaba el pueblo—. ¡Un muerto! ¡Un muerto! ¡Un muerto!

La confusión, el espanto y la refriega fueron instantáneos. Un choque inmenso se produjo entre el pueblo y la gendarmería. Se oyó claramente la voz del subprefecto, que ordenaba a los gendarmes:

—¡Fuego ¡Sargento! ¡Fuego! ¡Fuego!..

La descarga de fusilería sobre el pueblo fué cerrada, larga, encarnizada. El pueblo, desarmado y sorprendido, contestó y se defendió a pedradas e invadió el despacho de la Subprefectura. La mayoría huyó, despavorida. Aquí y allí cayeron muchos muertos y heridos. Una gran polvareda se produjo. El cierre de las puertas fué instantáneo. Luego, la descarga se hizo rala, y luego, más espaciada.

Todo no duró sino unos cuantos segundos. Al fin de la borrasca, los gendarmes quedaron dueños de la ciudad. Recorrían enfurecidos la plaza, echando siempre bala al azar. Aparte de ellos, la plaza quedó abandonada y como un desierto. Sólo la sembraban de trecho en trecho los heridos y los cadáveres. Bajo el radiante y alegre sol de mediodía, el aire de Colca, diáfano y azul, se saturó de sangre y de tragedia. Unos gallinazos revolotearon sobre el techo de la Iglesia.

El médico Riaño y el gamonal Iglesias salieron de una bodega de licores. Poco a poco fué poblándose de nuevo la plaza de curiosos. José Marino buscaba a su hermano angustiosamente. Otros indagaban por la suerte de distintas personas. Se preguntó con ansiedad por el subprefecto, por el juez y por el alcalde. Un instante después, los tres, Luna, Ortega y Parga, surgían entre la multitud. Las puertas de las

casas y las tiendas, volvieron a abrirse. Un murmullo doloroso llenaba la plaza. En torno a cada herido y a cada cadáver se formó un tumulto. Aunque el choque había ya terminado, los gendarmes y, señaladamente, el sargento, seguían disparando sus rifles. Autoridades y soldados se mostraban poseídos de una ira desenfrenada y furiosa, dando voces y gritos vengativos. De entré la multitud, se destacaban algunos comerciantes, pequeños propietarios, artesanos, funcionarios y gamonales —el viejo Iglesias a la cabeza de éstos—, y se dirigían al subprefecto y demás autoridades, protestando en voz alta contra el levantamiento del populacho y ofreciéndoles una adhesión y un apoyo decididos e incondicionales para restablecer el orden público.

—Han sido los indios, de puro brutos, de puro salvajes— exclamaba indignada la pequeña burguesía de Colca.

—Pero alguien los ha empujado —replicaban otros—. La plebe es estúpida, y no se mueve nunca por sí sola.

El subprefecto dispuso que se recogiese a los muertos y a los heridos y que se formase inmediatamente una guardia urbana nacional de todos los ciudadanos conscientes de sus deberes cívicos, a fin de recorrer la población en compañía de la fuerza armada y restablecer las garantías ciudadanas. Así fué. A la cabeza de este doble ejército iban el subprefecto Luna, el alcalde Parga, el juez Ortega, el médico Riaño, el hacendado Iglesias, los hermanos Marino, el secretario subprefectural Boado, el párroco Velarde, los jueces de paz, el preceptor, los concejales, el gobernador y el sargento de la gendarmería.

En esta incursión por todas las calles y arrabales de Colca, la gendarmería realizó numerosos prisioneros de hombres y mujeres del pueblo. El subprefecto y su comitiva penetraban en las viviendas populares, de grado o a lá fuerza, y, según los casos, apresaban a quienes se suponía haber participado, en tal o cual forma, en el levantamiento. Las autoridades y la pequeña burguesía hacían responsable de lo sucedido al bajo pueblo, es decir, a los indios. Una represión feroz e implacable se inició contra las clases populares. Además de los gendarmes, se armó de rifles y carabinas un considerable sector de ciudadanos y, en general, todos los acompañantes del subprefecto, llevaban, con razón o sin ella, sus revólveres. De esta manera, ningún indio sindicado en el levantamiento pudo escapar al castigo. Se desfondaba de un culatazo una puerta, cuyos habitantes huían despavoridos. Los buscaban y perseguían entonces revólver en mano, por los techos, bajo las barbacoas y cuyeros, en los terrados, bajo los albañales. Los alcanzaban, al fin, muertos o vivos. Desde la una de la tarde, en que se produjo el tiroteo, hasta media noche, se siguió disparando sobre el pue-

blo sin cesar. Los más encarnizados en la represión fueron el juez Ortega y el cura Velarde.

—Aquí, señor subprefecto —rezongaba rencorosamente el párroco—; aquí no cabe sino mano de hierro. Si usted no lo hace así, la indiada puede volver a reunirse esta noche y apoderarse de Colca, saqueando, robando, matando...

A las doce de la noche, el Estado Mayor de la guardia urbana, y, a la cabeza de él el subprefecto Luna, estaba concentrado en los salones del Concejo Municipal. Después de un cambio de ideas entre los principales personajes allí reunidos, se acordó comunicar por telégrafo lo sucedido a la Prefectura del Departamento. El comunicado fué así concebido y redactado: "Prefecto. Cuzco.—Hoy una tarde, durante sesión Junta Conscriptora Militar provincia, fué asaltada bala y piedras Subprefectura por populacho amotinado y armado. Gendarmería restableció orden respetando vida intereses ciudadanos. Doce muertos y dieciocho heridos y dos gendarmes con lesiones graves. Investigo causas y fines asonada. Acompañarme todas clases sociales, autoridades, pueblo entero. Tranquilidad completa. Comunicaré resultado investigaciones proceso judicial sanción y castigo responsables triste acontecimiento. Pormenores correo. (Firmado.) Subprefecto Luna".

Después, el alcalde Parga ofreció una copa de coñac a los circunstantes, pronunciando un breve discurso.

—¡Señores! —dijo, con su copa en la mano—. En nombre del Concejo Municipal, que tengo el honor de presidir, lamento los desgraciados acontecimientos de esta tarde y felicito al señor subprefecto de la provincia por la corrección, justicia y energía con que ha devuelto a Colca el orden, la libertad y las garantías ciudadanas. Asimismo, interpretando los sentimientos e ideas de todos los señores presentes —dignos representantes del comercio, la agricultura y administración pública—, pido al señor Luna reprima con toda severidad a los autores y responsables del levantamiento, seguro de que así le seremos más agradecidos y de que lo acompaña lo mejor de la sociedad de Colca. ¡Señores: por nuestro libertador, el subprefecto señor Luna, salud!

Una salva de aplausos premió el discurso del viejo Parga y se apuró el coñac. El subprefecto contestó en estos términos:

—Señor alcalde: Muy emocionado por los inmerecidos elogios que me habéis brindado, yo no tengo sino que agradecerlos. Verdaderamente, yo no he hecho sino cumplir con mi deber. He salvado a la provincia de los desmanes y crímenes del populacho enfurecido, ignorante e inconsciente. Eso es todo lo que he hecho por vosotros. Nada más, señores. Yo también lamento lo sucedido. Pero estoy resuelto

a castigar sin miramiento y sin compasión a los culpables. Lo que ha hecho la gendarmería no es nada. Yo les haré comprender a estos indios brutos y salvajes que así nomás no se falta a las autoridades. Yo os prometo castigarlos, hasta el último. ¡Salud!

La ovación a Luna fué resonante y viril, como su propio discurso. Muchos abrazaron al alcalde y al subprefecto, felicitándolos emocionados. Se sirvió otra copa. Pronunciaron otros discursos el juez Ortega, el cura Velarde y el doctor Riaño, todos condenando al bajo pueblo y reclamando contra él un castigo ejemplar. Los hermanos Marino y el hacendado Iglesias, expresándose mitad en discurso y mitad en diálogo, pedían con insistencia una represión sin piedad contra la indiada. Iglesias dijo en tono vengativo:

—Hay que agarrar al herrero, que era el más listo, y el que empujó a los otros. Debe de haber huído. Pero hay que perseguirlo y darle una gran paliza al hijo de puta...

José Marino argumentaba:

—¡Qué paliza ni paliza! ¡Hay que meterle un plomo en la barriga! ¡Es un cangrejo! ¡Un loco de mierda!

—Yo creo que ha caído muerto en la plaza— apuntó tímidamente el secretario Boado.

El subprefecto rectificó:

—No. Fué el primero en escapar, al primer tiro. Pero hay que agarrarlo. ¡Sargento!— llamó en alta voz.

El sargento acudió y saludó, cuadrándose:

—¡Su señoría!

—¡Hay que buscar al herrero Huanca sin descanso! Hay que encontrarlo a cualquier precio. Donde quiera que se halle, hay que “comérselo”. ¡Un tiro en las tripas y arreglado! ¡Sí! ¡Haga usted lo posible por traerme su cadáver! ¡Yo ya le he dicho que su ascenso a alférez es un hecho!

—Muy bien, su señoría —respondió con entusiasmo el sargento. Yo cumpliré sus órdenes. ¡Pierda usted cuidado!

De cuando en cuando se oía a lo lejos, y en el silencio de la noche, disparos de revólver y de carabinas, hechos por los grupos de la guardia urbana, que rondaban la ciudad. En los salones municipales, las copas de coñac se repetían, y el cura Velarde, el subprefecto Luna y José Marino empezaron a dar signos de embriaguez. Una espesa humareda de cigarros llenaba la atmósfera. La reunión se hacía cada vez más alegre. Al tema del tiroteo, sucedieron muy pronto otros rientes y picarescos. En un grupo formado por el sargento, un gendarme y un juez de paz, éste exclamaba un poco borracho ya y muy colorado:

—¡Pero qué indios tan idiotas!

El sargento decía jactancioso:

—¡Ah! ¡Pero yo los he jodido! Apenas vi al herrero saltar a la plaza gritando “¡Un muerto!” “¡Un muerto!”, le dí a un viejo que estaba a mi lado un soberbio culatazo en la frente y lo dejé tieso. Después me retiré un poco atrás y empecé a disparar mi rifle sobre la india, como una ametralladora: ¡ran!, ¡ran!, ¡ran!, ¡ran! ¡Carajo! Yo no sé cuántos cayeron con mis tiros. Pero lo que yo sé es que no vi sino una polvareda de los diablos y vacié toda mi canana... ¡Ah! ¡Carajo! ¡Yo me he “comido”, yo solamente, lo menos siete, sin contar los heridos!...

—¡Y yo! —exclamó con orgullo el gendarme—. ¡Y yo! ¡Carajo! Yo no les dejé a los indios ni siquiera menearse. Antes que tirasen ni una sola piedra, yo me había “comido” ya dos, a boca de jarro, ahí nomás, junto a mí. Uno de ellos fué una india que desde hacía rato me estaba jodiendo con que “¡patroncito, patroncito!” De un culatazo en la panza, la dejé seca... El otro se me arrodilló a pedirme perdón y a llorar, pero le quebré las costillas de un solo culatazo...

El juez de paz les oía poseído de un horror que no podía ocultar. Sin embargo, decía entusiasmado a los soldados:

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho! ¡Indios brutos! ¡Animales! ¡Lo que debía haber hecho es “tirarse” al cholo Huanca! ¡Qué lástima de haberlo dejado vivo! ¡Caramba!

—¡Ah! —juraba el sargento, moviendo las manos—. ¡Ah! ¿Ese? ¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán ustedes cómo me lo “como”! ¡Déjenlo a mi cargo! El subprefecto me ha dicho que si yo le traigo el cadáver del herrero, que cuente con mi ascenso a oficial...

Pero una conversación más importante aún se desarrollaba en ese momento entre los hermanos Marino y el subprefecto Luna. José Marino había llamado aparte a Luna, tomándole afectuosamente por un brazo:

—¡Permítame, querido subprefecto! —le dijo—. Quiero tomar una copa con usted.

Mateo Marino sirvió tres copas y los tres hombres se fueron a un rincón, copa en mano.

—¡Mire usted! —dijo José Marino en voz baja al subprefecto—. Yo, ya lo sabe usted, soy su verdadero amigo, su amigo de siempre. Yo se lo he probado varias veces. Mi simpatía por usted ha sido siempre grande y sincera. Muchas veces, sin que usted lo sepa —a mí no me gusta decir a nadie lo que yo hago por él—, muchas veces he conversado con místers Taik y Weiss en Quivilca sobre usted. Ellos le

tienen mucho aprecio. ¡Ah! ¡Sí! A mí me consta. A mí me consta que están muy contentos con usted. ¡Muy contentos! Algunos de aquí —dijo, aludiendo con un gesto a los personajes allí reunidos— le han escrito a míster Taik repetidas veces contra usted...

—¡Sí! ¡Sí! —dijo sonriendo con suficiencia Luna. Ya me lo han dicho. Ya lo sabía...

—Le han escrito chismeándolo y poniéndolo mal y diciéndole que usted no es más que un agente del diputado doctor Urteaga y que aquí no hace usted más que servir a Urteaga en contra de la "Mining Society"...

El subprefecto sonreía con despecho y con rabia. José Marino añadió, irguiéndose y en tono protector:

—Yo, naturalmente, lo he defendido a usted a capa y espada. Hay más todavía. Míster Taik estaba ya creyendo esos chismes y un día me hizo llamar a su escritorio y me dijo: "Señor Marino: Lo he hecho llamar a mi escritorio para hablar con usted sobre un asunto muy grave y muy secreto. Siéntese y contésteme lo que voy a preguntarle. ¿Cómo se porta con ustedes en Colca el subprefecto Luna? Hágame el favor de contestarme con entera franqueza. Porque me escriben de Colca tantas cosas contra Luna, que, francamente, no sé lo que hay en todo esto de cierto. Por eso quiero que usted me diga sinceramente cómo se conduce Luna con ustedes. ¿Les presta toda clase de facilidades para el enganche de peones? ¿Los apoya y está con ustedes? Porque la "Mining Society" hizo nombrar a Luna subprefecto con el único fin de tener la gendarmería a nuestro servicio para lo que toca a la peonada. Usted lo sabe muy bien. El resto es de menor importancia: que Luna está siempre con los correligionarios políticos de Urteaga; que se emborracha con quien quiere, eso no significa nada". Así me dijo el gringo. Estaba muy enojado. Yo le dije entonces que usted se portaba correctamente con nosotros y que no teníamos nada de qué quejarnos: "Porque —me dijo el gringo—, si Luna no se porta bien con ustedes, yo comunico esto inmediatamente a nuestro escritorio de Lima, para hacerlo destituir en el día. Usted comprende que nuestra empresa representa intereses muy serios en el Perú y no estamos dispuesto a ponerlos a merced de nadie". Así me dijo el gringo. Pero yo le contesté que esos chismes no eran ciertos y que usted era nuestro, completamente nuestro....

—Yo sé —dijo Mateo Marino—, yo sé quienes le escriben eso a los yanquis...

—¡Bueno! ¡Bueno! —añadió vivamente José Marino—. Pero, en resumen, lo que hay es que los yanquis ya tienen la pulga en la oreja y hay que tener mucho cuidado....

—¡Pero si todo eso es mentira! —exclamaba Luna—. Ustedes, más que nadie, son testigos de mi lealtad absoluta y de mi devoción incondicional a míster Taik...

—¡Naturalmente! —decía José Marino, echando la barriga triunfalmente—. Por eso, precisamente, lo defendí a usted en toda la línea, y míster Taik me dijo: “Bueno, señor Marino: su respuesta, que yo la creo franca, me basta”.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —exclamó Mateo Marino.

El subprefecto Luna, emocionado, respondió a José Marino:

—Yo le agradezco muy de veras, mi querido don José. Y ya sabe usted que soy su amigo sincero, decidido a hacer por ustedes todo lo que pueda. Díganme solamente lo que quieren y yo lo haré en el acto. ¡En el acto! ¡Sí! ¡Como ustedes lo oyen!

—¡Muy bien! ¡Pero muy bien! —volvió a decir Mateo Marino—. ¡Y, por eso, señor subprefecto, bebamos esta copa!

—¡Sí, por usted! —brindó José Marino, dirigiéndose a Luna—. ¡Por nuestra grande y noble amistad! ¡Salud!

—¡Por eso! ¡Por “Marino Hermanos” —decía el subprefecto—. ¡Salud! ¡Y por místers Taik y Weiss! ¡Y por la “Mining Society! ¡Y por los Estados Unidos! ¡Salud!

Varias copas más tomaron los tres hombres. En una de éstas, José Marino le preguntó al subprefecto Luna, siempre aparte y en secreto:

—¿Cuántos indios han caído hoy presos?

—Alrededor de unos cuarenta.

José Marino iba a añadir algo, pero se contuvo. Al fin, habló así a Luna:

—¿Recuerda usted lo que le dijimos esta mañana sobre los peones?..

—Sí, Que necesitan cien peones para las minas...

—Exactamente. Pero hay una cosa: yo creo que podríamos hacer una cosa. Mire usted: como usted no tiene aún gendarmes suficientes para perseguir en el día a nuestros peones prófugos, y como usted no va a saber qué hacer con todos esos indios que están ahora presos en la cárcel, ¿por qué no nos da usted unos cuantos, para enviarlos a Quivilca inmediatamente?

—¡Ah! ¡Eso!... —exclamó el subprefecto—. Usted comprende. La cosa es un poco difícil. Porque... ¡Espere usted! ¡Espere usted!...

Luna se agarró el mentón, pensativo, y terminó diciendo a José Marino en voz baja y cómplice:

—No hablemos más. Entendidos. Se lo prometo.

Mateo Marino corrió y trajo tres copas.

—¡Señores! —exclamó copa en mano y en alta voz José Marino, dirigiéndose a todos los concurrentes—. Yo les invito a beber una copa por el señor Roberto Luna, nuestro grande subprefecto, que acaba de salvarnos de la indiada. Yo, señores, puedo asegurarles que el Gobierno sabrá premiar lo que ha hecho hoy el señor Luna en favor de Colca. Y yo propongo firmar aquí mismo todos los presentes un memorial al ministro de Gobierno, expresándole la gratitud de la provincia al señor Luna. Además, propongo que se nombre una Comisión que se encargue de organizar un homenaje al señor Luna, con un gran banquete y con una medalla de oro, obsequio de los hijos de Colca...

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Hip, hip, hip! ¡Hurra!...

Hubo un revuelo intenso en los salones municipales. El juez, doctor Ortega, ya muy borracho, llamó a uno de los gendarmes y le dijo:

—Vaya usted a traer la banda de músicos. Despiértelos a los cholos cueste lo que cueste y dígalos que el subprefecto, el juez, el alcalde, el cura, el médico y todo lo mejor de Canas, está aquí, y que vengan inmediatamente.

El médico Riaño opuso un escrúpulo:

—¡Doctor Ortega! ¿Cree usted que debe traer la música?

—¡Pero es claro! ¿Por qué no?

—Porque como ha habido muertos hoy, la gente va a decir...

—¿Pero qué gente? ¿Los indios? ¡Qué ocurrencia! ¡Vaya usted, vaya nomás!— volvió a decir el juez al gendarme.

Y el gendarme fué a traer la música corriendo.

A la madrugada, los salones municipales estaban convertidos en un local de fiestas. La banda de músicos tocaba valeses y marineras entusiastas, y una jarana delirante se produjo. Muchos se habían retirado ya a dormir, pero los que quedaron —una quincena de personas— se encontraban completamente ebrios. Bailaban entre hombres. Los más dados a la marinera eran el cura Velarde y el juez Ortega. El cura se quitó la sotana y se hizo el protagonista de la fiesta. Bailaba y cantaba en medio de todos y a voz en cuello. Después propuso ir a casa de una familia de chicheras en la que el cura y el doctor Riaño tenían pretensiones escabrosas respecto de dos indias buenas mozas. Pero alguien aseguró que no se podía ir, porque el padre de las indias había caído herido en la plaza.



Tomados del brazo, el alcalde Parga, el subprefecto Luna y los hermanos Marino, discutían acaloradamente. El alcalde balbuceaba, bamboleándose de borracho:

—¡Yo soy todo de los yanquis! ¡Yo se lo debo todo! ¡La alcaldía! ¡Todo! ¡Son mis patrones! ¡Son los hombres de Colca!

—¡No sólo de Colca —argumentaba Mateo Marino—, sino del Departamento! ¡Ellos mandan! ¡Qué carajo! ¡Viva míster Taik, señores!...

El subprefecto Luna, hombre versado en temas internacionales, explicaba entusiastamente a sus amigos:

—¡Ah, señores! ¡Los Estados Unidos es el pueblo más grande de la tierra! ¡Qué progreso formidable! ¡Qué riqueza! ¡Qué grandes hombres, los yanquis! ¡Fíjense que casi toda la América del Sur está en manos de las finanzas norteamericanas! ¡Las mejores Empresas mineras, los ferrocarriles, las explotaciones caucheras y azucareras, todo se está haciendo con dólares de Nueva York! ¡Ah! ¡Eso es ua cosa formidable! ¡Y van a ver ustedes que la guerra europea no terminará, mientras no entren en ella los Estados Unidos! ¡Acuérdense de lo que les digo! ¡Pero es claro! ¡Ese Wilson es cojonudo! ¡Qué talento! ¡Qué discursos que pronuncia! ¡El otro día leí uno... ¡Carajo! ¡No hay que dudarlo!...

José Marino adujo enérgicamente:

—¡Pero, sobre todo, la “Mining Society”! ¡Es el más grande Sindicato minero en el Perú! ¡Tiene minas de cobre en el Norte, minas de oro y plata en el Centro y en el Sur! ¡Por todas partes! Míster Weiss me decía en Quivilca lo que es la “Mining Society”. ¡Qué enorme empresa! ¡Oh! ¡Sólo les digo que los socios de la “Mining” son los más grandes millonarios de los Estados Unidos! ¡Muchos de ellos son banqueros y son socios de otros mil Sindicatos de minas, de azúcar, de automóviles, de petróleo! ¡Místers Taik y Weiss solamente disponen de fortunas colosales!...

—¡Bueno, señores! —dijo, acercándose el cura Velarde del brazo del juez Ortega—. ¿De qué se trata?

—¡Aquí —respondió con orgullo Mateo Marino—, aquí hablando de los yanquis!

—¡Ah! —exclamó el cura—. ¡Los gringos son los hombres! Bebamos una copa por los norteamericanos. ¡Ellos son los que mandan! ¡Qué caracoles! Yo he visto al mismo obispo agacharse ante míster Taik la vez pasada que fuí al Cuzco. ¡El obispo quería cambiar al cura de Canta, y míster Taik se opuso y, claro, monseñor tuvo que agacharse!..

Mateo Marino ordenó a los músicos en alta voz:

—¡Un “ataque”! ¡Un “ataque”! ¡Un “ataque”!

Los músicos, que estaban en el corredor e ignoraban de lo que se hablaba dentro de los salones, tocaron un “ataque” fogoso, rítmico y algo monótono. Un vocerío confuso y ensordecedor se produjo en los salones. Todos tenían una copa, en la mano y todos hablaban a gritos y a la vez:

—¡Vivan los Estados Unidos! ¡Viva la “Mining Society”! ¡Vivan los norteamericanos! ¡Viva Wilson! ¡Viva mister Taik! ¡Viva mister Weiss! ¡Viva Quivilca! ¡Viva, señores, el subprefecto de la provincia! ¡Viva el alcalde! ¡Viva el juez de primera instancia! ¡Viva el señor Iglesias! ¡Viva “Marino Hermanos”! ¡Abajo los indios! ¡Abajo!...

En medio de la bulla, y entre las notas entusiastas del “ataque” sonaron varios tiros de revólver. El juez Ortega y el cura Velarde sacaron sus pañuelos y se pusieron a bailar. Los músicos, al verlos, pasaron a tocar, sin solución de continuidad, la fuga de una marinera irresistible. Los demás rodearon al cura y al juez, haciendo palmas y dando gritos estridentes y frenéticos.

El día empezó a rayar tras de los cerros nevados y lejanos de los Andes.

\* \* \*

Al día siguiente, el doctor Riaño hizo la autopsia de los cadáveres. Tres de los heridos habían muerto a la madrugada. Algunos de los cadáveres fueron enterrados por la tarde.

El subprefecto Luna, a eso de la una del día, y todavía en su cama, recibió, entre su correo matinal, la respuesta telegráfica del prefecto. El telegrama decía así: “Subprefecto Luna. Colca.—Deplorando sucesos, felicito la actitud ante atentado indiano y restablecimiento orden público. (Firmado.) Prefecto Ledesma”. Luna empezó luego a leer sus cartas y periódicos. Súbitamente, con una sonrisa de satisfacción, llamó a su ordenanza Anticona:

—¡Anticona!

—Su señoría.

—Vaya usted a llamar al señor José Marino. Dígame que le estoy esperando y que venga inmediatamente.

—Muy bien, su señoría.

A los pocos momentos, José Marino entraba al dormitorio del subprefecto, contento y sonriente:

—¿Qué tal? ¿El sueño, ha sido bueno?

—Sí —dijo Luna con gesto de fatiga—. Pase usted. Siéntese. Las copas a mí me hacen siempre mucho daño. La vejez. ¡Qué quiere usted!

—¡Yo, no! ¡Yo he dormido como un chanchó!

—Bueno, mi querido Marino. ¡Acabo de recibir telegrama del prefecto! ¡Mire usted!...

El subprefecto le tendió el telegrama y José Marino leyó mentalmente.

—¡Estupendo! —exclamaba Marino.— ¡Estupendo! ¡Ya ve usted, ya se lo decía yo ayer! ¡Naturalmente! El prefecto y el Ministerio tienen que aprobar lo que usted ha hecho. Además, yo voy a escribirle en seguida a míster Taik contándole lo que ha pasado y diciéndole que lo recomiende a usted inmediatamente al Cuzco y a Lima, a fin de que se apruebe lo de ayer y no lo muevan a usted de Canas.

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡Bueno! ¡Bueno! Esto lo dejo al cuidado suyo. En cuanto a los indios que están presos, me parece que usted puede tomar unos quince para las minas.

—Ahí también acabo de leer en el periódico la entrada de los Estados Unidos a la guerra europea.

—¿Sí? —preguntó José Marino alborotado.

—¡Sí, sí, sí! Acabo de leerlo en el periódico.

—Entonces, míster Taik ya debe también saberlo a estas horas y habrá redoblado los trabajos de las minas. Tiene que enviar inmediatamente a Mollendo, para ser embarcado a Nueva York, un gran lote de tungsteno.

—Por eso, justamente, lo he llamado, para decirle que, en vista del apuro de peones en que está la "Mining Society", disponga usted hoy mismo, si lo quiere, de quince indios de los que tengo ahora en la cárcel.

—¿No es posible tomar de ahí unos veinte?

—Por mi parte, yo lo haría con mucho gusto. Ya sabe usted que yo estoy aquí para servirles a ustedes, y eso es lo único que me interesa. Yo sé que mientras míster Taik esté contento y satisfecho de mí, no tengo nada que temer. Pero ya les he dicho ayer que yo necesito también lo menos cinco "conscriptos" antes de fin de mes. De los indios que hay en la cárcel, tengo que tomar también tres que me faltan para completar mi contingente. Yo no puedo quedar mal con el prefecto. Póngase usted en mi lugar. Además, no conviene ir muy lejos en esto de los indios para Quivilca. Hay que desconfiar de Riaño y del viejo Iglesias. Si el viejo Iglesias llega a saber que yo les he dado

a ustedes veinte indios para Quivilca, él va a querer también otros tantos para su hacienda, y, como siempre está escribiéndose con Urteaga, puede indisponerme con el Gobierno...

—Pero si tenemos a míster Taik con nosotros..

—Sí, sí; pero siempre es bueno estar bien con el diputado....

—¡No, no, no! Yo le aseguro, además, que el viejo Iglesias no tiene por qué saberlo. Quivilca está lejos. Una vez que los indios estén en las minas, nadie sabrá de ellos nada, ni dónde están ni qué es lo que hacen, ni nada.

—¿Y las familias de los indios? ¿Y si van a Quivilca?

—Muy bien; pero si usted se lo impide, no se moverán ni harán nada. Además, a todo el mundo hay que decirle que se les ha puesto en libertad y que los indios han huído después de miedo. Haciéndolo así, si se llega a saber que algunos de ellos están en las minas, se puede decir que ellos mismos se habían ido a Quivilca, de miedo al juicio por los sucesos de ayer...

Así quedó acordado entre José Marino y el subprefecto Luna. En la noche de ese mismo día, y previa una selección de los más humildes e ignorantes, fueron sacados, en la madrugada, veinte indios de la cárcel, de tres en tres. La ciudad estaba sumida en un silencio absoluto. Las calles estaban desiertas. Los indios iban acompañados de dos gendarmes, bala en boca y conducidos a las afueras de Colca, sobre el camino a Quivilca. Allí se formó el grupo completo de los veinte indios prometidos por Luna a "Marino Hermanos", y a las cuatro de la mañana fué la partida para las minas de tungsteno. Los veinte indios iban amarrados los brazos a la espalda y todos ligados entre sí por un sólido cable, formando una fila en cadena, de uno en fondo. Custodiaban el desfile, a caballo, José y Mateo Marino, un gendarme y cuatro hombres de confianza, pagados por los hermanos Marino. Los siete guardias de los indios iban armados de revólveres, de carabinas y de abundante munición.

La marcha de estos forzados, para evitar encuentros azarosos en la ruta, se hizo en gran parte por pequeños senderos apartados.

Nadie dijo a estos indios nada. Ni adónde se les llevaba ni por cuánto tiempo ni en qué condiciones. Ellos obedecieron sin proferir palabra. Se miraban entre sí, sin comprender nada, y avanzaban a pie, lentamente, la cabeza baja y sumidos en un silencio trágico. ¿Adónde se les estaba llevando? Quién sabe al Cuzco, para comparecer ante los jueces por los muertos de Colca. ¡Pero si ellos no habían hecho nada! ¡Pero quién sabe! ¡Quién sabe! O tal vez los estaban llevando a ser conscriptos. ¿Pero también los viejos podían ser conscriptos? ¡Quién sa-

be! Y, entonces, ¿por qué iban con ellos los Marino y otros hombres particulares, sin vestido militar? ¿Sería que estaban ayudando al sub-prefecto? ¿O acaso se los estaban llevando a botarlos lejos, en algún sitio espantoso, por haberlos agarrado en la plaza, a la hora de los tiros? ¿Pero dónde estaría ese sitio y por qué esa idea de castigarlos botándolos así, tan lejos? ¿Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Pero ni un poco de cancha! ¡Ni un puñado de trigo o de harina de cebada! ¡Y ni siquiera una bola de coca! Cuando ya fué de mañana y el sol empezó a quemar, muchos de ellos tuvieron sed. ¡Pero ni siquiera un poquito de chicha! ¡Ni un poco de cañazo! ¡Ni un poco de agua! ¿Y las familias? La pobre Paula, embarazada! ¡El Santos, todavía tan chiquito! ¡El taita Nico, que se quedó almorzando en el corral! ¡La mama Dolores, tan flacuchita la pobre y tan buena! ¡Y los rocotos amarillos, grandes ya! ¡El tingo de maíz, verde, verde! ¡Y el gallo cenizo, para llevarlo a Chuca!... ¡Ya todo iba quedando lejos, lejos!... ¿Hasta cuándo? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

### I I I

Pocas semanas después, el herrero Huanca conversaba en Quivilca con Leónidas Benites y el apuntador y ex amante de la finada Graciela. Era de noche. Estaban en el rancho del apuntador, situado en el campamento obrero, pero muy a las afueras de Quivilca, cerca ya de las quebradas de "Sal si puedes". En el único cuarto del rancho miserable, donde el apuntador vivía solo, ardía, junto a la cama, un candil de kerosene. Por todo mueble, un burdo banco de palo y dos troncos de alcanfor para sentarse. En los muros de cercha, empapelados de periódicos, había pegadas con goma unas fotografías arrancadas de *Varietades*, de Lima. Los tres hombres hablaban misteriosamente y en voz baja. Con frecuencia, callaban y aguaitaban con cautela entre los magueyes de la puerta, hacia la rúa desierta y hundida en el silencio de la puna. ¿Qué insólito motivo había podido juntar en un ambiente semejante a estos hombres tan distintos unos de otros? ¿Qué inaudito acontecimiento había sacudido a Benites, al punto de agitarlo y arrastrarlo hasta el humilde apuntador y, lo que era más extraño, hasta Servando Huanca, el herrero rebelde y taciturno? ¿Y cómo, de otra parte, había ido a parar Huanca a Quivilca, después de los sucesos sangrientos de Colca?

—¿Estamos, entonces, de acuerdo? —preguntó vivamente Huanca a Benites y al apuntador.

Benites parecía vacilar, pero el apuntador, en tono de plena convicción, respondía:

—¡Ya lo creo! ¡Yo estoy completamente convencido!

Servando Huanca volvió a la carga sobre Benites.

—Pero, vamos a ver, señor Benites. ¿Usted no está convencido de que los gringos y los Marino son unos ladrones y unos criminales, y que viven y se enriquecen a costa de la vida y la sangre de los indios?

—Completamente convencido— dijo Benites.

—¿Entonces? Lo mismo, exactamente lo mismo sucede en todas las minas y en todos los países del mundo: en el Perú, en la China, en la India, en Africa, en Rusia...

Benites interrumpió:

—Pero no en los Estados Unidos, ni en Inglaterra, ni en Francia, ni en Alemania, porque allí los obreros y la gente pobre está muy bien...

—“¿La gente pobre está muy bien”? ¿Qué es eso de que “la gente pobre está muy bien”? Si es pobre, no puede entonces estar bien...

—Es decir, que los patrones de Francia, de Inglaterra, de Alemania y de los Estados Unidos no son tan malos ni explotan tanto a sus compatriotas como hacen con los indígenas de los otros países...

—Muy bien, muy bien. Los patrones y millonarios franceses, yanquis, alemanes, ingleses, son más ladrones y criminales con los peones de la India, de Rusia, de la China, del Perú, de Bolivia, pero son también muy ladrones y asesinos con los peones de las patrias de ellos. En todas partes, en todas, pero en todas, hay unos que son patronos y otros que son peones, unos que son ricos y otros pobres. Y la revolución, lo que busca es echar abajo a todos los gringos y explotadores del mundo, para liberar a los indios y trabajadores de todas partes. ¿Han leído ustedes en los periódicos lo que dicen que en Rusia se han levantado los peones y campesinos? Se han levantado contra los patrones, y los ricos, y los grandes hacendados, y contra el Gobierno, y los han botado, y ahora hay otro Gobierno...

—Sí. Sí. Sí he leído en *El Comercio* —decía Benites—. Pero se han levantado sólo contra el zar. No contra los patrones y ricos hacendados, porque hay siempre patrones y millonarios... Sólo han botado al zar.

—¡Sí; pero ya van a ver ustedes!..

—¡Claro! —dijo Benites entusiasmándose—. Hay en el nuevo Gobierno de Rusia un gran hombre, que se llama... Que se llama...

—¡Kerensky!— dijo Huanca.

—Ese, ése, Kerensky. Y ése dicen que es muy inteligente, un gran orador y muy patriota, y que va a hacer justicia a los obreros y a los pobres...

Servando Huanca se echó a reír, repitiendo con zumba:

—¡Qué va a hacer justicia! ¡Qué va a hacer justicia!...

—Sí; porque es muy inteligente y honrado y muy patriota...

—¡Será otro zar, y nada más! —dijo enérgicamente el herrero—. Los inteligentes nunca hacen nada de bueno. Los que son inteligentes y

no están con los obreros y con los pobres, sólo saben subir y sentarse en el Gobierno y hacerse, ellos también ricos y no se acuerdan más de los necesitados y de los trabajadores. Yo he leído, cuando trabajaba en los valles azucareros de Lima, que sólo hay ahora un sólo hombre en todo el mundo, que se llama Lenin, y que ése es el único inteligente que está siempre con los obreros y los pobres y que trabaja para hacerles justicia contra los patrones y hacendados criminales. ¡Ese sí que es un gran hombre! ¡Y van a ver! Dicen que es ruso y que los patrones de todas partes no le pueden ver ni pintado, y han hecho que los gobiernos lo persigan para fusilarlo.

El agrimensor decía incrédulo:

—No hará tampoco nada ¿Qué va a hacer, si lo persiguen para fusilarle?

—¡Ya verán ustedes! ¡Ya verán! Ahí tengo un periódico que me han enviado de Lima, escondido. Ahí dicen que Lenin va a ir a Rusia y va a levantar las masas contra ese Kerensky y lo va a botar y va a poner en el Gobierno a los obreros y a los pobres. ¡Y allí también dicen que lo mismo hay que hacer en todas partes: aquí en el Perú, en Chile, en el extranjero, en todos los países, para botar a los gringos y patrones, y ponernos nosotros, los obreros y los pobres, en el Gobierno!

Benites sonreía con escepticismo. El apuntador, en cambio, oía con profunda unción al herrero.

—Eso —dijo Benites muy preocupado—, eso es muy difícil. Los indios y los peones no pueden ser Gobierno. No saben ni leer. Son aún ignorantes. Además, hay dos cosas que no hay que olvidar: primero, que los obreros sin los intelectuales —abogados, médicos, ingenieros, sacerdotes, profesores— no pueden hacer nada, y no podrán, no podrán, y no podrán nunca! Segundo, que los obreros, así estuviesen preparados para gobernar, tienen que ceder siempre los primeros puestos a los que ponen el capital, porque los obreros sólo ponen su trabajo...

—Muy bien. ¡Pero entendámonos, señor Benites! Ya les he dicho que...

—Sí. De acuerdo. Estamos acordes en que deben gobernar sólo los que...

—¡No, no, no! ¡Espéreme un instante! ¡Hágame el favor! Déjeme hablar. Vamos por orden: dice usted que los obreros no pueden hacer nada sin los abogados, profesores, médicos, sacerdotes, ingenieros. Bueno. Pero lo que pasa es que los curas, profesores, abogados y demás, son los primeros ladrones y explotadores del indio y del peón.

Benites protestó:

—¡No, señor! ¡No, señor!...



—¡Sí, señor! ¡Sí decía— el herrero enardecido.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —decía también con ímpetu el apuntador—. Los médicos, los ingenieros y todos esos que se las dan de señoritos inteligentes, son unos ladrones y esquilman a los indios y a los pobres. ¡Sí! ¡Sí! ¡Usted mismo —añadió irritado el apuntador, dirigiéndose a boca de jarro al agrimensor—, usted mismo y el profesor Zavala y el ingeniero Rubio tomaron parte en la muerte de la Graciela en el bazar!..

—¡No, señor! ¡Está usted equivocado!— argumentaba en tono amedrentado Benites.

—¡Sí! ¡Sí! —decía el apuntador, desafiando al agrimensor—. Usted es un hipócrita, que sólo vino a ver a Huanca para vengarse de los gringos y de Marino, porque le han quitado el puesto y porque le han robado sus socios, y nada más. Usted y Rubio fueron los primeros, con el coche Marino, en quitarles sus chacras, sus animales y sus granos a los soras, robándoles y metiéndolos después en las minas, para hacerlos morir entre las máquinas y la dinamita como perros... Usted quiere ahora engañarnos y decir que quiere ponerse con nosotros, cuando no es cierto. Usted se irá con los gringos y con los Marinos, apenas le vuelvan a llamar y dar un puesto. Y entonces, usted será el primero en traicionarnos y decir a los patrones lo que estamos haciendo y lo que estamos diciendo aquí. ¡Sí! ¡Sí! ¡Así son los ingenieros y todos los profesores, y doctores, y curas, y todos, todos! ¡No hay que creerles a ustedes nada! ¡Nada! ¡Ladrones! ¡Criminales! ¡Traidores! ¡Hipócritas! ¡Sinvergüenzas!..

—¡Basta! ¡Basta! ¡Calle! —le dijo afectuosamente Huanca al apuntador, interponiéndose entre éste y Leónidas Benites—. ¡Ya está! ¡Ya está! No se gana nada con ponerse así. Hay que ser serenos. ¡Nada de alborotos ni de atolondramientos! El revolucionario debe ser tranquilo....

—¡Además —decía Benites, pálido y suplicante—, yo no he hecho nada de eso! Yo les juro por mi madre que yo no me metí en nada para la muerte de la Rosada...

—¡Bueno, bueno! —dijo serenamente Huanca—. ¡Dejemos eso ya! ¡Vamos al grano! Yo le decía a usted —añadió dirigiéndose a Benites— que los curas y los doctores también son enemigos de los indios y los trabajadores. ¿Qué es lo que pasó aquella vez en Colca? ¡Entre el subprefecto, el médico, el juez de primera instancia, el alcalde y el sargento, y el gamonal Iglesias, y los soldados dieron la muerte a más de quince pobres indios! ¡El tuerto Ortega fué el más malo y el más cruel! ¿Y el cura Velarde? ¿No estuvo con todos ellos recorriendo el

pueblo, revólver en mano, y persiguiendo a balazos a los indios inocentes?... ¿Y el profesor García?...

El apuntador, con la cara encendida por el rencor, se paseaba nerviosamente en el rancho. Leónidas Benites oía a Huanca, cabizbajo y como presa de hondas luchas interiores. Una aguda incertidumbre suscitaban en su espíritu los alegatos del herrero. Benites, en el fondo, tenía fe absoluta en la doctrina, según la cual, son los intelectuales los que deben dirigir y gobernar a los indios y a los obreros. Eso lo había aprendido en el colegio y en la Universidad y lo seguía leyendo en libros, revistas y periódicos, nacionales y extranjeros. Sin embargo, Benites acogía esta noche la opinión en contrario de Servando Huanca, con extraña atención, con respeto y hasta con simpatía. ¿Por qué? Verdad es que místers Taik y Weiss le habían arrojado de su puesto de agrimensor y que José Marino rompió también con él la sociedad de cultivo y cría. Verdad es que Benites odiaba ahora, a causa de estos daños, a los patrones yanquis tanto como a los patrones peruanos —encarnados estos últimos en las personas de “Marino Hermanos”—. Pero —se decía en conciencia—, de aquí a ponerse en tratos con Huanca, para mover a los peones contra la “Mining Society” y —lo que era más grave— para provocar así nomás un levantamiento de las masas contra el orden social y económico reinante, medía, en realidad, un gran abismo.... ¡Y si las pretensiones del herrero no fuesen más que ésas! ¡Si el herrero quisiese únicamente el aumento de los salarios a la peonada, buenos ranchos, disminución de las horas de trabajo, descanso por las noches y los domingos, asistencia medical y farmacéutica, remuneración por accidentes del trabajo, escuelas para los hijos de los obreros, dignificación moral de los indios, el libre ejercicio de sus derechos y, por último, la justicia igual para grandes y pequeños, para patrones y jornaleros, poderosos y desvalidos!... Mas eso no era todo. ¡Servando Huanca osaba ir hasta hablar de revolución y de botar a los millonarios y grandes caciques que están en el Gobierno, para ponerlo a éste en manos de los obreros y campesinos, pasando por sobre las cabezas de la gente culta e ilustrada, como los abogados, ingenieros, médicos, hombres de ciencia y sacerdotes!... No podía el agrimensor concebir a un herrero de ministro y a un obispo, un catedrático o un sabio, pidiendo audiencia a aquél y guardándole antesala. ¡Ah, no! Eso pasaba todo límite y toda seriedad. Pongamos por caso que muchos intelectuales fuesen pícaros y explotadores del pueblo. Pero, juzgando las cosas en el terreno estrictamente científico y técnico, para Benites, la idea y los hombres de ideas constituyen la base y el punto de partida del progreso, ¿qué podrán hacer los pobres campesinos y jornaleros el día en

que se pusieran a la cabeza del Gobierno? ¡Sin ideas, sin noción de nada, sin conciencia de nada! ¡Reventarían! De esto estaba completamente convencido Leónidas Benites. Y justamente, por estarlo, no podía explicarse el agrimensor por qué seguía oyendo y discutiéndole a Huanca, un hombre chiflado y ante quien él, Benites, aparecía nada menos que como enemigo y explotador de la clase obrera y campesina.

—Pero, Huanca —le argumentó Benites—, no diga usted disparates. Nosotros, los intelectuales, estamos lejos de ser enemigos de la clase obrera. Todo lo contrario: yo, por ejemplo, soy el primero en venir a hablar con ustedes espontáneamente y sin que nadie me obligue y hasta con peligro de que lo sepan los gringos y me boten de Quivilca...

El apuntador le respondió violentamente:

—Pero yo le apuesto que si mañana le vuelven a dar su puesto los gringos, usted no vuelve más a buscarnos y, si hay una huelga, será usted el primero en echarles bala a los peones..

—¡Sí! ¡Sí —dijo Servando Huanca—. Los obreros no debemos confiarnos de nadie, porque nos traicionan. Ni de doctores, ni de ingenieros, ni menos de curas. Los obreros estamos solos contra los yanquis, contra los millonarios y gamonales del país, y contra el Gobierno, y contra los comerciantes, y contra todos ustedes, los intelectuales..

Leónidas Benites se sintió profundamente herido por estas palabras del herrero. Herido, humillado y hasta triste. Aunque rechazaba la mayor parte de las ideas de Huanca, una misteriosa e irrefrenable simpatía sentía crecer en su espíritu, por la causa en globo de los pobres jornaleros de las minas. Benites había también visto muchos atropellos, robos, crímenes e ignominias practicados contra los indios por los yanquis, las autoridades y los grandes hacendados del Cuzco, de Colca, de Accoya, de Lima y de Arequipa. Si. Ahora los recordaba Benites. Una vez, en una hacienda de azúcar de los valles de Lima, Leónidas Benites se hallaba de paseo, invitado por un colega universitario, hijo del propietario de ese fundo, senador de la República éste y profesor de la Facultad de Derecho en la Universidad Nacional. Este hombre, célebre en la región por su despotismo sanguinario con los trabajadores, solía levantarse de madrugada para vigilar y sorprender en falta a los obreros. En una de sus incursiones nocturnas a la fábrica, le acompañaron su hijo y Leónidas Benites. La fábrica estaba en plena molienda y eran las dos de la mañana. El patrón y sus acompañantes se deslizaron con gran sigilo junto al trapiche y a las turbinas, dieron la vuelta por las máquinas *wrae* y descendieron por una angosta escalera a la sección de las centrífugas. En un ángulo del local, se detu-

vieron a observar, sin ser vistos, a los obreros. Benites vió entonces una multitud de hombres totalmente desnudos, con un pequeño taparrabo por toda vestimenta, agitarse febrilmente y en diversas direcciones delante de enormes cilindros que despedían estampidos isócronos y ensordecedores. Los cuerpos de los obreros estaban, a causa del sofocante calor, bañados de sudor, y sus ojos y sus caras tenían una expresión angustiosa y lívida de pesadilla.

—¿Qué temperatura hace aquí?— preguntó Benites.

—Unos 48 a 50 grados— dijo el patrón.

—¿Y cuántas horas seguidas trabajan estos hombres?

—De seis de la tarde a seis de la mañana. Pero ganan una prima.

El patrón dijo esto y añadió, alejándose en puntillas en dirección a los obreros desnudos, pero sin que éstos pudiesen verlo:

—Un momento. Espéreme aquí. Un momento...

El patrón avanzó a paso rápido, agarró un balde que encontró en su camino y lo llenó de agua fría en una bomba. ¿Qué iba a hacer ese hombre? Uno de los obreros, desnudos y sudorosos, estaba sentado, un poco lejos, en el borde del rectángulo de acero. Acodado en sus rodillas, apoyaba en sus manos la cabeza inundada de sudor. Dormía. Algunos de los otros obreros advirtieron al patrón y, como de ordinario, temblaron de miedo. Y fué entonces que Leónidas Benites vió con sus propios ojos estupefactos una escena salvaje, diabólica, increíble. El patrón se acercó en puntillas al obreros dormido y le vació de golpe el balde de agua fría en la cabeza.

—¡Animal! —vociferó el patrón, haciendo esto—. ¡Haragán! ¡Sinvergüenza! ¡Ladrón! ¡Robándome el tiempo!... ¡A trabajar! ¡A trabajar!...

El cuerpo del obrero dió un salto y se contrajo luego por el suelo, en un temblor largo y convulsivo, como un pollo en agonía. Después se incorporó de golpe, lanzando una mirada larga, fija y sangui-nolenta en el vacío. Vuelto en sí, y aún atontado un poco, reanudó su trabajo.

Aquella misma madrugada murió el obrero.

Benites recordó esta escena, como en un relámpago, mientras Servando Huanca le decía a él y al apuntador:

—Hay una sola manera de que ustedes, los intelectuales, hagan algo por los pobres peones, si es que quieren, en verdad, probarnos que no son ya nuestros enemigos, sino nuestros compañeros. Lo único que pueden hacer ustedes por nosotros es hacer lo que nosotros les digamos y oírnos y ponerse a nuestras órdenes y al servicio de nuestros intereses. Nada más. Hoy por hoy, ésta es la única manera como podemos

entendernos. Más tarde, ya veremos. Allí trabajaremos, más tarde, juntos y en armonía, como verdaderos hermanos... ¡Escoja usted señor Benites!... ¡Escoja usted!...

Un silencio profundo guardaron los tres hombres. El herrero y el apuntador miraban fijamente a Benites, esperando su respuesta. El agrimensor seguía meditabundo y agachado. El peso de los argumentos de Huanca le estaban trayendo por tierra. Ya no podía. Ya se sentía casi vencido, por mucho que no alcanzaba a explicarse esa su testaruda inclinación de ahora hacia la causa de los indios y peones. No se daba cuenta Benites, o no quería darse cuenta, de que si ahora estaba con esos dos obreros en el rancho, era sólo porque había caído en desgracia con los yanquis y con "Marino Hermanos". ¿Cómo no tuvo antes lástima de los obreros y yanaconas, cuando era agrimensor de la "Mining Society" y alternaba, en calidad de amigo, con místers Taik y Weiss?. Tipo clásico del pequeño burgués criollo y del estudiante peruano, dispuesto a todas las complacencias con los grandes y potentados y a todos los arribismos y corbardías de su clase, Leónidas Benites, al perder su puesto en las minas y verse arrojado de los pies de sus patrones y cómplices, cayó en un abatimiento moral inmenso. Su infortunio era tan completo, que se sentía el más pequeño y desgraciado de los hombres. Vagaba ahora solo y como un sonámbulo, cada día más escuálido y timorato, por los campamentos obreros y por los roquedales de Quivilca. Por las noches, no podía dormir y, con frecuencia, lloraba en su cama. Una gran crisis nerviosa le devoraba. Alguna vez, le vinieron muy negros pensamientos y, entre éstos, la idea del suicidio. Para Benites, la vida sin un puesto y sin una situación social, no valía la pena de ser vivida. Su temple moral, su temperatura religiosa, en fin, todo su instinto vital cabía a las justas entre un sueldo y un apretón de manos de un magnate. Perdidos o desplazados estos dos polos fundamentales de su vida, la caída fué automática, tremenda, casi mortal. Cuando tuvo noticias de quién era Huanca y de su llegada oculta a Quivilca, tuvo el agrimensor un súbito sacudimiento moral. Antes de buscar a Huanca, sus reflexiones fueron muchas y desgarradoras. Vaciló varios días entre suplicar y esperar de los yanquis la piedad, o ir a ver Huanca. Hasta que, una noche, su desesperación fué tan grande que ya no pudo más y fué a buscar al herrero.

Por su parte, Servando Huanca no quiso, al comienzo, descubrirle sus secretos propósitos. El apuntador había puesto a Huanca al corriente de toda la situación de los obreros, patrones y altos empleados de la "Mining Society" y le había hablado muy mal de Leónidas Benites. Sin embargo, la insistencia dramática y angustiosa del agrimen-

sor por ponerse al lado de los peones y, en particular, la circunstancia de haber sido Benites despedido de la empresa, pesaron en el ánimo y la táctica de Huanca, y se puso en inteligencia con el agrimensor. Quizás éste —pensaba para sí el herrero— le traía un secreto, una confidencia, un documento o cualesquiera otra arma estratégica de combate, sorprendida y agarrada a los manejos íntimos de la empresa y de sus directores.

—¿Pero en qué puede usted ayudarnos?— le había preguntado Huanca a Benites, desde el primer momento.

—¡Ah! —había respondido gravemente el agrimensor—. Ya le diré después... ¡Yo tengo en mis manos un cosa formidable!... ¡Ya se lo diré otro día!...

Servando Huanca aguardaba con ansiedad esta revelación del agrimensor, y de aquí su campaña tenaz y ardiente por ganarlo totalmente a la causa de los peones. Además, el herrero tenía prisa en ver claro y orientarse cuanto antes en lo tocante a los lados flacos de la "Mining Society" y de los gringos, para iniciar inmediatamente sus trabajos de propaganda y agitación entre las masas. Ya por impulso propio, los obreros empezaban a dar signos prácticos de descontento y de protesta. No había entonces tiempo que perder. Huanca volvió a decir ahora al agrimensor, con un calor creciente:

—¡Escoja usted! ¡Y escoja usted con sinceridad, con franqueza y sin engañarse a usted mismo! ¡Abra bien los ojos! ¡Piénselo! Usted mismo me dice que le dan asco y pena y rabia los crímenes y robos de los "Marino"! ¡Usted mismo está convencido de que, en buena cuenta, la "Mining Society" no hace más que venir al Perú a sacar nuestros metales, para llevárselos al extranjero! ¿Entonces?... ¿Y a usted mismo, por qué lo han botado de su puesto? ¿Por qué? ¿Usted cumplía con su deber? ¿Usted trabajaba? ¿Entonces?

—¡Porque Taik se deja llevar de los chismes de Marino! —respondió en una queja infinita Benites—. ¡Por eso! ¡Porque Marino me detesta! ¡Sólo por eso! ¡Pero yo sabré vengarme! ¡Por esta luz que nos alumbra! ¡Yo me vengaré!..

Huanca y el apuntador, impresionados por el juramento rencoroso de Benites, se lo quedaron mirando.

—¡Eso es! —dijo después Huanca a Benites—. ¡Hay que vengarse! ¡Hay que vengarse de las injusticias de los ricos! ¡Pero que esto no se quede en simples palabras! ¡Hay que hacerlo!

El apuntador dijo, por su parte con rabia:

—¡Y yo!... ¡Y yo!... A mí me han de pagar lo que hicieron con la Graciela! ¡Ah! ¡Por éstas!.. ¡Gringos, jijos de puta!..

Los tres hombres estaban caldeados. Una atmósfera dramática, sombría y de conspiración, reinó en el rancho. Leónidas Benites se acercó a la puerta, miró afuera por las rendijas y se volvió a los otros.

—¡Yo tengo cómo fregar a la “Mining Society”! les dijo en voz baja—. Mister Taik no es yanqui. ¡Es alemán! ¡Yo tengo las pruebas: una carta de su padre, escrita de Hannóver! Se le cayó del bolsillo una noche en el bazar, estando borracho...

—¡Muy bien! —dijo a Benites el herrero—. Muy bien. Lo que importa es que usted esté decidido a ponerse a nuestro lado y a luchar contra los gringos. ¡Hay mil maneras de joderlos!... ¡Las huelgas, por ejemplo! Ya que usted quiere ayudarnos y usted mismo me ha buscado para hablar sobre estas cosas, yo quisiera saber si usted puede o no ayudarme a mover a los peones...

Tras de un largo silencio de los tres, cargado de una gran tensión nerviosa, Benites, abrumado por las verdades, claras y sencillas, del herrero, dijo enérgicamente:

—¡Bueno! ¡Yo estoy con los peones! ¡Cuenten conmigo...! ¡La carta de mister Taik está a la disposición de ustedes!...

—¡Muy bien! —dijo con firmeza Huanca—. Entonces, mañana, en la noche, hay que traer con engaños aquí al arriero García, al mecánico Sánchez y al sirviente de los gringos. Usted —añadió, dirigiéndose a Benites—, usted me trae también mañana la carta de mister Taik. Y creo que mañana seremos seis. Hoy empezamos ya entre tres. ¡Buen número!...

Unos instantes después, salió del rancho Leónidas Benites, cuidando de no ser visto. Minutos más tarde, salió, tomando idénticas precauciones, Servando Huanca. Segó a la derecha, a paso lento y tranquilo, y se alejó, perdiéndose ladera abajo, por “Sal si puedes”. Sus pisadas se apagaron de golpe a la distancia.

Dentro del rancho, el apuntador trancó su puerta, apagó el candil y se acostó. No acostumbraba desvestirse, a causa del frío y de la miseria del camastro. No podía dormir. Entre los pensamientos y las imágenes que guardaba de las admoniciones del herrero, sobre “trabajo”, “salario”, “jornada”, “patrones”, “obreros”, “máquinas”, “explotación”, “industria”, “productos”, “reivindicaciones”, “conciencia de clase”, “revolución”, “justicia”, “Estados Unidos”, “política”, “pequeña burguesía”, “capital”, “Marx”, y otras, cruzaba esta noche por su mente el recuerdo de Graciela, la difunta. La había querido mucho. La mataron los gringos, José Marino y el comisario. Recordándola ahora, el apuntador se echó a llorar.

El viento soplaba afuera, anunciando tempestad.

# FABLA SALVAJE



Balta Espinar levantóse del lecho y, retregándose los adormilados ojos, dirigióse con paso negligente hacia la puerta y cayó al corredor. Acercóse al pilar y descolgó de un clavo el pequeño espejo. Vióse en él y tuvo un estremecimiento súbito. El espejo se hizo trizas en el enladrillado pavimento, y en el aire tranquilo de la casa resonó un áspero y ligero ruido de cristal y hojalata.

Balta quedóse pálido y temblando. Sobresaltado volvió rápidamente la cara atrás y a todos lados, como si su estremecimiento hubiérase debido a la sorpresa de sentir a alguien agitarse furtivamente en torno suyo. A nadie descubrió. Enclavó luego la mirada largo rato en el tronco del alcanfor del patio, y tenues filamentos de sangre, congestionada por el reciente reposo, bulleron en sus desorbitadas escleróticas y corrieron, en una suerte de aviso misterioso, hacia ambos ángulos de los ojos asustados. Después miró Balta el espejo roto a sus pies, vaciló un instante y lo recogió. Intentó verse de nuevo el rostro, pero de la luna sólo quedaban sujetos al marco uno que otro breve fragmento. Por aquellos girones brillantes, semejantes a parvas y agudísimas lanzas, pasó y repasó la faz de Balta, fraccionándose a saltos, alargada la nariz, oblicuada la frente, a retazos los labios, las orejas disparadas en vuelos inauditos.... Recogió algunos pedazos más. En vano. Todo el espejo habíase deshecho en lingotes sutiles y menudos y en polvo hialóideo, y su reconstrucción fué imposible.

Cuando tornó al hogar Adelaida, la joven esposa. Balta la dijo con voz de criatura que ha visto una mala sombra:

—Sabes? He roto el espejo.

Adelaida se demudó.

—Y cómo lo has roto? Alguna desgracia!

—Yo no sé cómo ha sido, de veras...

Y Balta se puso rojo de presentimiento.

Atardeció. Sentóse él a la mesa para la comida en el corredor. Desde el poyo contemplaba Balta, con su viril dulcedumbre andina, el cielo, un cielo rosado y apacible de julio, que adoselaba con variantes profundas los sembríos de las lejanas quintas de la banda. Por sobre la rasante del huerto emergía la briosa cabeza de "Rayo", el potro favorito y mimado de Balta. Miróle éste, y el corcel reposó un momento sus grandes pupilas equinas en su amo, hasta que una gallina del bardal turbó el grave silencio de la tarde, lanzando un cántico azorado y plañidero.

—Balta! Has oído? —exclamó sobresaltada Adelaida, desde la cocina.

—Sí... Sí he oído. Que gallina más zonza. Parece que ha sido la "palucha".

—Jesús! Dios me ampare! Qué va a ser de nosotros...

Y Adelaida irrumpió en la puerta de la cocina, mirando ávidamente hacia el lado del gallinero.

"Rayo" entonces relinchó medrosamente y paró la oreja.

—Es necesario comerla —dijo Balta, poniéndose de pie—. Cuando canta una gallina, mala suerte, mala suerte... Para que muera mi madre, una mañana, muchos días antes de la desgracia, cantó una gallina vieja, color de habas, que teníamos.

—Y el espejo, Balta? —Ay Señor! Qué va a ser de nosotros...

Adelaida sentóse en el otro poyo, llevó ambas manos al rostro y se echó a sollozar. Silenciosamente lloraba. El marido estuvo meditando y llamado algunos minutos.

Esposos felices hasta entonces. Muchacho aún, él adoraba tiernamente a su mujercita. Pálido, anguloso, de sana mirada agraria, diríase vegetal, y lapídea expresión en el vivaz continente, alto, fuerte y alegre siempre, Balta pasó su luna de miel lleno de delicias, rebosante de ilusión y muy confiado en los años futuros del hogar. Era agricultor. Era un buen campesino, más de la mitad oscuro-aldeano de las campiñas. Adelaida era una dulce chola, riente, lloradora, dichosa en su reciente curva de esposa, pura y amorosa para su caro varón.

Adelaida, además, era una verdadera mujer de su casa. Con el cantar del gallo se levantaba, casi siempre sin que la sintiera el marido; con suma cautela, callada persignábase, rezaba en voz baja su oración matinal, y a la húmeda luz de la aurora que a cuchilladas penetraba por las rendijas de las ventanas, atravesaba de puntillas con sus

zapatos llanos el largo dormitorio y salía. A la hora en que Balta abandonaba el lecho, ya Adelaida había ido a acarrear agua del chorro de la esquina, en sus dos grandes cántaros, el tiznado y el vidriado, que cabían por uno y medio de los corrientes. ¡Cuántos años tenía Adelaida aquellos cántaros! Se los regaló su tía abuela materna, doña Magdalena, cuando Adelaida era criatura, en gratitud al cariño y apasionada asistencia con que solía acompañarla día y noche, en su vejez achacosa y solitaria. A su vez, a la donante viejecita habíanle sido comprados y obsequiados por el tío Samuel, el día en que doña Magdalena, siendo aún señorita, obtuvo el honor de ingresar a la Sagrada Asociación del Corazón de Jesús del lugar, congregación de gran tono, formada sólo por la gente visible de la aldea.

El cántaro que Adelaida nombraba el tiznado no tenía en verdad nada en sí de excepcional, sino era los años de servicios y su tradición gentilicia. En cambio, el vidriado tenía un mérito originalísimo y fantástico. Ello es que un día, cuando tales vasijas pertenecían a la tía abuela aún, Adelaida, que apenas tenía siete años, fué a traer agua de la poza en el vidriado. Bien lo recordaba Adelaida. No podía llevar los dos cántaros, porque era muy pequeña y se habría caído con ellos. La siguió "Picaflor", la faldera blanca y sedosa. De repente, ingresado el cántaro al fondo de la oscura compuerta para colmarse, pasaron por allí algunos perros en encelada caravana; "Picaflor" entropóse a ellos, y alejándose fué hasta perderse en la próxima esquina, a despecho de las llamadas y amonestaciones de Adelaida. Cuando volvió, el animal enardecido acezaba y gruñía. Al acercarse a la niña, pareció irritarse más, empezó a escarbar furiosamente con las patas traseras y desnudó los finos colmillos y las rojas encías, despidiendo rencor por todas las comisuras y contracciones de su máscara. Ladró, enfureciéndose más y más. Adelaida la llamaba: "Picaflor" To... To... Picaflor!" Y la can ingrata jadeaba sofocada, parapetada en una piedra, pronto al mordizco; algunas veces husmeaba agitadamente el suelo, buscando, echando de menos algo, con amoroso ahinco. Después volvía a Adelaida el hocico amenazador, y hasta hubo momentos en que saltada e hincaba los dientes en el traje. La niña se puso a llorar, asiéndose a unos rocosos y grandes pedruscos y pateando inocentemente a la bestia rabiosa.

El torrente seguía resonando en la oscura gruta.

De improvviso "Picaflor" frunció las ventanillas de la nariz y las hizo latir con creciente alborozo y con no se qué mohín cordial en sus ojillos húmedos, color de bilis muerta. Dejó bruscamente de ladrar, fué acercándose al borde de la compuerta, y he allí que, como llamada por

invisible mano, metió toda la cabeza dentro de la sombría profundidad, lamió adentro la vaga figura del vidriado y empezó a mover el rabo con loco regocijo. Volvió de un salto hacia a Adelaida y encabritándose ante ella, dobló las manitos esclavas, como pidiendo perdón, y lamía los desnudos y tostados brazos de su pequeña ama, con su ciego y jubiloso cariño de animal que reconoce a su dueño....

## I I

A la hora en que Balta salía de dormir, ya Adelaida había también regado, y, con escoba que ella misma hacía de verdes y olorosas hierbasantas traídas a esa hora de la campiña, había barrido, plata, los dos corredores, los dos patios hasta cerca de los primeros rellanos del huerto, la pequeña sala de arriba, el zaguán y la calle correspondiente a la casa. Se había lavado, y cuando servía el caldo matinal, de rica papaseca, festoneada de tajadas de áureo rocoto perfumado, a su marido plácido, todavía caían al plato humeante algunas gotas de mujer, de sus largas y negras trenzas.

Adelaida era una verdadera mujer de su casa. Todo el santo día estaba en sus quehaceres, atareada siempre, enardecida, matriz, colorada, yendo, viniendo y aún metiéndose en trabajos de hombre. Un día Balta estuvo en la chacra, lejos. La mujer, agotadas sus faenas, propias de su incumbencia femenina, fué al corral, y sacó a "Rayo". El caballo venía buenamente a la zaga de Adelaida, que lo ató al alcanfor del patio, y trajo seguidamente las tijeras. Se puso a pelarlo. Mientras hacía esto cantaba un yaraví, otro. Tenía una voz dulce y fluvial; esa voz rijosa y sufrida que entre la boyada es guía en las espadañas yermas, acicate o admonición apasionada en las siembras; esa voz que cabe los torrentes y bajo los arqueados y sólidos puentes, de maderos y cantos más compactos que mármol, arrulla a los saurios dentados y sangrientos en sus expediciones lentas y lejanas en los remansos alvínos, y a los moscardones amarillos y negros en sus vagabundeos de peciolo en peciolo: esa voz que enronquece y se hace hojarasca lancinante en la garganta, cuando aquel cabro color de lúcumá, púber ya, de pánico airón cosquillante y aleznada figura de incubo, sale y se va a hacer daño al cebadal del vecino, y hay que llamarlo con silbido del más agudo pífano y a piedra de honda, luciendo así la de lana verde y dorada que tejieran en regalo manos amorosas, y qué, por esto, duele de veras estropearla y acabarla. Voz que en las entrañas de la basáltica peña indiga de enfren-

te tiene una hermana encantada, eternamente en viaje y eternamente cautiva.... Así era la voz de Adelaida.

“Rayo” dejábase.

—Mañana, señor, va usted a portarse muy bien. Su dueño quiere tirar la prosa. Ya sabe usted. Déjese, déjese. Debe usted presentarse hermoso.

El potro se inclinaba, deponiendo ante la dulce voz de la hembra imperiosa las tablas del fornido y gallardo cuello reluciente.

Adelaida acabó el trasquilo.

—¿Qué estás haciendo?

Balta llegó y su mujer se echó a reír, respondiéndole, bajo un halo llameante de casta verecundia:

—Nada. Ya está. Ya está terminado.

—Conque sólo para pelar al animal vengo, suspendiendo y abandonando tanto trabajo que hay allá— ¡Qué tal mujercita!

Ella se reía más dulcemente aún, y el marido acaricióla conmovido y lleno de pasión.

### I I I

Aquel día en que cantó la gallina, Adelaida estuvo gimiendo hasta la hora en que acostó.

Fué una noche triste en el hogar.

Balta no pudo dormir. Revolvíase en la cama, sumido en sombríos pensamientos. Desde que se casaron era la primera zozobra que turbaba su felicidad. De vez en cuando se oía el gemir entrecortado de Adelaida.

A Balta habíale ocurrido una cosa extraña al mirarse en el espejo: había visto cruzar por el cristal una cara desconocida. El estupor relampagueó en sus nervios, haciéndole derribar el espejo. Pasados algunos segundos, creyó que alguien habíase asomado por la espalda al cristal, y después de volver la mirada a todos lados en su busca, pensó que debía estar aún trastornado por el sueño, pues acababa de levantarse, y se tranquilizó. Mas, ahora, en medio de la noche, oyendo sollozar desvelada a su mujer, la escena del espejo surgía en su cerebro y le atormentaba misteriosamente. No obstante, creyó de su deber consolar a Adelaida.

—No juegues, Adelaida, —le dijo—. Llorando porque canta una gallina ¡....Vaya... No seas chiquilla!

Esto lo dijo haciendo de tripas corazón, pues aguja muy fina jugaba a lo largo de sus tensas venas y cosía ahí un recodo a otro, una papila firme y vibrátil a otra fugitiva, con dura pita negra que el nunca había visto brotar de los vastos pencales maduros... Era dura esa pita, y le hacía doler; y esa aguja erraba vertiginosamente en su sangre conturbada. Balta quería cogerla y se le escurría de los dedos. Sufría, en verdad. No quería dar importancia al incidente del espejo, y sin embargo, éste le perseguía y le mordía con sorda obstinación.

Al otro día Balta lo primero que hizo al salir a la calle fué comprar un espejo. Tenía la fantástica obsesión del día anterior. No se cansaba de mirar en el cristal, pendiente en la columna. En balde. La proyección de su rostro era ahora normal y no la turbó ni la más leve sombra extraña. Sin decirle nada a Adelaida, fué a sentarse en uno de los enormes alcanfores, cortados para vigas, que habían agavillados en el patio, contra de uno de los muros, y estuvo allí ante el espejo, horas enteras. La mañana estaba linda, bajo un cielo sin nubes.

Sorprendióle la vieja Antuca, madre de Adelaida, que venía a pedir candela. Díscola suegra ésta, media ciega de unas cataratas que cogió hacía muchos años, al pasar una medianoche, a solas, por una calle, en una de cuyas viviendas se velaba a la sazón un cadáver; el aire la hizo daño.

—¿No te has ido a la chacra, Balta? Don José dice que el triguito de la pampa ya está para la siega. Dice que el sábado lo vió, cuando volvía de las Salinas...

Balta tiró una piedra.

—Choo... Chooo! Adelaida! Esa gallina!

Las gallinas picoteaban el trigo lavado para almidón que, extendido en grandes cobijas en el patio, se secaba al sol de la mañana.

Cuando se fué la vieja, dejó la portada abierta y entró un perro negro de la vecindad. Acercóse a Balta que seguía sentado en las vigas color de naranja, y empezó a husmear y a mover su larga cola lanuda, haciendo fiestas con gazmoñería acrobática y mal disimulada. Balta, que se entretenía lanzando destellos de sol con el espejo por doquiera, puso delante del perro la luna. El vagabundo can miró mudamente a la superficie azul y sin fondo, oliéndola, y ladró a su estampa con un ladrido lastimero que agonizó en un retorcimiento elástico y agudo como un látigo.

Vinieron las cosechas.

Balta no volvió a recordar más de cuanto aconteció en el hogar aquella tarde en que la gallina dió su canto, hasta un día de Setiembre, en que Adelaida, en la parva de trigo, le dijo de improviso:

—Levanta tú esa alforja. Yo ya no puedo con ella.

—¿Estás enferma?

Adelaida bajó sus ojos dulces de mujer, con un aire inefable de emoción.

—¿Y desde cuándo?— repuso él, en voz baja y paterna, empapada de felicidad y lacerada de ternezas y de lágrimas.

Adelaida lloró, y luego se abrazaron padre y madre.

Musitó ella tímida y pudorosa:

—Según creo desde Julio.

Habiendo oído Balta estas graves palabras, y luego de meditar un momento, una nube sombría subió con ferrado vuelo a su frente. “Desde Julio...”, pensó. Y entonces recordó, después de largo tiempo, la visión intempestiva que, como en sueños, tuvo en el espejo, aquella lejana tarde de Julio, y la ruptura del espejo, por el estupor de esa visión. “Extraña coincidencia —se dijo en la parva,— bien extraña...” Un misterioso y atroz presentimiento sopló en sus venas un largo calofrío.

Pasaron las cosechas.

Pasó el estío, y llegó el otoño, y, con los días ventosos y ásperos, la época de siembra. Uno que otro día bajaba una lluvia fuerte y brusca, y siempre tempestuosas nubes altas poblaban el espacio.

Balta y Adelaida trasladáronse a la chacra.

## I V

Ya en la chacra, una tarde Balta, al tornar de su trabajo, dió de abreviar a sus bueyes en la laguna de enfrente de la cabaña. A su vez, él, sediento y transido de cansancio, fué a la fuente de agua limpia que manaba entre los matorrales, arrodillóse y bebió directamente. Se oyó los tragos durante algunos instantes, sumersos los labios. De repente, Balta saltó bruscamente y dió dos o tres pasos atrás tambaleándose y golpeando y haciendo cimbrar el tierno tallo de un alcanfor, cuyo follaje hizo estrepitosas y lúgubres cosquillas en los árboles de la pradera. Miró a uno y otro lado por descubrir quién había a sus espaldas, sin hallar a nadie; buscó entre los matorrales. Nadie. Volaron en diversas direcciones algunas palomas y pajarillos azorados. Un gallinazo, con moroso y aceitado vuelo, pasó de un alcanfor a otro, donde saltó, probó varios ramajes y por fin desapareció con leve y goteante rumor de hojas secas.

De nuevo, y después de algunos meses, aconteció a Balta muy parecida cosa a la que le sucedió aquella tarde de Julio ante el espejo. Entre el juego de ondas que producían sus labios al sorber el agua, habían percibido sus ojos una imagen extraña, cuyos trazos fugitivos palpitaron y diéronse contra las sombras fugaces y móviles de las hierbas que cubren en brocal el manantial. El chasquido punteado y ruidoso de sus labios al beber erizó de pavor la visión especular. ¿Quién le seguía así? ¿Quién jugaba con él así, por las espaldas, y luego se escabullía con tal artimaña y tal ligereza? Qué era lo que había visto? La inquietud hincóle en todas sus membranas. Era extraordinario. Vaciló. Creyóse en ridículo, burlado. La cabeza le daba vueltas. Era curioso. ¿Quizá su mujercita que jugaba inocente? No. Ella le respetaba mucho, para hacer eso. No!

Balta era un hombre no inteligente acaso, pero de gran sentido común y muy equilibrado. Había estudiado, bien o mal, sus cinco años de instrucción primaria. Su ascendencia era toda formada de tribus de fragor, carne de surco, rústicos corazones al ras de la gleba patriarcal. Había crecido, pues, como un buen animal racional, cuyas sienes situarían linderos, esperanzas, y temores a la sola luz de un instinto cabestrado con mayor o menor eficacia, por ancestrales injertos de raza y de costumbres. Era bárbaro, mas no suspicaz.

Desde aquel día en que repitióse, por segunda vez, ante sus ojos perplejos, la imagen extraña en la fuente, Balta iba adquiriendo un aire preocupado. Dábale en qué pensar inmensamente el episodio alucinante. ¿Qué podía ser todo aquello? Quiso decirselo a Adelaida, pero, temiendo hacer el ridículo ante su mujer, optó por guardarle reserva del incidente.

El domingo próximo fué al pueblo. Dió en la plaza con un viejo amigo suyo, camarada de escuela que fué. No pudo resistir a la tentación de comunicarle sus cuitas. El relato lo hizo riendo, dudando por momentos, otras veces poblada el ánimo de mil sospechas, herida de pueril indignación, o torvamente intriguada. El otro se echó a reír a las primeras frases de Balta, y después replicóle con grave acento de convicción:

—No es extraño. A mí me sucede a veces cosa muy semejante. En ocasiones, y esto me acontece cuando menos lo pienso, cruzan como relámpago por mi mente una luz y un mundo de cosas y personas que yo quiero atrapar con el pensamiento, pero que pasan y se deshacen apenas aparecen. Cuando estuve en Trujillo, un señor a quien referí esto me dijo que eran rasgos de locura y que debía yo cuidarme mucho...



Balta no pudo entender nada de esto. El relato de su amigo resultó muy profundo y complicado.

En tanto pasaban las semanas en las siembras.

Balta hubo de ir una mañana a los potreros, a lo largo de un calvero en el arbolado, y bordeando una acequia de regadío. Iba solo. De pronto, y sin darse cuenta, bajaron sus pupilas a la corriente y tuvo que hacerse él a un lado, despavorido. Otra vez asomóse alguien al espejo de las aguas. Prodióse al propio tiempo un rumor fugitivo entre los sauces que erguíanse a la vera del arroyo. Volvió Balta la cara en esa dirección y vió que entre los tupidos ramajes de trepadoras y malvarosas recobraban las hojas su natural posición que, al parecer, acababa de romper y alterar una fuga atropellada y volátil, como de astuto y bárbaro mamífero asustado, o de ágil y certera braza da de alguien que huye. Balta dió gritos de alerta:

—Quién va!... Guarda, sin vergüenza!...

Y persiguió a su presa, decidido. Mas todo fué en vano. Vagó en toda la vecindad; escudriñó las copas de los árboles, detrás de las piedras, bajo las compuertas, sin resultado.

Era la tercera vez que sorprendía aquella presencia aleve y desconocida. Tampoco dió noticias de esta nueva aventura a su mujer, aunque un instante sus cavilaciones atreviéronse—, con esa maldita libertad del pensamiento!— a suponer cosas horribles y ofensivas para ella; o quizá, por eso mismo no la refería nada, y seguía con rigurosa discreción la pista de cuanto pudiera sobrevenir a sus sospechas...

Con el decurso de los días mostrábase Balta más taciturno y sombrío. Tenía de vez en cuando largos recogimientos, en que se ponía **abstraído** y como sonámbulo, o solía alejarse de la casa a solas, sin que se supiese a donde iba ni a qué iba. Cambiaba notablemente de modo de ser **aquel** cholo. Con su mujer empezó a conducirse de muy distinta manera que antes, teniendo para ella inusitados arranques de pasión exaltada y dolorosa. Un día la dijo:

—Oye ven. Siéntate aquí.

Sentáronse ambos en el poyo de la puerta que da al cerco del camino. La dió un beso despavorido, y con angustia sin causa suspiró:

—Si ya no me quisieras un día, Adelaida...

Guardó silencio ella, inclinada. Nunca había sido desconfiado él; jamás la espina más leve de un posible olvido hirió su corazón! Fraternal ternura, fe religiosa y ciega, puro y cándido regazo los había unido siempre.

Adelaida penetró al patio, y Balta quedóse solo, en su mismo sitio, sumido en la meditación.

Había tomado una vaga aversión por los espejos. Balta los recordaba con informe y oscuro desagrado. Una noche se soñó en un paraje bastante extraño, llano y monótonamente azulado; veíase solo allí, poseído de un enorme terror ante su soledad, trataba de huir sin poderlo conseguir. En cualquier sentido que fuese, la superficie aquella continuaba. Era como un espejo inconmensurable, infinito, como un océano inmóvil, sin límites. En una claridad deslumbrante, de sol en pleno mediodía, sus náufragas pupilas apenas alcanzaban a encontrar por compañía única su sombra, una turbia sombra intermitente, la que moviéndose a compás de su cuerpo, ya aparecía enorme, ancha, larga; ya se achicaba, eludíase hasta hacerse una hebra impalpable, o ya se escurría totalmente, para volver a pasar a veces tras de sí, como un relámpago negro, jugando de esta suerte un juego de mofa despiadada que aumentaba su pavor hasta la desesperación... Cuando despertó, a los gritos de su mujer, estaban sus ojos arrasados en lágrimas.

—¿Qué has estado soñando? —le preguntó Adelaida, solícita e inquieta— Te has quejado mucho!

—Ha sido una pesadilla— murmuró él.

Y ambos callaron.

Lo extraño, como se verá, era que Balta no hacía partícipe de nada de estas incidencias a su mujer. Observaba con ella, en este respecto, el más hermético y cerrado silencio. Y de este modo desarrollábase en su espíritu, como una inmensa tenia escondida, una raíz nerviosa, cuya savia había ascendido desde la linfa estéril de un aciago cristal... ¿Por qué no la había noticiado todo, desde el primer instante, a su compañera? ¿Por qué, al contrario, junto a esta hebra torturadora, que no se sabe a dónde había de ir a ensartarse, encendíase un granate desconocido entre los brazos de su amor? ¿Por qué bajaba ese beso tempestuoso y tan cargado? ¿Por qué esa pasión exaltada y dolorosa nacía? La tragedia empezaba, pues, a apolillar, de tal manera, a ocultas, y capa a capa, de la médula para afuera, aquel duro y millenario alcanfor que hace de viga céntrica, suspenso de largo en largo, a modo de espina dorsal, en el techo del hogar...

Balta empezaba a sentir un recelo, quizá sin motivo, por su mujer, un recelo oscuro e inconsciente, del cual él no se daba cuenta. Ella tampoco se daba cuenta, aunque notaba que su marido cambiaba en sus relaciones con ella, de modo muy palpable.

—Vámonos ya al pueblo.— insinuóle Adelaida, a tiempo en que las faenas triptolémicas tocaban a su fin.

—Aun hay mucho que hacer.— respondió Balta misteriosamente.

Desde el domingo en que conversó con su amigo en la plaza, no había vuelto al pueblo. Cuantas veces se ofreció la necesidad de que lo hiciera por razones domésticas, negábase a ello, invocando diversos inconvenientes o pretextando cualquier futilidad. Parecía huir del bullicio y buscar más bien la soledad, sin duda ganoso de comprender a tan menguado perseguidor que, por lo visto, algo intentaba con él, y algo no muy bueno por cierto, ya que así lo asediaba, **vigilándole**, siguiéndole los pasos, para asegurarse acaso de él, de Balta, o para asestarle quién sabe con qué golpe... Pero también tenía miedo a la soledad de la casa del pueblo, a la sazón abandonada y desierta, con sus corredores que las gallinas y los conejos habrían excrementado y llenado de basura. Al pensar en ésto, evocaba, sin poderlo evitar, el pilar donde aun estaría el clavo vacante y viudo del espejo. Un torvo malestar le poseía entonces. La evasiva para ir a la aldea se producía rotunda e indeclinable.

Triste y siniestra expresión iba cobrando su semblante. En los días de Enero, en que caía aguacero o terribles granizadas, y cuando los campos negros y barbechados ya daban la sensación de gruesos paños fúnebres, estrujados, doblados en grandes pliegues caprichosos, o desgarrados y echados al viento, pábulo tormentoso adquirían sus inquietudes. Los chubascos, que duraban algunas horas, hacían numerosas charcas en el patio resquebrajado de la morada. Balta, si no había ido a las melgas, o si, a causa de la lluvia, veíase obligado a suspender el trabajo y a recogerse, permanecía sentado en uno de los poyos del corredor, cruzados los brazos, oyendo absortamente el zumbir de la tempestad y del viento sobre la pajiza techumbre que amenazaba entonces zozobrar. Allí solía estarse, hasta que sobreviniera alguna circunstancia que lo reclamase; tal, por ejemplo, para espantar a los puercos que, a causa del eléctrico fluído del aire, ozaban nerviosos el portillo del chiquero, rugiendo y haciendo un ruido ensordecedor. Los golpeaba él con un palo y afianzaba y guarnecía con nuevos cantos la entrada del corral; pero los animales no cedían y seguían rugiendo y empujando con rabia salvaje las piedras de la poterna. “Pero qué tienen estos animales del diablo!...” exclamaba Balta, poseído de una impresión de cólera y sutil inquietud de presagio.

El ronquido de la tempestad crecía, y como propinando largos rebencazos al cuerpo entero del viejo bohío, despertaba en todo él interminantes estremecimientos de zozobra y de terror, en que, era el chirrido fácil de una armella suelta, era la caída incierta de una teja deshecha por tenaz humedad; era aquella chorrera verticular que, siguiendo el sublime juego del aire enrarecido y ahogado, la densidad de la lluvia

de la que fugaba el ozono azorado, y los invisibles sesgos de la luz, adolorida, evacuaba, y, acentuando su curva aún más asombrosamente, disputaba de súbito otro cauce entre la paja del techo; era el golpe batido y familiar del batán, donde molía Adelaida para la merienda, todo detonaba en los nervios, y una vaga impresión funesta suscitaba en el ánimo. Tal un cerdo maltón, de rojizo cerdaje y grandes púas dorsales, que recién acababa de dejar la leche, por haberse perdido su madre no se sabe por dónde en las jalcas, se puso a gritar como loco, corriendo de aquí para allá, entre los demás. Balta le dió un pedrada, y el pobrecito bajó la voz, y así, de rato en rato, se estuvo quejando toda la tarde. ¡Oh la medrosa voz animal, cuando graves desdichas nos llegan!

Balta, sin saber por qué, tuvo miedo afuera y se fué a la cocina. Al cruzar el patio, lleno de charcas, vió temblar borrosa y corrediza una silueta sobre las aguas que danzaban bajo la tempestad. Cuando entró a la cocina lo hizo corriendo y como si lo persiguiesen... Adelaida molía en el batán. Empezaron a conversar entusiastamente. Parecía él querer aturdirse, y le habló a su mujer muy de cerca sobre el invierno que recrudecía y sobre otras bagatelas. De nuevo Adelaida le dijo que era tiempo de regresar al pueblo, y otra vez él repitió:

—Aun hay mucho que hacer!... Nos iremos en Febrero.

Don José, el viejo alpartidario, y sus dos hijos llegaron completamente mojados. Con ellos vino, todo molido y lloroso, Santiago el hermanito de Adelaida. De uno de sus pies cubiertos de barro manaba una sangre clara, en que había el inocente cármín espontáneo de las tibias granadas de los temples.

## V

Algunos días después, inopinadamente, Balta se fué al pueblo. Se fué solo y directamente a la casa. Penetró al zaguán. Un revuelo espeso y de fuga reventó adentro. Sobre el tejado de enfrente posáronse varias palomas y tórtolas silvestres, de tornasolados cuellos, y asustadas agitáronse aguaitando con sus ardientes ojos amarillos, en todas direcciones. Un conejo tordillo y zahareño no supo por donde meterse; peleó con otro, gordo y rufo, y, gritando, se atunelaron ambos por entre los nidos de las gallinas. Balta se sintió sacudido de un calofrío de inmensa orfandad; y, echando de ver las paredes tan pronto entelarañadas aun más abajo de las soleras; las hendiduras que los pájaros prac-

ticaron entre los adobes; las puertas cerradas con candado, el huerto marchito y difunto, sólo salpicado de unas que otras flores tardías de azafrán, rescostóse en el umbral de la puerta de la sala, como guareciéndose, y un llanto que él no pudo contener bañó sus mejillas ¿Por qué, pues, lloraba así? ¿Por qué?... Luego tuvo un acceso de imprevista serenidad. Siguió al dormitorio, lo abrió y penetró a grandes pasos. Volvió a salir, y aclaróse tosiendo el pecho, del que salió entonces uno como restallido de madera que corre, tropieza, trota y se arrastra sobre la punta de un clavo inmóvil e inexorable. Traía el espejo en una mano. Como quien no hace nada, se vió en el cristal un segundo, pero apenas un segundo de tiempo, y, apartándolo, se quedó tieso como si fuera de palo. ¿Qué vió? La imagen desconocida? No vió más que la suya? Miró a todas partes con modo tranquilo y amplio: miró hacia la huerta, imperturbable, seguro, iluminado.

Esta vez Balta pareció no sobresaltarse: mejor dicho, pareció sobresaltarse demasiado, mucho, en exceso. En aquel instante insólito, no creyó haber visto a ningún extraño a su espalda, a sus flancos, como en anteriores ocasiones. Era su propia imagen la que él veía ahora, su imagen y no otra. Pero tuvo la sensación inexplicable y absurda de que el diseño de su persona en el cristal operó en ese brevísimo tiempo una serie de vibraciones y movimientos faciales, planos, sombras, caídas de luz, afluencia de ánimo, líneas, avatares térmicos, armonías imprecisas, corrientes internas y sanguíneas y juegos de conciencia tales, que no se habían dado en su ser original ¡Desviación monstruosa, increíble, fenomenal! Desdoblamiento o duplicación extraordinaria y fantástica, morbosa acaso, de la sensibilidad salvaje, plena de prístinos poros receptivos de aquel cholo, en quien, aquel día bárbaro de altura y de revelación, la línea horizontal que iba desde el punto de intersección de sus dos cejas, desde el vértice del ángulo que forman ambos ojos en la visión, hasta el eje de lo invisible y desconocido, se rajó de largo a largo, y una de esas mitades separándose fué de la otra, por una fuerza enigmática pero real, hasta erguirse perpendicularmente a la anterior, echarse atrás, como si alcanzase la más alta soberanía y adquiriese voz de mando, caer por último a sus espaldas, empalmarse a la horizontalidad de la otra mitad, y formar con ella, como un radio con otro, un nuevo diámetro de humana sabiduría, sobre el eterno misterio del tiempo y del espacio....

A su predio tornó Balta esa misma noche. Una vez en su lecho, se sintió acometido de angustioso frenesí, y un insomnio poblado de sombras y de febril alarma goteó toda la noche sobre sus almohadas y sobre su corazón. Por momentos amodorrábase y oscurecía todo su

ser, y por momentos cavilaba con gran lucidez. Reflexionaba. En medio del silencio de la noche, desabarquillaba fibra a fibra recuerdos de lugares, fechas, acontecimientos e imágenes, deduciendo relaciones, atando cabos sobre su posición actual en la vida. Acordábase de que él era huérfano de padre y madre, y que, salvo una hermana que tenía en una hacienda remota, la única sangre suya estaba toda contenida en él y nada más. Luego pasaba su pensamiento a su mujer, y por inextricable asociación de ideas, al espejo. Repesaba entonces sus cuitas y sobresaltos por la idea de que alguien le seguía los pasos. Se hacía mil interrogaciones sobre si estaba o no seguro de lo del espejo. Quería fijar bien los contornos de la imagen que veía en el cristal. Esforzábase a ello, sin conseguirlo; más, si lo hubiera conseguido, se habría tapado los ojos de la imaginación y habría tenido horror. Recordó entonces, vagamente lo que le dijo el amigo, el domingo, en la plaza: "...cosas y personas que yo quiero atrapar con el pensamiento, pero que pasan y se deshacen apenas aparecen". Después recordaba otras cosas. Cuando era aún maltón tenía reuniones nocturnas con numerosos muchachos, entre los que habían algunos pertenecientes a principales familias del pueblo, y otros que volvían ya del Colegio, muy leídos y cultos. Referíanse entonces, a la recíproca, narraciones fantásticas y sucedidos increíbles. Uno de ellos dijo cierta noche: "A mí me pasó una vez una cosa horrorosa. Hallábase tendido, cara arriba, sobre mi cama, a eso de la hora de oración. Meditaba yo a solas, y de improviso advertí que mis pies retirábanse y se alejaban sin fin. Advertíme el cuerpo estirado y crecido gigantescamente, y, lleno de miedo y de espanto, quise pararme; no podía, pues que chocaría con el techo. Empecé a gritar aterrado. Alguien acertó a ir por allí y acudió..." Balta, confundido y exhausto, golpeó la sien contra el lecho y cambió de posición en las almohadas.

Su mujer reposaba a su lado, tranquila. La vieja Antuca, su suegra, que dormía en la misma pobre habitación, pareció conturbarse; balbuceó no sé qué palabras incomprensibles entre sueños, y luego lanzó algunos alaridos, como si le hiciesen doler una herida invisible y profunda. Balta se quedó adormecido.

Al día siguiente había en su semblante una sombra aun más ensimismada y más hosca. Vió a su mujer y sus ojos despidieron un resplandor extraño.

Temprano se ausentó a solas, sin haber cruzado palabra alguna con nadie. ¿Por qué, pues, se iba así? ¿Por qué ese inmotivado recelo para su pobre mujer? Buscaba la soledad Balta, cada día con mayor obstinación.

—¿Qué tienes Balta? —llegó a interrogarle Adelaida.— ¿Qué te pasa, que estás así? No quieres que nos vayamos. El invierno me da miedo. Balta., Vámonos, por Dios! ¡Vámonos! Bueno?...

Ella le dijo esto, asióse del brazo viril y recostó la sien suavemente rendida sobre el hombre de su marido.

Hizo él una mueca de fastidio:

—Te he dicho que nó.

Dos lágrimas asomaron azoradas y tímidas a los ojos de ella, al mismo tiempo que la faz taciturna y huraña de Balta tuvo una violenta expresión amenazadora.

Adelaida solía ir con su hermanito uno que otro día al pueblo, por ver los animales de la casa. A cada retorno suyo al campo, en el marido subía la opresión interior y subía el recelo para con ella. Ya este recelo de inconsciente y oscuro qué fué en un principio, tornóse consciente y claro ante los ojos de Balta. Esto aconteció un día en que alejóse él de la cabaña sin rumbo, a través de los arados predios, por las planicies de mustias sarracas andinas y por los peñascales encrespados y mudos.

Caminó incansablemente. Era de mañana y, aunque no llovía, el cielo estaba cargado y sin sol. Era una mañana gris, de ésas preñadas de electricidad y de hórrido presagio que palpitan en todo tiempo sobre las tristes y rocallosas jalcas peruanas, las que parecen recogerse y apostarse unas al lado de otras, a esperar insospechados acontecimientos en las alturas; ciclópeos y dolorosos alumbramientos de la Naturaleza.

Balta iba paso a paso, y luego de haber andado largas horas por las vertientes más elevadas, se detuvo al fin junto a un montículo herboso. Subió a un gran risco, esbelto, pelado y tallado como un formidable monolito. Subió hasta la cúspide. Ahí se sentó, en el mismo borde del peñasco. Sus piernas colgaban sobre el abismo. A sus pies, en una espantosa profundidad, se distinguía un aprisco abandonado, al nivel de las sementeras sumergidas. Ahí se sentó Balta. Contempló con límpida mirada distraída e infantil toda la extensión circundante, hasta los horizontes abruptos y los nevados partidos en las nubes. Inclínose un poco y escrutó las tierras fragorosas que a sus plantas quedaban como arredradas y sumisas. Amenazó caer lluvia y una ráfaga de chirapa y ventarrón azotó un momento los cerros. Balta tuvo un ligero calofrío, y la cerrazón mugió y se perdió entre los próximos pajonales.

Una calofriante desolación, acerba y tenaz, coagulóse en las pupilas enfermas del cholo. Permaneció de este modo, embargado en honda meditación, por espacio de algunos minutos. Reflexionaba sobre cosas incoherentes que en azorado revoloteo cruzaban por su mente ado-

lorida. La imagen de su mujer surgió en su memoria y sintió entonces por ella un vago fastidio. Pero ¿por qué? No se lo explicaría él mismo. Sí. La tuvo fastidio y una pasión extraña y dolorosa, ese azaroso amor que lo alejaba de ella y le hacía buscar la soledad con irrevocable ahinco. Preguntaba a su propia conciencia: ¿Me ama Adelaida? ¿No quiere ella a otro, quién sabe? A otro... Balta se quedó abstraído y cabizbajo, mirando hacia el abismo escarpado. A otro... Balta seguía cavilando. Su pensamiento volaba. Unos celos sutiles, como frioleros y acerados picos, sacaron la cabeza y se arrebujaron en sus entrañas, con furtivo y azogado gusaneo montaraz....

El silencio de la mañana era absoluto. Balta sacudió la cabeza y empezó a rascar con la uña una salpicadura de barro en su leonado pantalón de cordellate. Pero, inmediatamente, cayó de nuevo en el mismo tema: su mujer. "No quiere ella a otro, quién sabe?..." A otro... Su pensamiento, al llegar a este punto, se caía, se ahogaba. Tal un remanso que de súbito se quebranta y se rompe en una pendiente. ¿Podía su mujer amar a otro? Otra vez sacudió la frente. Había hecho desaparecer la mancha de barro de su vestido. Púsose de pie, y estuvo así, inmóvil, un instante. El aire empezaba a agitarse con violencia y quiso arrebatarle el amplio sombrero de palma. Lo aseguró bien, y, como si no quisiera alejarse más de allí o estuviese atado a aquel pináculo, volvió a sentarse en el filo de la roca. Ahora se puso a pensar en lo bella y dulce que era Adelaida y en que él era, en cambio, tan poco parecido... Volvió a mirar el acantilado de la cordillera y se le trastornó la cabeza. Con la velocidad del rayo, cruzó por su cerebro la fugitiva idea, sutil, imprecisa, de un ser vivo, real, de carne y hueso, innegable, a cuya existencia pertenecía la imagen del cristal. Alguien es, indudablemente. Alguien debía ser. Balta demudóse y vaciló. Creyó sentir en el aire una presencia material oculta, de una persona que le estaba viendo y oyendo cuanto él hacía y meditaba en aquel instante. Creyó percibir su aliento y, aún más, una palabra suelta, teñida en voz baja, muy bajita, que se escabulló rápidamente. Balta la buscó con las narices y los ojos y los oídos por entre las rugosas depresiones de la peña. Tenía encendidas las mejillas y los ojos inyectados de sospecha y de cólera. El viento volvió a soplar formidable y amenazador. Iba a llover.

Sí. Alguien le seguía. Alguien que así esbozaba y denunciaba, a su pesar, su presencia, en rumor volandero; en imagen fugaz, en roce taimado, en impune esquinazo de piel... Balta hizo un agudo mohín de furiosa indignación. Estiró el cuello, en ademán de escuchar hacia arriba, perplejo, arrobado, como hacen las aves asustadas, cuando pasa por



lo alto un vuelo tempestuoso de águila, cóndor o gallinazo fúnebre. El cielo estaba negro y muy bajo. Sí. Alguien le seguía. Un bribón desconocido o un amigo bromista. Balta sintióse burlado. "A lo mejor —se dijo— alguien está jugando conmigo..." Y se indignó más todavía. Acordóse de la tarde de Junio, en que por primera vez sorprendió al intruso, con el auxilio del espejo, en el corredor de la casa del pueblo. Recordó también que cierto caballero de la aldea, a quien traicionaba su mujer, sorprendió al traidor precisamente por un juego de espejos que una feliz coincidencia puso ante sus ojos. Otra vez pasó su pensamiento a Adelaida. Y pensó: ¿cómo era que ella no se hubiera percibido en ninguna ocasión de la presencia de aquel sabueso? Adelaida ama al otro! Al del espejo! Sí! Oh cruel revelación! Oh tremenda certidumbre!...

Caía el granizo. Un pastorcillo fué a guarecerse con unas dos ovejas en el redil abandonado, y hacía reventar en las costillas del viento su honda. Dió unos gritos melancólicos en el abismo, donde las herbosas quebradas rezumaban ya, y a sus gritos respondió el sereno peñasco majestuoso con el eco cavernoso y de encanto de la inconciencia inorgánica; eco invisible y opaco y recocado, conque responde la dura piedra soberana a la cruda voz del Hombre; manera de espejo sonoro, en cuyo fondo impassible está escondida la simiente misteriosa e in-marchita de inesperadas imágenes y luces imprevistas... Acaso aquí habría hallado también Balta la propia resonancia, retorcida y escabrosa, la desconocida imagen que, ya en el espejo, ya en el manantial o en las corrientes, le acechaba y relampagueaba ante sus ojos estupefactos y salvajes.

La tragedia aquel día abandonó la médula del alcanfor milenario, que hace de viga central en el hogar, y, al morder el primer vaso capilar de los círculos internos de la zona de la madera, tropezó de pronto, con un viejo parásito miserable que aun sobrevivía a la época sensible del árbol; le quiso despreciar la tragedia, y ya iba a internarse en el fibroso bosque, cuando el aire empezó a agitarse con violencia y quiso arrebatarse el amplio sombrero de palma de Balta sobre la roca. La tragedia enmendóse, y a viva fuerza echó a sus lomos el intruso.

Hasta entonces la mujer del cholo no había percibido nada de este espectáculo misterioso que se operaba sobre ella y su cariño. Su agreste e ingenua sensibilidad apenas había notado sólo el aspecto exterior de cuanto venía desarrollándose en torno de ambos. Sabía que Balta no era el mismo de antes para con ella, y, a lo más, que habiase tornado raño y neurasténico. Pero nada más. Ella no sabía el porqué de todo esto. Cuando quería saberlo, a costa de un examen más o menos detenido y hondo, o de una observación asidua y constante sobre su marido, fallaban sus fuerzas de investigación, y todo razonamiento volvía atrás, impotente y pequeño para tamaña empresa. Adelaida apenas había tenido tiempo para aprender a leer y escribir, y su espíritu hallábase todavía más intacto y en bruto que el de Balta. Por otro lado, sentía por él un religioso respeto, y en general no se habría atrevido a exigirle en ningún momento una confesión, o arrancarle una punta siquiera del hilo en que los dos estaban enredándose de modo irremediable y fatal.

Cuando volvió Balta de su largo y solitario peregrinaje por los páramos, agonizaba la tarde y bajaba una granizada furiosa. Las centellas y los truenos sucedíanse en alternativa desordenada y vertiginosa.

Adelaida, que había vuelto ya del pueblo, esperaba a su marido, ansiosa y presa de inconsolable zozobra.

—¿Dónde te has ido, por Dios?— exclamó ella, en un apasionado raptó de alegría, saliendo a su encuentro hasta el patio.

Balta entró cogitabundo y sombrío, sin responder, las manos atrás, una sobre otra.

Adelaida estaba más pálida y extenuada por la maternidad, cuya luz, comprimida en sus entrañas jóvenes, florecería muy pronto a la luz grande del sol. Su dulce melancolía penserosa, en la que una gracia de alba caía y lloraba, dibujábase, cada día más densa y más frágil y temprana, en su gracioso rostro que el viento y la intemperie requemaban.

Inquirióle ella, como si fuese su hijo, asida a un brazo de él:

—¿Has estado en la toma?

Balta permanecía mudo. Parecía evitar de mirarla. Al fin la apartó colérico:

—¡Déjame, mujer!

Y penetró siniestramente al cuarto.

Adelaida, con su abnegación y paciencia de mujer, insistió y le siguió.

—Pero por Dios, Balta! ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Y añadió en un tierno puchero que sangraba:

—¿Qué he hecho yo para que así me *trate* y me *bote*?...

Adelaida, parándose en medio del cuarto que la tempestad colmaba de una compacta oscuridad, lanzó un gemido:

—¡Ay, Dios mío!...

El llanto la ahogó. Inclino su morena cabeza exangüe, y, con desolada amargura, sollozó, sollozó mucho, enjugándose con el revés de su largo traje plomo, como hacen las dulces mujeres de las sierras dolientes del Perú.

—Me *bota* de ese modo!... susurraba ella, y el dolor inflaba sus senos, los alzaba a gran altura y los dejaba caer y otra vez los levantaba.

¡Cómo lloran las mujeres de la sierra! ¡Cómo lloran las mujeres enamoradas, cuando cae el granizo y cuando el amor cae! ¡Cómo toman un pliegue de la francla, descolorida y desgarrada en el diario quehacer doméstico, y en él recogen las calientes gotas de su dolor, y en él las ven largo rato, las restregan, como probando su pureza, mientras percuten los truenos, de tarde, cuando el amor infla sus pezones, que sazónara el polen del dulce, americano capulí; los alza a gran altura y los deja caer y otra vez los levanta!

El pequeño Santiago asomó a la puerta del cuarto, estiro el desnudo cuello y escudriño a hurtadillas hacia adentro. Balta habíase sentado en el borde de la cama, en un rincón, una pierna en flexión sobre un banco, acodado en ella, la mano a la mejilla, mirando al suelo, taciturno, callado.

—Qué he hecho yo! Me *bota*! Me *bota* de ese modo!

Murmuraba Adelaida sus lamentos y sus quejas, y, al hacerlo, no se dirigía a su marido. Decía:

—Me *bota* de ese modo!

Tal se quejan las mujeres de las sierras cuando se quejan del hombre a quien aman. Creyérase que entre ambos, cuando el dolor arrecia y arrecian los vientos contra los peñascos eternos, hay un tercer corazón invisible, el cual se patentiza entonces ante sus almas y preside sus destinos. A ese corazón se dirigía ella ahora, de pie, entre las tinieblas de la tarde, recogiendo sus lágrimas entre los pliegues de su falda sencilla y estropeada.

El patio parecía cubierto de granizo. Un rayo cayó muy cerca y su relámpago abrasó de violáceo fuego la estancia.

Santiago, observaba, extrañado. Niño, con sus ocho años, él no se daba cuenta de aquel infortunio. Supo si que adentro se lloraba, y se callaba más adentro aún. Su corazón empezó a encogerse y tuvo ga-

nas de llorar. Viendo padecer a su hermana, le dolió el alma. ¿Quién la hacía padecer? ¿Qué la habían quitado? ¿Qué cosa se le negaba? ¡Dénsela! ¡No sean malos! ¡Devuélvanle sus cosas! ¿No las encuentran? —Búsquenselas ¡—No la hagan llorar!... Santiago sintió que se le anudaba la garganta y se echó a llorar en silencio. No se atrevía a más. Sabía, de manera oscura, que en ese momento su hermana debería de sentirse esclava de indoblegable yugo, el cual, al mismo tiempo que la golpeaba, no la dejaba huir. Pensaba él, debería correr Adelaida. Un instante accionó con uno de los brazos de varias maneras, tratando de llamar la atención de Adelaida. Levantaba el brazo estirándolo cuanto podía, lo ponía en cruz, lo hacía rehilete, agitaba los dedos con impaciencia, atenaceado por un vehemente y álgido anhelo de que ella volviese los ojos a él, sin que su marido se vaya a dar cuenta, eso sí. Tonta! Cómo se fijara en él, siquiera un segundo. Danzaba de aguda impaciencia. Empezó a hacer señas:

—Escápate! —daba a entender con sus ademanes de consejo.— No seas zonza. Escápate de puntillas... apenas él se descuide. Sí: Sí puedes. De puntillas... Escápate... No hay más que un paso al corredor... Si fuese más lejos... Pero, de un salto... salvada! Apúrate nomás. Nadie te está viendo... Pronto...

Pero así son las cosas. Adelaida no se fijó en su hermanito. Pobre hermana! Si se hubiese dado cuenta de cuanto le advirtió Santiago... Pero así son las cosas. Ella, desgraciadamente, no lo vió.

—Yo no sé que le *pasa!* —seguía sollozando Adelaida.— Hace ya tiempo que *está* así conmigo!

Otra vez morían sus palabras en apasionado lloro.

Santiago, de pronto, secó sus lágrimas con el dorso de la leñosa muñeca y con el extremo de su manga desgarrada. No habiendo sido advertido aún por Balta, se irguió ahora en un perfecto ademán adulto y tosió. No podía soportar. Acercóse ruidosamente más al quicio. Dijo, como quien no sabe nada de lo que ocurre:

—¿Qué haces, Adelaida? ¿Buscas tu rueca? Yo no la he visto desde el otro día...

Nadie hizo caso al arrapiezo.

—¡No ha llegado todavía don Balta? ¡Pobrecito! Si lo habrá agarrado el aguacero...

Como Adelaida no le respondiese y tratase más bien de ocultarle el rostro entre los pliegues de su traje, Santiago volvió a toser con mayor energía y estuvo limpiándose los pies de barro en la madera de la puerta, tratando de hacer notar su presencia por Balta. Arrojaba entonces sobre el pavimento del cuarto, una sombra larga y gigantesca,

mucho más grande que la de un hombre. La noche descendía muy negra.

Santiago iba engallándose y creciendo en rabia. Ahora sabía, de manera oscura también, que cualquiera que fuese aquel yugo, para él vago y desconocido, que oprimía y ligaba así a su hermana, había que echarlo abajo. Un nervioso coraje, de niño que se sugestiona en contra de un fantasma o en contra de una fuerza misteriosa y superior, le hizo parapetarse en el umbral, trémulo de una íntima fruición fraternal. Temblaba. Se puso a rayar con la uña el magüey del quicio. ¿Qué cosa? ¿A su hermana? ¿Qué cosa? ¿Quién? ¿Quién?....

Después se sentó en el poyo, siempre atisbando hacia adentro. Poco a poco el silencio se hizo completo en la casa. Santiago se quedó dormido.

Al despertar, se asustó ¿Dónde estarían ellos? Llamó. Nada. Había una oscuridad espeluznante.

—Me han dejado —se dijo en voz alta.— Adelaida!...

Paró el oído y sólo a intervalos oía, por el lado de la zahurda, el gruñido de algún cerdo maltratado por los otros. No se movió de su sitio Santiago. Estaba con el cuerpo helado. Empezó a poseerle un terror infinito. Recordaba a su hermana bañada en lágrimas, a su marido colérico, estúpido.... ¿Cómo se quedó dormido? El frío, el reposo mortuorio de la noche, la soledad de la casa, la inquietante ausencia de la hermanita querida... Hacía esfuerzos para no soltar el llanto, pues que si lloraba experimentaría más miedo y su desesperación ya no tendría límites.

Hizo un esfuerzo de valor y tentó la puerta del cuarto. La halló abierta de par en par. Volvió a llamar. No le contestó ni el más leve rumor o seña de vida!

—Adelaaaaaaida... Adelaidiiiiiiitaaa...

Un calofrío glacial recorría su epidermis, de cabeza a pies. Un ruido producido muy cerca de él le hizo dar un salto. Fué un terrón que cayó de la tapia. Santiago se bañó de un sudor frío. Empezaban a distinguir sus pupilas, aguzadas por la desesperación, aquí y allá, sombras, bultos que se agitaban y poblaban en cerrada muchedumbre los corredores y el patio. Hasta el cielo aparecía completamente negro. Pronto empezaría a llover.

Le pareció que a veces deslizábanse a lo largo del muro que daba al cerco del camino, rozándolo y produciendo un rumor atropellado de trajes y ponchos inmensos, cortejos intermitentes y misteriosos. ¿No habría quizá venido del pueblo su madre?

Sonaron unos pasos lentos y duros. Santiago se volvió a todos lados, tratando de escrutar las tinieblas frías y mudas, y musitó, sin saber lo que decía, presa de indescriptible sensación de pavor:

—¡Quién!... ¿Qué cosa?...

Los pasos se aclararon. Era un jumento errabundo y abandonado, sin duda, a campo libre.

Santiago sentóse, tranquilizado, otra vez en el poyo. A poco rato dormía el pequeño un sueño sobresaltado y doloroso.

Sobre el techo graznó toda la noche un buho. Hasta hubieron dos de tales avechuchos. Pelearon entre ambos muchas veces, en enigmática disputa. Uno de ellos se fué, y no volvió.

## V I I

Obsesionado Balta por los celos, aquella noche injurió a su mujer, la acuchilló a denuestos, y, poseído del más sincero y recóndito dolor, la decía:

—Está bien. Está bien. Pero tú has muerto ya para mí!

Adelaida intentó en un principio persuadirle de que sus cargos eran infundados.

El marido, exacerbado, gruñía sus imprecaciones en alta voz, acusando, acechándola a miradas, llorando, sangrando a pedazos ¡Qué la había hecho él! ¡Por qué le pagaba así! En la vida él no amó a nadie, sino a ella sola. No fué jamás un mal hombre, un vicioso, un holgazán. No. Fuera de su hermana, tantos años ausente, sólo Adelaida. ¡Sólo Adelaida en el mundo! ¿Quién la obligó para irse con él? Al formular esta pregunta, Balta empleaba un timbre de adoración infinita por su mujer. Asomaban en esa interrogación elástica, cérica, de una sublime trascendencia dramática, perdones, piedades, misericordias supremas. ¿Quién la obligó para seguirle? No. No le había amado jamás. ¡Adelaida mala! ¡Adelaida! ¿Por que, mejor, no quisiste al otro desde un principio, antes que a él? Imaginándose Balta lejos y extraño a ella en el mundo y por toda la vida, la amaba con una ternura aún más grande y más pura. La amaba entonces mucho. Ahora mismo que la veía sufrir acudiría a consolarla y tranquilizarla y a prestarla refugio y amparo. Si, la ampararía. ¿Por qué se la hacía sufrir? ¡Tan buena! ¡Pobrecita! La ampararía. Y consternado en sus fibras, más delicadas y sensibles y diáfanas, Balta lloraba y tenía la impresión perfec-

ta y real de estarla escudando, de estarla procurando bálsamo, de estarla haciendo el bien. Mas, luego salvaba todo ese orbe de hipótesis sentimentales, volvía a su dolor actual y lloraba y se astillaba el alma a pedazos, a grandes pedazos.

Adelaida fué acercándose a él.

—Oye Balta, por Dios!

—Déjame! Déjame!

Ella arrodillóse prosternada ante el marido, y se puso a gemir con desgarradora lástima de amor, inclinado el moreno rostro atribulado, vencida, suave, humilde, nazarena, dulce, aromada de dolor, diluida ella entera y en el varón absorbida, en un místico espasmo femenino.

—Déjame.

Balta agregaba, llorando a su vez:

—¡Tú has muerto ya para mí!

Aquella misma noche la llevó al pueblo. A través de los defileros y las abras cenagosas, cortando las tinieblas y la oscuridad, se fueron.

Ya en la casa del pueblo, Balta la hizo vestir de luto riguroso; y él hizo igual cosa. Obedecía ella, llora y llora. Una luz fría y anaranjada de esperma iluminaba y tocaba de aciaga pesadumbre los blancos muros repellados, los objetos, el ladrillamen de la estancia. Fuera quedaba la noche negra y desierta.

Cuando hubo acabado ella de vestirse de negro, la tragedia también acababa de volver a las internas capas de madera de la viga del hogar; volvía de arañar a deshora unos restos olvidados de corteza de aquel alcanfor secular; vagó por tales incisiones y, siempre con el viejo parásito miserable a cuestas, tornó y ocupó su lugar, destino en mano, dale y dale.

Tras una noche llena de implacables suplicios morales para ambos, Balta, irritados los nervios por la vigilia y los pesares, transido, cárdeno de incurable desventura, con el amanecer, volvió al campo, abandonando a Adelaida en la morada de la aldea. Ella permanecía dormida y entulada sobre el lecho.

Llegó Balta a la cabaña y la volvió a abandonar, para ir a errar allende los páramos. Sin darse cuenta, advirtiéndose de pronto en el mismo montículo herboso que está al pie de la cresta calva, esbelta y tallada, donde la mañana anterior estuvo sentado, las piernas colgando sobre el abismo.

Hacía buen tiempo ahora. Un sol caluroso y dorado esparcía su flama sobre los nacientes brotes de los terrosos sembríos, y el cielo despejábese de momento en momento. El rocío brillaba entre las primeras.

brizas, y cuando Balta subió a la cima, revolaban a su alrededor algunas ledras que se le pegaron de los follajes del tránsito, y tenía empapado el pantalón hasta más arriba de la rodilla. Aquella ropa encharcada empezó a despedir un vaho tibio e inocente.

Balta, sentado en el filo de la roca, miraba todo esto como en una pintura. De su cerebro dispersábanse tumefactas y veladas figuras de pesadilla, bocetos alucinantes y dolorosos. Contempló largamente el campo, el límpido cielo turquí, y experimentó un leve airecillo de gracia consoladora y un basto candor vegetal. Abrióse su pecho en un gran desahogo, y se sintió en paz y en olvido de todo, penetrado de un infinito espasmo de santidad primitiva.

Sentóse aún más al borde del elevado risco. El cielo quedó limpio y puro hasta los últimos confines. De súbito, alguien rozó por la espalda a Balta, hizo éste un brusco movimiento pavorido hacia adelante y su caída fué instantánea, horrorosa, espeluznante, hacia el abismo.

### V I I I

Por la tarde aquel mismo día, en la casa de la aldea, Adeláida, ignorante aun del espantoso fin de su marido, yacía en el lecho, descarnada y llorando.

Doña Antuca, sentada en el umbral del dormitorio, velaba el sueño del nieto, que acababa de nacer esa mañana. El niño, de vez en vez, sobresaltábase sin causa y berreaba dolorosamente.

Un cirio que ardía ante el ara empezó a chorrearse; su pábilo giraba a pausas y en círculo, chisporroteando, y cuando la mano trémula de la abuela fué a despavesarlo y a arreglarlo, hallólo mirando largamente a la puerta que permanecía entornada al corredor. Llorando salía por allí la triste lumbre religiosa, hincábase a duras penas en los fríos pañales del poniente y ganaba por fin hacia lo lejos.

Era el mes de Marzo y empezó a llover.



# ESCALAS MELOGRAFIADAS

# **ESCALAS**

**I**

**CUNEIFORMES**

**II**

**CORO DE VIENTOS**

**CUNEIFORMES**

## MURO NOROESTE

Penumbra.

El único compañero de celda que me queda ya ahora, se sienta a yantar, ante el hueco de la ventana lateral de nuestro calabozo, donde, lo mismo que en la ventanilla enrejada que hay en la mitad superior de la puerta de entrada, se refugia y florece la angustia anaranjada de la tarde.

Me vuelvo hacia él:

—¿Ya?

—Ya. Está usted servido— me responde sonriente.

Al mirarle el perfil de toro destacado sobre la plegada hoja lacre de la ventana abierta, tropiezo la mirada con una araña casi aérea, como trabajada en humazo, que emerge en absoluta inmovilidad en la madera, a medio metro de altura del testuz del hombre. El poniente lanza un largo destello bayo sobre la tranquila tejedora, como enfocándola. Ella ha tenido, sin duda, el tibio aliento solar, estira algunas de sus extremidades con dormida perezosa lentitud, y, luego, rompe a caminar a intermitentes pasos hacia abajo, hasta detenerse al nivel de la barba del individuo, de modo tal, que, mientras éste mastica, parece que se traga a la bestezuela.

Por fin termina el yantar, y, al propio tiempo, el animal flanquea corriendo hacia los goznes del mismo brazo de puerta, en el preciso momento en que ésta es entornada de golpe por el preso. Algo ha ocurrido. Me acerco, vuelvo a abrir la puerta, examino en todo el largo de las bisagras y doyme con el cuerpo de la pobre vagabunda, trizado y convertido en dispersos filamentos.

—Ha matado usted una araña— dígole con aparente entusiasmo al hechor.

—Sí? —me pregunta con indiferencia— Está muy bien; hay aquí un jardín zoológico terrible.

Y se pone a pasear, como si nada, a lo largo de la celda, extrañándose de entre los dientes, residuos de comida que escupe en abundancia.

La justicia! Vuelve esta idea a mi mente.

Yo sé que este hombre acaba de victimar a un ser anónimo, pero existente, real. Es el caso del otro, que, sin darse cuenta, puso al inocente camarada de presa del filo homicida. ¿No merecen, pues, ambos ser juzgados por estos hechos? ¿O no es del humano espíritu semejante resorte de justicia? ¿Cuándo es entonces el hombre juez del hombre?

El hombre que ignora a qué temperatura, con qué suficiencia acaba un algo y empieza otro algo; que ignora desde qué matiz el blanco ya es blanco y hasta dónde; que no sabe ni sabrá jamás qué hora empezamos a vivir, qué hora empezamos a morir, cuándo lloramos, cuándo reímos, dónde el sonido limita con la forma en los labios que dicen: yo.... no alcanzará, no puede alcanzar a saber hasta qué grado de verdad un hecho calificado de criminal ES criminal. El hombre que ignora a qué hora el 1 acaba de ser 1 y empieza a ser 2, que hasta dentro de la exactitud matemática carece de la inconquistable plenitud de la sabiduría ¿cómo podrá nunca alcanzar a fijar el sustantivo momento delincuente de un hecho, a través de una urdimbre de motivos de destino, dentro del gran engranaje de fuerzas que mueven a seres y cosas en frente de cosas y seres?

La justicia no es función humana. No puede serlo. La justicia opera tácitamente, más adentro de todos los adentros, de los tribunales y de las prisiones. La justicia ¡oído bien, hombres de todas las latitudes! se ejerce en subterránea armonía, al otro lado de los sentidos, de los columpios cerebrales y de los mercados. ¡Aguzad mejor el corazón! La justicia pasa por debajo de toda superficie y detrás de todas las espaldas. Prestad más sutiles oídos a su fatal redoble, y percibiréis su platillo vagoroso y único que, a poderío de amor, se plasma en dos; su platillo vago e incierto, como es incierto y vago el paso del delito mismo o de lo que se llama delito por los hombres.

La justicia sólo así es infalible: cuando no ve a través de los tintóreos espejuelos de los jueces; cuando no está escrita en los códigos; cuando no ha menester de cárceles ni guardias.

La justicia, pues, no se ejerce, no puede ejercerse por los hombres, ni a los ojos de los hombres.

Nadie es delincuente nunca. O todos somos delincuentes siempre.

## MURO ANTARTICO

El deseo nos inanta.

Ella, a mi lado, en la alcoba, carga y carga el circuito misterioso de mil en mil voltios por segundo. Hay una gota imponderable que corre y se encrespa y arde en todos mis vasos, pugnando por salir; que no está en ninguna parte y vibra, canta, llora y muge en mis cinco sentidos y en mi corazón; y que, por fin, afluye, como corriente eléctrica, a las puntas.....

De pronto me incorporo, salto sobre la mujer tumbada, que me franquea dulcemente su calurosa acogida, y luego.... una gota tibia que resbala por mi carne, me separa de mi hermana que se queda en el ambiente del sueño del cual despertó sobresaltado.

Sofocado, confundido, toriondas las sienas, agudamente el corazón me duele.

Dos... Tres... Cuáaaaaatroooooo!... Sólo las irritadas voces de los centinelas llegan hasta la tumbal oscuridad del calabozo. Poco después, el reloj de la catedral da las dos de la madrugada.

¿Por qué con mi hermana? ¿Por qué con ella, que a esta hora estará seguramente durmiendo en apacible e inocente sosiego? ¿Por qué, pues, precisamente con ella?

Me revuelvo en el lecho. Rebullen en la sombra perspectivas extrañas, borrosos fantasmas; oigo que empieza a llover.

¿Por qué con mi hermana? Creo que tengo fiebre. Sufro.

Ahora oigo mi propia respiración que choca, sube y baja rasguñando la almohada. ¿Es mi respiración? Un aliento cartilaginoso de invisible moribundo parece mezclarse a mi aliento, descolgándose acaso de un sistema pulmonar de Soles y trasegándose luego sudoroso en las primeras porosidades de la tierra.... ¿Y aquel anciano que de súbito de-

ja de clamar? ¿Qué va a hacer? Ah! Dirígete hacia un franciscano joven que se yergue, hincadas las rodillas imperiales en el fondo de un crepúsculo, como a los pies de ruinoso altar mayor; va a él, y arranca con airado ademán el manto de amplio corte cardenalicio que vestía el sacerdote..... Vuelvo la cara. ¡Ah inmenso palpitante cono de sombra, en cuyo lejano vértice nebuloso resplandece, último lindero, una mujer desnuda en carne viva!...

¡Oh mujer! Deja que nos amemos a toda totalidad. Deja que nos abracemos en todos los crisoles. Deja que nos lavemos en todas las tempestades. Deja que nos unamos en alma y cuerpo. Deja que nos amemos absolutamente, a toda muerte.

¡Oh carne de mis carnes y hueso de mis huesos! ¿Te acuerdas de aquellos deseos en botón, de aquellas ansias vendadas de nuestros ocho años? Acuérdate de aquella mañana vernal, de sol y salvajez de sierra, cuando, habiendo jugado tanto la noche anterior, y quedándonos dormidos los dos en un mismo lecho, despertamos abrazados, y, luego de advertirnos a solas, nos dimos un beso desnudo en todo el cogollo de nuestros labios vírgenes; acuérdate que allí nuestras carnes atrajéronse, restregándose duramente y a ciegas; y acuérdate también que ambos seguimos después siendo buenos y puros con pureza intangible de animales....

Uno mismo el cabo de nuestra partida; uno mismo el ecuador albino de nuestra travesía, tú adelante, yo más tarde. Ambos nos hemos querido ¿no recuerdas? cuando aun el minuto no se había hecho vida para nosotros; ambos luego en el mundo hemos venido a reconocernos como dos amantes después de oscura ausencia.

¡Oh Soberana! Lava tus pupilas verdaderas del polvo de los recodos del camino que las cubre y, cegándolas, tergiversa tus sesgos sustanciales. Y sube arriba, más arriba todavía! Sé toda la mujer, toda la cuerda! ¡Oh carne de mi carne y hueso de mis huesos!.... ¡Oh hermana mía, esposa mía, madre mía!....

Y me suelto a llorar hasta el alba.

—Buenos días señor alcaide....

## MURO ESTE

Esperaos. No atinó ahora cómo empezar. Esperaos. Ya. Apuntad aquí, donde apoyo la yema del dedo más largo de mi zurda. No retrocedáis, no tengáis miedo. Apuntad no más. Yá! Brrrum....

Muy bien. Se baña ahora el proyectil en las aguas de las cuatro bombas que acaban de estallar dentro de mi pecho. El rebufo me quema. De pronto la sed aciagamente ensahara mi garganta y me devora las entrañas.....

Mas he aquí que tres sonidos solos, bombardean a plena soberanía, los dos puertos con muelles de tres huesecillos que están siempre en un pelo ¡ay! de naufragar. Percibo esos sonidos trágicos y treses, bien distintamente, casi uno por uno.

El primero viene desde una rota y errante hebra del vello que decrece en la lengua de la noche.

El segundo sonido es un botón; está siempre revelándose, siempre en anunciación. Es un heraldo. Circula constantemente por una suave cadera de obvoe, como de la mano de una cáscara de huevo. Tal siempre está asomado, y no puede trasponer el último viento nunca. Pues él está empezando en todo tiempo. Es un sonido de entera humanidad.

Y el último. El último vigila a toda precisión, altopado al remate de todos los vasos comunicantes. En este último golpe de armonía, la sed desaparece; (ciérrase una de las ventanillas del acecho), cambia de valor en la sensación, es lo que no era, hasta alcanzar la llave contraria.



Y el proyectil que en la sangre de mi corazón destrozado.  
cantaba  
y hacía palmas,  
en vano ha forcejeado por darme la muerte.

—¿Y bien?

—Con ésta son dos veces que firmo, señor escribano. ¿Es por duplicado?

## MURO DOBLEANCHO

Uno de mis compañeros de celda, en esta noche calurosa, me cuenta la leyenda de su causa. Termina la abstrusa narración, se tiende sobre su sórdida tarima y tararea un yaraví.

Yo poseo ya la verdad de su conducta.

Este hombre es delincuente. A través de su máscara de inocencia, el criminal hase denunciado. Durante su jerigonza, mi alma le ha seguido, paso a paso, en la maniobra prohibida. Hemos entrambos festinado días y noches de holgazanería, enjaezada de arrogantes alcoholes, dentaduras carcajeantes, cordajes dolientes de guitarra, navajas en guardia, crápulas hasta el sudor y el hastío. Hemos disputado con la inerme compañera que llora para que ya no beba el marido y para que trabaje y gane los centavos para los pequeños, que para ella Dios verá..... Y luego, con las entrañas resacas y ávidas de alcohol, dimos cada madrugada el salto brutal a la calle, cerrando la puerta sobre los belfos mismos de la prole gemebunda.

Yo he sufrido con él también los fugaces llamados a la dignidad y la regeneración; he confrontado las dos caras de la medalla, he dudado y hasta he sentido crujir el talón que insinuaba la media vuelta. Alguna mañana tuvo pena el tabernario, pensó en ser formal y honrado; salió a buscar trabajo, luego tropezó con el amigo y de nuevo la bilis fué cortada. Al fin la necesidad le hizo robar. Y ahora, por lo que arroja ya su instrucción penal, no tardará la condena.

Este hombre es ladrón.

Pero es también asesino.

Una de aquellas noches de más crepitante embriaguez, ambuló a solas por cruentas encrucijadas del arrabal, y he aquí que sálele al paso, de modo casual, un viejo camarada obrero que a la sazón torna hones-

tamente de su labor, rumbo al descanso del hogar. Le toma por el brazo, le invita, le obliga a compartir de su aventura, a lo que el probo accede a su pesar.

Vadeando hasta diez codos de tierra, de madrugada vuelven a lo largo de negros callejones. El varón sin tacha le arresta al bebedor dip-tongos de alerta; le endereza por la cintura, le equilibra, le increpa sus heces vergonzante:

—Anda! Esto te gusta. Tú ya no tienes remedio.

Y de súbito estalla flamígera sentencia que emerge de la sombra:

—Aguántate!.....

Un asalto de anónimos cuchillos. Y errado el blanco del ataque, no va la hoja a rajar la carne de borracho, y al buen trabajador le toca por equívoco la puñalada mortal.

Este hombre es, pues, también un asesino. Pero los Tribunales, naturalmente, no sospechan, ni sospecharán jamás esta tercera mano del ladrón.

En tanto, él sigue ahora de pechos sobre su mosqueada tarima, tarareando su triste yaraví.

## ALFEIZAR

Estoy cárdeno. Mientras me peino, al espejo advierto que mis ojeras se han amoratado aún más, y que, sobre los angulosos cobres de mi rostro rasurado se ictericia la tez acerbadamente.

Estoy viejo. Me paso la toalla por la frente, y un rayado horizontal en resaltos de menudos pliegues, acentúase en ella, como pauta de una música fúnebre, implacable.... Estoy muerto.

Mi compañero de celda hasé levantado temprano y está preparando el té cargado que solemos tomar cada mañana, con el pan duro de un nuevo sol sin esperanza.

Nos sentamos después a la desnuda mesita, donde el desayuno humea melancólico, dentro de dos porcelanas sin plato. Y estas tazas a pie, blanquísimas ellas y tan limpias, este pan aún tibio sobre el breve y arrollado mantel de damasco, todo este aroma matinal y doméstico, me recuerda mi paterna casa, mi niñez santiaguina, aquellos desayunos de ocho y diez hermanos de mayor a menor, como los carrizos de una antara, entre ellos yo, el último de todos, parado junto a la mesa del comedor, engomado y chorreando el cabello que acababa de peinar a la fuerza una de las hermanitas; en la izquierda mano un bizcocho entero ¡había de ser entero! y con la derecha de rosadas falangitas, hurtando a escondidas el azúcar de granito en granito.....

¡Ay, el pequeño que así tomaba el azúcar a la buena madre, quien, luego de sorprenderle, se ponía a acariciarle, alisándole los repulgados golfos frontales:

—Pobrecito mi hijo. Algún día acaso no tendrá a quien hurtarle azúcar, cuando él sea grande, y haya muerto su madre.

Y acababa el primer yantar del día, con dos ardientes lágrimas de madre, que empapaban mis trenzas nazarenas.

*MURO OCCIDENTAL*

Aquella barba al nivel de la tercera moldura de plomo.

II

**CORÒ DE VIENTOS**

## MAS ALLA DE LA VIDA Y LA MUERTE

Jarales estadizos de julio; viento amarrado a cada peciolo manco del mucho grano que en él gravita. Lujuria muerta sobre lomas onfalóideas de la sierra estival. Espera. No ha de ser. Otra vez cantemos. ¡Oh qué dulce sueño!

Por allí mi caballo avanzaba. A los once años de ausencia, acercábame por fin aquel día a Santiago, mi aldea natal. El pobre irracional avanzaba, y yo, desde lo más entero de mi ser hasta mis dedos trabajados, pasando quizá por las mismas riendas asidas, por las orejas atentas del cuadrúpedo y volviendo por el golpeteo de los cascots que fingían danzar en el mismo sitio, en misterioso escarceo tanteador de la ruta y lo desconocido, lloraba por mi madre que muerta dos años antes, ya no habría de aguardar ahora el retorno del hijo descarriado y andariego. La comarca toda, el tiempo bueno, el color de cosechas de la tarde limón, y también alguna masada que por aquí reconocía mi alma, todo comenzaba a agitarme en nostálgicos éxtasis filiales, y casi podían ajárseme los labios para hozar el pezón eviterño, siempre lácteo de la madre; sí, siempre lácteo, hasta más allá de la muerte.

Con ella había pasado seguramente por allí de niño. Sí. En efecto. Pero nó. No fué conmigo que ella viajó por esos campos. Yo era entonces muy pequeño. Fué con mi padre, ¡cuántos años haría de ello! Ufff.... También fué en julio, cerca de la fiesta de Santiago. Padre y madre iban en sus cabalgaduras; él adelante. El camino real. De repente mi padre que acababa de esquivar un choque con repentino maguey de un meandro:

—Señora.... Cuidado!...

Y mi pobre madre ya no tuvo tiempo, y fué lanzada ¡ay! del arzón a las piedras del sendero. Tornáronla en camilla al pueblo. Yo llo-

raba mucho por mi madre, y no me decían qué la había pasado. Sanó. La noche del alba de la fiesta, ella estaba ya alegre y reía. No estaba ya en cama, y todo era muy bonito. Yo tampoco lloraba ya por mi madre.

Pero ahora lloraba más recordándola así, enferma, postrada, cuando me quería más y me hacía más cariño y también me daba más bizcochos de bajo de sus almohadones y del cajón del velador. Ahora lloraba más, acercándome a Santiago, donde ya sólo la hallaría muerta, sepulta bajo las mostazas maduras y rumorosas de un pobre cementerio.

Mi madre había fallecido hacía dos años a la sazón. La primera noticia de su muerte recibí en Lima, donde supe también que papá y mis hermanos habían emprendido viaje a una hacienda lejana de propiedad de un tío nuestro, a efecto de atenuar en lo posible el dolor por tan horrible pérdida. El fundo se hallaba en remotísima región de la montaña, al otro lado del río Marañón. De Santiago pasaría yo hacia allá, devorando inacabables senderos de escarpadas punas y de selvas ardientes y desconocidas.

Mi animal resopló de pronto. Cabillo molido vino en abundancia sobre ligero vientecillo, cegándome casi. Una parva de cebada. Y después perspectivóse Santiago, en su escabrosa meseta, con sus tejados retintos al sol ya horizontal. Y todavía, hacia el lado de oriente, sobre la linde de un promontorio amarillo brasii, se veía el panteón retallado a esa hora por la sexta tintura postmeridiana; y yo ya no podía más, y atroz congoja arrecióme sin consuelo.

A la aldea llegué con la noche. Doblé la última esquina, y, al entrar a la calle en que estaba mi casa, alcancé a ver a una persona sentada a solas en el poyo de la puerta. Estaba sola. Muy sola. Tanto, que, ahogando el duelo místico de mi alma, me dió miedo. También sería por la paz casi inerte con que, engomada por la media fuerza de la penumbra, adosábase su silueta al encalado paramento del muro. Particular revuelo de nervios secó mis lagrimales. Avancé. Saltó del poyo mi hermano mayor, Angel, y recibióme desvalido entre sus brazos. Pocos días hacía que había venido de la hacienda por causa de negocios.

Aquella noche, luego de una mesa frugal, hicimos vela hasta el alba. Visité las habitaciones, corredores y cuadras de la casa; y Angel, aún cuando hacía visibles esfuerzos para desviar éste afán mío por recorrer el amado y viejo caserón, parecía también gustar de semejante suplicio de quien va por los dominios alucinantes del pasado más mero de la vida.

Por sus pocos días de tránsito en Santiago, Angel habitaba ahora solo en casa, donde, según él, todo yacía tal como quedara a la muerte



de mamá. Referíame también como fueron los días de salud que precedieron a la mortal dolencia, y cómo su agonía. ¡Cuántas veces entonces el abrazo fraterno escarbó nuestras entrañas y removió nuevas gotas de ternura congelada y de lloro!

—¡Ah, esta depensa, donde le pedía pan a mamá, lloriqueando de engaños!— Y abrí una pequeña puerta de sencillos paneles desvencijados.

Como en todas las rústicas construcciones de la sierra peruana, en las que a cada puerta únese casi siempre un poyo, cabe el umbral de la que acababa yo de franquear, hallábase recostado uno, el mismo inmemorial de mi niñez, sin duda, relleno y enlucido incontables veces. Abierta la humilde portezuela, en él nos sentamos, y allí también pusimos la linterna ojitraste que portábamos. La lumbre de ésta fué a golpear de lleno el rostro de Angel, que extenuábase de momento en momento, conforme trascurría la noche y reverdecíamos más la herida, hasta parecerme a veces casi transparente. Al advertirle así en tal instante, le acaricié y colmé de ósculos sus barbas y severas mejillas que volvieron a empaparse de lágrimas.

Una centella, de esas que vienen de lejos, ya sin trueno, en época de verano en la sierra, le vació las entrañas a la noche. Volví restregándome los párpados a Angel. Y ni él ni la linterna, ni el poyo, ni nada estaba allí. Tampoco oí ya nada. Sentíme como ausente de todos los sentidos y reducido tan sólo a pensamiento. Sentíme como en una tumba....

Después volví a ver a mi hermano, la linterna, el poyo. Pero creí notarle ahora a Angel el semblante como refrescado, apacible y —quizás me equivocaba— diríase restablecido de su aflicción y flaqueza anteriores. Tal vez, repito, esto era error de visión de mi parte, yá que tal cambio no se puede ni siquiera concebir.

—Me parece verla todavía —continué sollozando— no sabiendo la pobrecita qué hacer para la dádiva y arguyéndome:— Ya te cogí, mentiroso; quieres decir que lloras cuando estás riendo a escondidas. Y me besaba a mí más que a todos ustedes, como que yo era el último también!

Al término de la velada de dolor, Angel parecióme de nuevo muy quebrantado, y, como antes de la centella, asombrosamente descarnado. Sin duda, pues, había yo sufrido una desviación en la vista, motivada por el golpetazo de luz del meteoro, al encontrar antes en su fisonomía un alivio y una lozanía que, naturalmente, no podía haber ocurrido.

Aún no asomaba la aurora del día siguiente, cuando monté y partí para la hacienda, despidiéndome de Angel que quedaba todavía unos días más, por los asuntos que habían motivado su arribo a Santiago.

Finada la primera jornada del camino, acontecióme algo inaudito. En la posada hallábame reclinado en un poyo descansando, y he aquí que una anciana del bohío, de pronto mirándome asustada, preguntóme lastimera:

—¿Qué le ha pasado, señor, en la cara? Parece que la tiene usted ensangrentada. Dios mío!...

Salté del asiento. Y al espejo advertíme en efecto el rostro encharcado de pequeñas manchas de sangre reseca. Tuve un fuerte calor-frió, y quise correr de mí mismo. Sangre? De dónde? Yo había juntado el rostro al de Angel que lloraba.... Pero.... Nó. Nó. ¿De dónde era esa sangre? Comprenderáse el terror y el alarma que anudaron en mi pecho mil presentimientos. Nada es comparable con aquella sacudida de mi corazón. No habrán palabras tampoco para expresarla ahora ni nunca. Y hoy mismo, en el cuarto solitario donde escribo está la sangre añeja aquella y mi cara en ella untada y la vieja del tambo y la jornada y mi hermano que llora y a quien no beso y mi madre muerta y...

.... Al trazar las líneas anteriores he huído disparado a mi balcón, jadeante y sudando frío. Tal es de espantoso y apabullante el recuerdo de esa escarlata misteriosa....

¡Oh noche de pesadilla en esa inolvidable choza, en que la imagen de mi madre muerta alternó, entre forcejeos de extraños hilos, sin punta, que se rompían luego de sólo ser vistos, con la de Angel, que lloraba rubies vivos, por siempre jamás!

Seguí ruta. Y por fin, tras de una semana de trote por la cordillera y por tierras calientes de montaña, luego de atravesar el Marañón, una mañana entré en parajes de la hacienda. El nublado espacio reverberaba a saltos con lontanos truenos y solanas fugaces.

Desmonté junto al bramadero del portón de la casa que da al camino. Algunos perros ladraron en la calma apacible y triste de la fuliginosa montaña. ¡Después de cuánto tiempo tornaba yo ahora a esa mansión solitaria, enclavada en las quiebras más profundas de las selvas!

Una voz que llamaba y contenía desde adentro a los mastines, entre el alerta gárrulo de las aves domésticas alborotadas, pareció ser olfateada extrañamente por el fatigado y tembloroso-solipedo que estornudó repetidas veces, enristró casi horizontalmente las orejas hacia adelante, y, encabritándose, probó a quitarme los frenos de la mano en son de escape. La enorme portada estaba cerrada. Diríase que toquéla de manera casi maquinal. Luego aquella misma voz siguió vibrando murros adentro; y llegó instante en que, al desplegarse, con medroso restallido, las gigantescas hojas del portón, ese timbre bucal vino a pararse

en mis propios veintiseis años totales y me dejó de punta a la Eternidad. Las puertas hiciéronse a ambos lados.

¡Meditad brevemente sobre este suceso increíble, rompedor de las leyes de la vida y la muerte, superador de toda posibilidad; palabra de esperanza y de fe entre el absurdo y el infinito, innegable desconexión de lugar y de tiempo; nebulosa que hace llorar de inarmónicas armonías incognoscibles!

¡Mi madre apareció a recibirme!

—Hijo mío! —exclamó estupefacta.— Tú vivo? Has resucitado? ¿Qué es lo que veo. Señor de los Cielos?

Mi madre! Mi madre en alma y cuerpo. Viva! Y con tanta vida, que hoy pienso que sentí ante su presencia entonces, asomar por las ventanillas de mi nariz, de súbito, dos desolados granizos de decrepitud que luego fueron a caer y pesar en mi corazón hasta curvarme senilmente, como si, a fuerza de un fantástico trueque de destino, acabase mi madre de nacer y yo viniese, en cambio desde tiempos tan viejos, que me daban una emoción paternal respecto de ella.

Sí. Mi madre estaba allí. Vestida de negro unánime. Viva. Ya no muerta. Era posible? No. No era posible. De ninguna manera. No era mi madre esa señora. No podía serlo. Y luego ¿qué había dicho al verme? ¿Me creía, pues, muerto?

—Hijo de mi alma!— rompió a llorar mi madre y corrió a estrecharme contra su seno, con ese frenesí y ese llanto de dicha conque siempre me amparó en todas mis llegadas y mis despedidas.

Yo habíame puesto como piedra. La ví echarme sus brazos adolorados al cuello, besarme ávidamente y como queriendo devorarme y sollozar sus mimos y sus caricias que ya nunca volverán a llover en mis entrañas. Tomóme luego bruscamente el impassible rostro a dos manos, miróme así, cara a cara, acabándome a preguntas. Yo, después de algunos segundos, me puse también a llorar, pero sin cambiar de expresión ni de actitud: mis lágrimas parecían agua pura que vertían dos pupilas de estatua.

Por fin enfoqué todas las dispersadas luces de mi espíritu. Retiréme algunos pasos atrás. E hice entonces comparecer ¡oh Dios mío! a esa maternidad a la que no quería recibir mi corazón y la desconocía y la tenía miedo; la hice comparecer ante no sé qué cuando sacratísimo, desconocido para mí hasta ese momento, y la dí un grito mudo y de dos filos en toda su presencia, con el mismo compás del martillo que se acerca y aleja del yunque, con que lanza el hijo su primer quejido, al ser arrancado del vientre de la madre, y con el que parece indicarla que ahí va vivo por el mundo y darla al mismo tiempo, una guía y una señal

para reconocerse entrambos por los siglos de los siglos. Y gemí fuera de mí mismo:

—Nunca! Nunca! Mi madre murió hace tiempo. No puede ser....

Ella incorporóse espantada ante mis palabras y como dudando de si yo era yo. Volvió a estrecharme entre sus brazos, y ambos seguimos llorando llanto que jamás lloró ni llorará ser vivo alguno.

—Sí— la repetía.— Mi madre murió ya. Mi hermano Angel también lo sabe.

Y aquí las manchas de sangre que advirtiera en mi rostro, pasaron por mi mente como signos de otro mundo.

—Pero, hijo de mi corazón! —susurraba casi sin fuerzas ella.— ¿Tú eres mi hijo muerto y al que yo misma ví en su ataúd? Sí. ¿Eres tú, tú mismo! ¡Creo en Dios! ¡Ven a mis brazos! Pero ¿qué?... ¿No ves que soy tu madre? ¡Mírame! ¡Mírame! ¡Pálpame, hijo mío! ¿Acaso no lo crees?

Contempléla otra vez. Palpé su adorable cabecita encanecida. Y nada. Yo no creía nada.

—Sí, te veo —la respondí— te palpo. Pero no creo. No puede suceder tanto imposible.

Y me reí con todas mis fuerzas!

## LIBERACION

Ayer estuve en los talleres tipográficos del Panóptico, a corregir unas pruebas de imprenta.

El jefe de ellos es un penitenciado, un bueno, como lo son todos los delincuentes del mundo. Joven, inteligente, muy cortés, Solís, que así se llama el preso, pronto ha hecho grandes inteligencias conmigo, y hame referido su caso, hame expuesto sus quejas, su dolor.

—De los quinientos presos que hay aquí —afirma,— apenas alcanzarán a una tercera partes quienes merezcan ser penados de esta manera. Los demás nó; los demás son quizás tan o más morales que los propios jueces que los condenaron.

Arcenan sus ojos el ribete de no sé qué platillo invisible, y de amargura. ¡La eterna injusticia!

Viene hacia mí uno de los obreros. Alto, fornido, acércase como alborozado y me dice:

—Señor, buenas tardes. Cómo está usted.— Y me tiende la mano con viva efusión.

No le reconozco. Le pregunto por su nombre.

—¿No recuerda usted? Soy Lozano. Usted estuvo en la cárcel de Trujillo cuando yo también estuve en ella. Supe que lo absolvió el Tribunal y tuve mucho gusto.

En efecto. Ya le recuerdo. Pobre hombre. Fué condenado a nueve años de penitenciaría, por ser uno de los coautores de un homicidio.

Cuando se aleja de nosotros el atento, Solís me inquiere sorprendido:

—Cómo! ¿También usted las había sufrido?

—También —le respondo;— también, amigo mío.

Y le refiero, a mi vez, las circunstancias de mi prisión en Trujillo, procesado por incendio, asalto, homicidio frustrado, robo y asonada...

El sonríe y de nuevo me pregunta:

—Si usted ha estado en Trujillo, debe de haber conocido a Jesús Palomino, oriundo de aquel departamento, que purgó aquí doce años de prisión.

Hago memoria.

—Ahí tiene usted —añade— Aquel hombre era una víctima inocente de la mala organización de la justicia.

Calla breves instantes, y, después de mirarme a la cara con mirada escrutadora, prorrumpe resueltamente:

—Voy a contarle a la ligera lo que a Palomino le sucedió aquí.

La tarde está gris y llueve. Las maquinarias y linotipos cuelgan penosos traquidos metálicos en el aire oscuro y arrecido.

Vuelvo los ojos y distingo a lo lejos la cara regordeta de un preso que sonríe bonachonamente entre los aceros negros en movimiento. Es mi peón. El que está compaginando mi obra. Sonríe este desgraciado a toda hora. Diríase que ha perdido el sentimiento verdadero de su infortunio, o que se ha vuelto idiota.

Solís tose, y, con acento trabajado, empieza su relato:

—Palomino era un hombre bueno. Sucedió que se vió estafado en forma cínica e insultante por un avezado a tales latrocinios, a quien, por ser de la alta sociedad, nunca le castigaron los tribunales. Viéndose conducido, de este modo, a la miseria, y a raíz de un violento altercado entre ambos, sobrevino lo inesperado: un disparo, el muerto, el panóptico. Luego de recluído aquí, el pobre tuvo que sobrelevar tenebrosa pesadilla. Eso era horroroso. Hasta los mismos que le veíamos, hubimos de sufrir su contagio infernal! Qué atrocidad! Más valiera la muerte. Sí, señor. Más valiera la muerte!..

El tranquilo narrador quiere llorar. Se nota que revive nítidamente el pasado, pues se le humedecen los ojos, y tiene que callar un instante para no demostrar en la voz que está sollozando en el alma.

—Cuando me acuerdo —agrega— no sé cómo pudo Palomino resistir tánto. Porque aquello era un tormento indescriptible. No sé por qué conducto fué noticiado de que se le tramaba un envenenamiento dentro de la prisión, desde mucho tiempo antes de ser alojado en ella. La familia del hombre que él mató, le perseguía de esta manera hasta más allá de su desgracia. No se contentaba con verle condenado a quince años de penitenciaría y arrastrar a su familia a una ruina clamorosa: llevaba su sed de venganza aun más abajo. Y ahora se embreñaba en recova por tras de los quicios de los sótanos y entre espora y espora

de los líquenes que crecen entre los dedos carceleros, tanteando el resorte más secreto de la prisión; ahora se movía aquí, con más libertad que antes a la luz del sol para la injusta sentencia, e hincaba las pestañas de infame emboscada en la atmósfera que había de venir a respirar el condenado. Noticiado éste de ello, sufrió, como usted comprenderá; terrible sorpresa; lo supo, y nada pudo desde entonces ya desvanecerse. Un hombre de bien, como él, temía una muerte así, no por él, claro, sino por ella y por ellos, la inocente prole atravesada de estigma y orfandad. De allí la zozobra de minuto en minuto y el sobresalto a cada trance de su vida cotidiana. Diez años había pasado así, cuando le ví por primera vez. Despertaba en el ánimo ese atormentado, no ya lástima y compasión, sino un religioso y casi beatífico transporte inexplicable. No daba piedad. Llenaba el corazón de algo quizás más suave y tranquilo y dulce casi. Mirándole, yo no sentía impulsos de deschapar sus hierros, ni de encorecer sus llagas que crecían verdinegras en el fondo de todos sus fondos. Yo no habría hecho nada de esto. Mirando tamaño suplicio, tan sobrehumana actitud de pavor, siempre quise dejarle así, marchar paso a paso, a sobresaltos, a pausas, filo a filo, hacia la encrucijada fatal, hacia la jurada muerte, tanto tiempo ha revelada. No movía Palomino por entonces a socorro. Sólo llenaba el corazón de algo quizás más vago e ideal, más sereno y casi dulce; y era grato, de un agrado misericordioso, dejarle subir su cuesta, dejarle cruzar los pasillos y galerías en penumbra, y entrar y salir por las celdas frías, en su horrendo juego de inestables trapecios, de velos de agonía, al acaso, sin punto fijo donde ir a parar. Con su barba roja a vellones y sus verdes-ojos de alga polar, el uniforme estropeado, asustadizo, azorado, parecía atisbarlo todo siempre. Un obstinado gesto de desconfianza resbalaba por sus labios de justo pavorido, por sus cabellos bermejos, por sus sainados pantalones y aun por sus dedos desvalidos, que buscaban en toda la extensión de su capilla de condenado, sin poderlo hallar nunca, un lugar seguro en que apoyarse. ¡Cuántas veces le ví quizás al borde de la muerte! Un día fué aquí, en la imprenta, durante el trabajo. Callado, meditabundo, taciturno, Palomino hallábase limpiando unas fajas de jebe negro, en un ángulo del taller, y, de cuando en cuando, echaba una mirada recelosa en torno suyo, haciendo girar furtivamente los globos de sus ojos, con el aire visionario de los de una ave nocturna que entreviese fatídicos fantasmas. De repente tuvo un brusco movimiento. Uno de los compañeros de labor, en quien yo había sorprendido repetidas ocasiones marcados gestos y extrañas palabras de sutil aversión, tal vez inmotivada, hacia Palomino, mirábale de hito en hito, desde el lado opuesto de la estancia. Tal conducta, cuya

intención no podía, desde luego, serle grata a mi amigo, por los antecedentes que dejo ya anotados, le hizo experimentar un brusco movimiento de desasosiego y agudo escozor destempló todos sus nervios. El gratuito odiador, a su vez, advirtióse sorprendido, y, perdida la serenidad, con torpeza y turbación asaz significativas, vertió de un pequeño frasco de vidrio, algunas gotas; el color y la densidad de éstas fueron envueltas y veladas casi completamente por una aligera voluta de humo que en tal instante venía del lado de los motores. No sé decir dónde fueron a caer esas largas misteriosas lágrimas; pero quien las había vertido siguió agitándose entre los objetos de su trabajo, cada vez con más visible turbación, hasta el punto de no tener posiblemente conciencia de lo que hacía. Palomino le observaba estático, sobrecogido de presentimiento, con las pupilas fijas, pendientes de aquella maniobra que inspirábale intensa expectación y angustiosa zozobra. Luego las manos del trabajador fueron a ensamblar un lingote de plomo entre otras barras dispuestas en la mesa de labor. Entonces Palomino cesa de aguardarle, y, atónito, abstraído, bajos los ojos, superpone círculos con la fantasía herida de sospecha, desembroca afinidades, vuelve a sorprender nudos, a enjaezar intenciones fatales y rematar siniestras escaleras... Otro día ingresó de la calle una desconocida visita, la cual acercóse al linotipista y le habló largo rato: no se percibían sus palabras entre el ruido de los talleres. Palomino saltó, plantóle la vista, analizándole de pies a cabeza, a hurtadillas, pálido de temor... "Palomino! Veal!" —le consolaba yo— "Olvide usted eso; creo que no puede ser". Y él, por toda respuesta, apoyaba las sienes entre ambas manos, tintas de encierro y desamparo, vencido, sin fuerzas. A los pocos meses de haberseme traído aquí, él era mi mejor amigo, el más leal, el más bueno.

Solís se emociona visiblemente y yo también.

—Tiene usted frío?— me interroga con súbita ternura.

Hace rato, sin duda, la estancia está llena de una neblina densa que azulea en extraños cendales en torno a las ampolletas de luz roja. Por los altos ventanales vese que sigue lloviendo. Hace mucho frío en verdad.

Suenan como entre apretados algodones impregnados de limalla de hielo, notas dispersas de un solfeo distante. Es la banda de músicos de la Penitenciaría que ensayan el himno del Perú. Suenan esas notas, y desusada sugestión ejercen ahora en mi espíritu, hasta el punto de casi sentir la letra misma de la canción, engarzada sílaba por sílaba, o como clavada con gigantescos clavos en cada uno de los sonidos errantes.

Las notas se cruzan, se iteran, patealean, chirrían, vuelven a iterarse, destrozan tímidos biseles.



—¡Ah, qué suplicio el de aquel hombre!— exclama el preso con creciente lástima. Y continúa narrando entre silencios continuos, durante los cuales sin duda trata de atrapar los tremendos recuerdos:

—Era una obsesión indestructible la suya, cimentada sabe Dios por quién, para no caer nunca. Muchos decían: “Está loco Palomino”. Loco! ¿Puede acaso estar loco quien en circunstancias normales, cuida de su existencia en peligro? ¿Y puede estarlo quien, sufriendo los zarrazos del odio, aun con la complicidad misma de la justicia, precave aquel peligro y trata de pararlo con todas sus fuerzas exacerbadas de hombre que lo cree posible todo, por propia experiencia de dolor? Loco! No. Demasiado cuerdo quizá! ¿Quién, con qué formidable persuasión, sobre cuáles incuestionables visos de posibilidad, habíale infundido tal idea? A pesar de haberme expuesto Palomino muchas veces los torvos alambres ocultos que, según él, podrían vibrar desde fuera hasta el hilo de su existencia, difícil me era ver claramente aquel peligro. “Como usted no conoce a esos malvados”,... refunfuñaba impertérrito Palomino. Yo, luego de argumentarle cuanto podía, me callaba. “Me escriben de mi casa —díjome otro día— y vuelven a dármele a entender; puede venir pronto mi indulto, y pagarían cualquier precio por evitar mi salida. Sí. Hoy más que nunca, el peligro está a mi lado, amigo mío...” Y sus últimas palabras ahogáronle en desgarradores sollozos. La verdad es que, ante la constante desesperación de Palomino, llegué a sufrir, a veces, sobre todo en los últimos tiempos, repentinas y profundas crisis de duda, admitiendo la posibilidad de cualquiera alevosía, aun de la más negra para su vida, y llegué hasta a asegurárselo, a mi vez, a los demás amigos de la prisión, alegándoles, probándoles por medio de no sé qué insospechados aportes de peso decisivo, la sensatez con que razonaba Palomino. Más todavía. Hubo ocasiones en que ya no era duda lo que yo sentía, sino seguridad incontrovertible del peligro, y yo mismo salíale al encuentro con nuevas sospechas y vehementes advertencias de mi parte, sobre el horror de lo que podía sobrevenir, y esto lo hacía precisamente cuando él se hallaba tranquilo, en algún olvido visionario. Diríase, que entonces era en mí en quien se había metido el terror más adentro que en él mismo. Yo le quería mucho, es cierto; yo me interesaba intensamente por su situación, siempre de pie a la cabecera de su espanto; y de tácito modo le ayudaba a escudriñar los cárbos de su pesadilla; en fin, yo llegué por último, a registrar de hecho los bolsillos y los menores actos de numerosos compañeros y empleados del establecimiento, tanteando el escondido pelo de su tragedia inminente.... todo esto es verdad. Pero también verá usted, por cuanto le refiero, que, a fuerza de interesarme tanto por Palomino, iba convirtiéndome en su propio torturador, en un verdadero

verdugo suyo. —“¡Tenga usted cuidado!” —le decía yo con agorera angustia. Palomino daba un salto, y trémulo volvíase a todos lados y quería huir sin saber por donde. Y ambos dos experimentábamos entonces, acerba, terrible desesperación, vallados por los muros de piedra, invulnerables, implacables, absolutos, eternos. Palomino, desde luego, no comía casi. Cómo iba a comer. No bebía. No hubiera respirado. En cada migaja veía latente el veneno mortal. En cada gota de agua. En cada adarme de la atmósfera. Su tenaz escrupulosidad sutilizada hasta la hiperestesia, le hacía parecer los más triviales movimientos ajenos, relacionados con los alimentos. Alguien, cierta mañana, comía a su lado, pau del bolsillo. Palomino vióle llevarse a los labios el mendrugo, y, tras una enérgica mueca de repulsa, escupió varias veces y fué a enjuagarse. “Tenga usted siempre cuidado!” —le repetía yo cada día con más frecuencia. Dos, cuatro veces diarias este alerta resonaba entre ambos. Yo me desahogaba, sabiendo que de este modo, Palomino se cuidaría más y alejarse mejor del peligro. Me parecía, en fin, que cuando yo no le había recordado mucho rato la fatídica inquietud, él podría acaso olvidarla y entonces ¡ay de él!... ¿Dónde estaba Palomino?... Pues, llevado por mi vigilante fraternidad, de un salto llegábame a él, y le susurraba al oído atropelladamente: “¡Tenga usted cuidado!”.... Así me tranquilizaba yo, pues podía estar cierto de que en algunas horas no le sucedería nada a mi amigo. Un día se lo repetí más a menudo que nunca. Palomino oíame, y, luego de la conmoción consiguiente, de seguro me lo agradecía en su pensamiento y en su corazón. Mas, tengo que volver a recordárselo a usted; por este camino traspasaba las lindes del amor y del bien por Palomino y me convertía en su principal tormento, en su propio verdugo. Yo me daba cuenta de este doble valor de mi conducta. Pero —me decía yo allá en mi conciencia— sea lo que fuere: irrevocable imperativo de mi alma, me ha investido de guardián suyo, de curador de su seguridad, y no volveré atrás por nada. Mi voz de alerta palpitaría siempre al lado suyo, en su noche de zozobra, como un despertador para el escudo y la defensa. Sí. Yo no volvería atrás, por nada. Una media noche, desperté sobresaltado, a consecuencia de haber sentido en mitad del sueño, un vivo espasmo misterioso. Tal una válvula abierta de golpe, que me arrojara en todo el pecho un golpe de agua fresca. Desperté, poseído de gran alegría, de una alada alegría, cual si de pronto me hubiera abandonado un formidable peso agobiador, o hubiera saltado de mi cuello una horca, hecha pedazos. Era una alegría ciega, de no sé porqué; y a tientas desperezábase y aleteaba en mi corazón, diáfana, pura. Desperté bien. Hice conciencia. Cesó mi alegría: había soñado que Palomino era envenenado. A la mañana siguiente, el sueño aquel

me tenía sobrecogido, con crecientes palpitaciones de encrucijada: la muerte— la vida. Sentíame en realidad totalmente embargado por él. Asperos vientos de enervante fiebre, corroíanme el pulso, las sienes, el pecho. Debía yo demostrar aire de enfermo, sin duda, pues harto me pesaban las sienes, la cabeza y velaban mi ánima graves pesares. Por la tarde, a Palomino y a mí tocónos trabajar juntos en la Imprenta. Como ahora, los Aceros negros rebullían, chocaban cual reprochándose, rozábanse y se salvaban a las ganadas, giraban quizás locamente, con más velocidad que nunca. Durante toda la mañana y hasta la tarde, el sueño aquel acompañóme terco, irreductible. Mas, ignoro por qué, yo no lo rehuía. Lo sentía a mi lado, riendo y llorando alternativamente, enseñándome, sin son ni ton, una de sus manos, la siniestra, negra; blanca, bien blanquísima la otra, y ambas entrelazándose siempre con extraño isocronismo, en impecable, aterradora encrucijada; la muerte —la vida! la vida— la muerte! Durante todo el día también— y también ignoro por qué— ni una sola vez acudió a mis labios el velador alerta de antes. Absolutamente. Mi sueño anterior parecía sellar mi boca para no verter tal palabra, por su propia diestra albicante y luminosa, de una luminosidad azul, esfumada, sin bordes. De repente, Palomino murmuró a mis oídos, con contenida explosión de lástima e impotencia:— “Tengo sed”. Inmediatamente, empujado por mi solícita hermandad de siempre para con él, apresté una escudilla de greda rojiza, y en ella fui a traerle a que bebiese. El agradeció enternecido, asiéndose del asa de la vasija, como si lo hiciera, a toda firmeza y a entera fe, de mi brazo de amor, y sació su sed hasta que ya no pudo.... Y al crepúsculo, cuando esta vida de punzantes cuidados hacía se más insoportable; cuando Palomino había se agujereado ya toda la cabeza, a punta de zozobras; cuando febril amarillez de un amarillo de hueso viejo, afilábale el rostro desorbitado de inquietud; cuando hasta el médico mismo declarado había que aquel mártir no tenía nada más que debilidad, motivada por malestar del estómago; cuando estaba ya añicos ese uniforme sainado de excesiva, cediza agonía; cuando hasta Palomino había esbozado joh armonía secreta de los cielos! a la vera de las arrugas de su propia frente, fugitiva sonrisa alta, que no alcanzó a saltar a las bajas mejillas, ni a la humana tristeza de sus hombros; y cuando, como hoy, llovía y había neblina por los libres espacios inalcanzables, y arreciaba por aquí abajo un premioso y hosco augurio sin causa... al crepúsculo, acercóse él y me dijo, a sangrantes astillas de voz:— “Solís!... Solís... Ya... ya me mataron!... Solís...” Al verle ambas manos sosteniéndose el vientre y retoriéndose de dolor, sentí, antes que en el fondo de mi corazón, caerme el golpe, en sensación de fuego devorador y crepitante, dentro de mis

propias vísceras integrales. Sus quejas, apenas articuladas, como no queriendo fuesen percibidas más que por mí solo, soplaban hacia mi interior, como avivadas lenguas de una llama mucho tiempo atrás contenida entre los dos, en forma de invisibles comprimidos. ¡De tan seguro modo, con tan viva certidumbre habíamos ambos por igual, esperado aquel desenlace! Mas, luego de sentir como si el áspid hubiérase colado por las venas de mi propio cuerpo, invadióme instantánea, súbita, misteriosa satisfacción. Misteriosa satisfacción! Sí, señor!...

En esto, Solís hizo una mueca de enigmática ofuscación, mezclada de tan sorda ebriedad en la mirada, que me hizo bambolear en el asiento, como con una pedrada furibunda.

Después, enronquecido, a pulso, a grandes toneladas, agregó misteriosamente:

—Y Palomino no amaneció al siguiente día. ¿Había, pues, sido envenenado? ¿Y acaso con el agua que yo le di a beber? ¿O había sido aquello sólo un acceso nervioso suyo y nada más? No lo sé. Sólo dicen que al otro día, mientras yo vime obligado a guardar cama en las primeras horas, a causa de los fuertes golpes nerviosos de la víspera; dicen que entonces vino un hijo suyo a noticiar a su padre habersele concedido el indulto, y ya no le encontró. Le había respondido la Dirección del establecimiento: “En efecto. Concedido el indulto para su padre, ha sido puesto en libertad esta mañana”.

El narrador tuvo en esto un mal contenido gesto de tormento que me impulsó a decirle, solícito y consternado:

—No... No... No vaya usted a llorar!..

Y, haciendo súbito paréntesis, volvió Solís a preguntarme con honrada ternura, cómo antes:

—¿Tiene usted frío?

Yo le interrumpo anhelante:

—¿Y después?

—Y después... nada.

Y luego, Solís calló hasta la muerte. Y luego, como cosa aparte, lleno de amor y amargura a un tiempo, añadió:

—Pero Palomino, que ha sido siempre un hombre bueno y mi mejor amigo, el más leal, el más bondadoso; a quien yo quería tanto, por cuya situación me interesaba intensamente, a quien le ayudé a escudriñar su futuro amenazado, y por quien llegué hasta registrar de hecho los bolsillos y los actos de los demás; Palomino no ha vuelto más por aquí, ni se acuerda de mí. Es un ingrato. Qué le parece!

Se oye de nuevo a la banda de músicos de la Penitenciaría tocar el himno del Perú. Ahora ya no solfean. El coro de la canción es to-

cado por toda la banda y en su integral sinfonia. Suenan las notas de ese himno, y el preso que permanece en silencio, sumido en sus hondas cavilaciones, agita de pronto los párpados en vivo aleteo y exclama con gesto alucinado:

—Es el himno el que tocan! ¿Lo oye usted? Es el himno. Qué claro! Parece hacerse lenguas:

Soo-mos-liii-bres....

Y al tararear estas notas, sonríe y ríe por fin con absurda alegría.

Luego vuelve a la reja inmediata los encandilados ojos, en los que está brillando un brillo de lágrimas ardidas. Salta del asiento, y, tendiendo los brazos, exclama con júbilo que me estremece hasta los huesos:

—¡Ola, Palomino!....

La noche ha cuajado.

Alguien avanza hacia nosotros, a través de la cerrada verja silente e inmóvil.

## EL UNIGENITO

Sí. Conocí al hombre a quien luego aconteció mucho acontecimiento. Tanto tuvo, pues, haberme ido en lo sucedido a aquel sujeto, en verdad, siempre digno de curiosidad y holgadas meditaciones, a causa del aire de espantadiza irregularidad de su modo de ser... La ciudad le tenía por loco, idiota o poco menos. A ser franco, diré que yo nunca le tuve en igual concepto. Yerro. Sí le tuve como anormal, pero sólo en virtud de poseer un talento grandeocéano y una auténtica sensibilidad de poeta.

Cierta vez hasta almorzamos juntos en el hotel. Otra vez comimos. Y tomamos desayuno otro día. Y así durante cuatro o cinco meses seguidos, que vivió solo, por ausencia de los suyos del lugar. Lato humor el de nuestra mesa. Hasta las finas lozas pálidas y los cristales, sonreín con brillo inteligente en su límpida dentadura de turno. Un charlador endemoniado el señor Marcos Lórenz. Yo estaba lindo. A poco le llegué a tener cariño y a extrañarle harto, cuando faltaba al restorán.

El señor Lórenz era soltero y no tenía hijo alguno. A la sazón contaba diez años, como enamorado de una aristocrática dama de la ciudad. Diez años. No sonriáis. Sí. El señor Lórenz amaba a su amada hacía una década. El mismo habíamelo declarado, así como también que ella, a pesar de no haber estado juntos jamás, lo sabía todo, y quizá, a su vez, le amaba un tanto, pues el señor Lórenz la escribía su cariño a menudo. Viejo amor flamante siempre aquél, vibrando día tras día, desde el mismo traste, desde el mismo sostenido en sí bemol, hasta haberse ecado en todos los oídos del distrito, donde nadie ignoraba semejante historia neoplatónica, a la que, desde la primera a la última página, exornaba un texto igual, con sólo ligeras variaciones tipográ-

ficas y, posiblemente, hasta gramaticales. ¡Viejo amor flamante siempre aquél!

—Acaso me ama un poco!— repetíase en la mesa el señor Lórenz, ovalando un mordisco episcopal sobre el sabroso choclo de mayo, que deshacíase y lactaba, de puro tierno, entre los cuatro dígitos del tenedor argénteo. Por que, en verdad, mi excelente contertulio no parecía estar muy seguro de lo que sentiría por él la dama de su corazón. Tanto, que muchas veces, su tranquilidad ante esta incertidumbre, y la longevidad de semejantes relaciones estadizas, tornábanme descreído, y hacíanme pensar que todo no podía pasar acaso de un reverendísimo boato de vanidad inofensiva, de parte del señor Lórenz, ya que él era apenas un ciudadano más o menos herbolario, y ella un divino anélido de miel, hecho para volverle agua la boca al más ahito de los salomones de la tierra. Mas vino prueba en contrario, una mañana en que ingresó el señor Lórenz al restorán. ¿Qué le pasaba al señor Lórenz? ¿Qué cara traía, tan a crespas facciones trabajada?

—¿Algún borrón en la tela, amigo mío?

—Nada —respondióme en un mugido— Sólo que acaba de pasar ella, acompañada de un bribón, de quien ya me han noticiado como novio suyo.....

—¿Cómo! —aducíle sarcásticamente— Y usted? ¿Y sus diez años de amor?....

El señor Lórenz salióme entonces al encuentro, pidiendo un anti-pasto de jamón del país y sardinas. Servido éste, añadió regocijado:

—Parece estar mejor que el de ayer.

Y, como si se vendase una ligera picazón de insecto, voceó:

—Mozo! Whisky!

No obstante lo cual, notificado quedaba yo, con roja cédula de celos, que, verdaderamente, lo que el señor Lórenz sentía por aquella dama, era una pasión a todo cuadrante. No cabía duda. ¡Viejo amor flamante siempre el suyo!

Una tarde leí, poco después, en uno de los diarios locales:

*Enlace concertado.*— Ha quedado concertado el enlace del señor Walter Wolcot, con la señorita Nériida del Mar.

Pesía! Pobre señor Lórenz! Qué amargas calabazas le florecían. Calabazas decenarias. Aquel divino anélido de miel iba a subjuntivar su áureo nombre aqueo, al rápido de truts del bribón de quien ya habían noticiado al señor Lórenz, como prometido de Nériida.

Terrible pesar sobrevino a mi amigo, como podrá suponerse, ante el anuncio de aquel matrimonio. Acabáronse las sobremesas plácidas; y las aguas de oro y los espumosos benedictines de antes, quizás sólo llo-

raban ahora, estancados en las pupilas de este nuevo José Matías, que, desde entonces, parecía estar siempre pronto a verter lágrimas de desesperación. Acabóse el buen humor que arcenara, en jocunda guardilla tornasol, la fraternal efusión de los almuerzos soleados y las florecidas cenas retardadas; pues, aun cuando el apetito por las buenas viandas arreciaba con fuerza mayor en el señor Lórenz, a raíz de su sétima caída romántica, quijarudo Pierrot punteaba ahora en su alma herida, ahora que los días y las noches le aperreaban con ocasos moscardados de recuerdos, y lunas amarillas de saudad.

No volvió el señor Lórenz a decir palabra alguna sobre Nérida. Caviloso, callado, sólo de vez en tarde, enventanaba la taciturnidad del yantar, para estornudar algún versículo del Eclesiastés, entre cuyas cenizas aventaba, con aire confinado de orfandad, su desventura. Ante éste, que podría llamarse, trágico palimpsesto de amor, tenté, en más de una ocasión, escarbar el secreto de sus pensares, a fin de ver si en algo podría yo aliviarle. Pero nada. Siempre que resolvíame a interrogarle, sentía al hombre trancarse a piedra y lacre, pecho adentro, para toda pregunta o confidencia.

Luego, dos mil ciento sesentidós horas.

Y un domingo al medio día, la orquesta lanza una torreada marcha nupcial, entre las pilastras de rancias molduras provinciales, y bajo los domos iluminados del templo, cuyo altar mayor resplandece enguirnaldado de albos azahares goteantes de campo y de rocío.

Veíase, por la pompa del cortejo, que eran Nérida y el señor Walter Wolcot, quienes, en tales instantes, recibían la bendición del Todopoderoso, en matrimonio; y que, a un tiempo mismo, el destino del muy amado señor Lórenz, calados el lúgubre clac de unto y los guantes negros, asistía al sepelio de diez sarcófagos ingrátidos, en cuyos labrados campos de azabache, habrían, decorados a la usanza etrusca, verdes ramas de miosotys florecido portadas por piérides mútilas y suplicantes; boscajes de rumorosas uvas vivas, bajo el cielo de puras anilinas anacreónicas; vientos encontrados desnudando árboles de otoño; y montañas de hielos eternos. Dentro de los diez sarcófagos, irían diez relojes difuntos...

Y todo era así, en verdad. Los novios eran Nérida y el caballero de la cuádruple V: él, calvete prematuro, sanguinoso tipo congestionado de clumban empedernido que duerme hasta las tres de la tarde; grandes ojos engallados verdebotella, crónico gesto placentero, como si siempre estuviese celebrando algo; flamante traje de una quasi mortuoria corrección británica. Ella... visiblemente pálida.

Y el otro?... ¡Oh espectáculo de impiedad y de heroísmo! El señor Marcos Lórenz también estaba allí. Le hallé alarmantemente demu-



dado. El, a su vez, me vió, pero no pareció verme. Le saludé con una venia, y no me hizo caso. Muy cerca de la pareja, erguíase aquel hombre, rígido, petrificado en dantesca laceria.

Monseñor, revestido de finísima pelliza de gran tono, mayaba, con voz enronquecida el sagrado latín del sacramento. En los incensarios de plata antigua y cadenillas de oro, ardían los granos de resinas místicas. La orquesta por segunda vez doblaba la llave de sol de la partitura; y, sudoroso, el acólito, murmuraba como en sueños, de capítulo en capítulo sus sílabas rituales.

De súbito, la triste desposanda hizo una extraña cosa. En el preciso momento en que el tonsurado la hacía la pregunta de promesa, alzó ella sus ardientes ojos de ámbar oscuro, inundados en febril humedad, y derecho fué a clavarlos en el otro, en el señor Lórenz. Tal, distraída por entero, no contesta. Algunos del cortejo, notan el inesperado silencio, y, siguiendo la dirección de la mirada de Nérida, la encontraron posada en el pobre José Matías. Y luego, todo como en la duración del relámpago, el señor Lórenz recibió aquella mirada, quebró bruscamente su rigidez tormentosa, de un solo tranco lanzóse hacia Nérida, arrollando a cuantos tropezó a su paso, y, con increíble destreza de ave rapaz, cogióla el rostro estupefacto, y la dió un beso furioso en toda su boca virgen, que entrabrióse como un surco... Luego, el señor Lórenz cayó pesadamente a tierra.

Un revuelo de voces y una repentina parálisis en todos. Y quienes, en són de airada indignación, acercáronse al yacente besador, al inícuo intruso, oreja en pecho oyeron a la Muerte fatigada y sudorosa, sentarse a descansar en el corazón ya helado de aquel hombre. ¡Pobre señor Lórenz! Sólo de esta manera, y en sólo este beso fugaz, frotado y encendido por el total de su vida, en la muerte, logró unir su carne a la carne de su amada, que ¡ay! acaso no le había amado nunca en este mundo.

El desposorio quedó frustrado. Ciega polvareda interpúsose, a gran espesor, entre los que hubieran sido esposos. Nérida también había sufrido en tal instante, seria conmoción nerviosa, y, llevada al lecho de dolor, agravándose fué de segundo en segundo, para morir una hora después de la instantánea muerte del pobre José Matías...

Y hoy, corridos ya algunos años, desde que abandonaran el mundo aquellas dos almas, en esta dorada mañana de Enero, un niño fino y bello acaba de detenerse en la esquina de Belén, un niño extrañamente hermoso y melancólico.

Pasa un ómnibus del cual bajan varios pasajeros. A uno de ellos, señorón de amplió aire mundano, se le cae el bastón. El niño, tan be-

llo y, sobre todo, tan melancólico, gana a recoger la caída caña, enjoyada de oro rojo casi sangre, y se la entrega al dueño que no es otro sino el propio señor Walter Wolcot. Este advierte el rostro del pequeño, y sin saber por qué, sufre fuerte sobresalto. Vacila. Tartamudo agradece, por fin, la gentileza anónima, y, con desesperada vehemencia que lagrimea de misteriosa inquietud, pregunta al niño:

—¿Cómo te llamas?

El infante no responde.

—¿Dónde vives?

El infante no responde.

—¿Cuántos años tiene?

El infante no responde nada.

—¿Tus padres?....

El niño se pone a llorar.....

Una mosca negra y fatigada viene y trata de posarse en la frente del señor Walter Wolcot, a punto en que éste se aleja del niño. Muy distante ya, se la espanta varias veces.

## LOS CAYNAS

Luis Urquizo lanzó una carcajada, y, tragándose todavía las últimas pólvoras de risa, bebió ávidamente su cerveza. Luego, al poner el cristal vacío sobre el zinc del mostrador, lo quebró, vociferando:

—Eso no es nada! Yo he cabalgado varias veces sobre el lomo de mi caballo que caminaba con sus cuatro cascos negros invertidos hacia arriba. ¡Oh, mi soberbio alazán! Es el paquidermo más extraordinario de la tierra. Y más que cabalgarlo así sorprende, maravilla, hace temblar de pavor el espectáculo en seco, simple y puro de líneas y movimientos, que ofrece aquel potro, cuando está parado, en imposible gravitación hacia la superficie inferior de un plano suspendido en el espacio. Yo no puedo contemplarlo así, sin sentirme alterado y sin dejar de huir de su presencia, despavorido y como acuchillada la garganta. Es brutal! Parece entonces una gigantesca mosca asida a una de esas vigas desnudas que sostienen los techos humildes de los pueblos. Eso es maravilloso! Eso es sublime! Irracional!

Luis Urquizo habla y se arrebata, casi chorreando sangre el rostro rasurado, húmedos los ojos. Trepida; guillotina sílabas, suelda y enciende adjetivos; hace de jinete, depone algunas fintas; conifica en álgidas interjecciones las más anchas sugerencias de su voz, gesticula; iza el brazo, ríe; es patético, es ridículo; sugestiona y contagia en locura.

Después dijo:

—Me marchó.— Y corriendo, saltó el dintel de la taberna y desapareció rápidamente.

—Pobre!— exclamaron todos — Está completamente loco.

Urquizo, en verdad, estaba desequilibrado. No había duda. Así lo confirmaba el curso posterior de su conducta. Aquel hombre continuó viendo las cosas al revés, trastrocándolo todo, desviándolo todo, a través

de los cinco cristales ahumados de sus sentidos enfermos. Las buenas gentes de Cayna, pueblo de su residencia, hicieron de él, como es natural, blanco de cruel curiosidad y cotidiana distracción de grandes y pequeños.

Años más tarde, Urquizo, por falta de cura oportuna, agravóse en forma mortal en su demencia, y llegó al más truculento y edificante diorama del hombre que tiene el triángulo de dos ángulos, que se muere de el codo, que ríe ante el dolor, y llora ante el placer: Urquizo llegó a errar allende las comisuras eternas, a donde corren a agruparse, en són de armonía y plenitud, los siete tintes céntricos del alma y del color.

Por entonces, yo le encontré una tarde. Desde que le avisté, pocos pasos antes de cruzarnos, despertóse en mí desusada piedad hacia aquel desgraciado, que, por lo demás, era primo mío en no sé qué remota línea de consanguinidad materna; y, al cederle la vereda, saludándole de paso, tropecéme en uno de los baches de la empedrada calle, y fuí a golpear con el mío un antebrazo del enfermo. Urquizo protestó colérico:

—¿Qué! Está usted loco?

La exclamación sarcástica del alienado me hizo reír; y más adelante fué ella motivo de constantes cavilaciones en que los misterios de la razón se hacían espinas, y empozábanse en el cerrado y tormentoso círculo de una lógica fatal, entre mis sienes. ¿Por qué esa forma de inducción para atribuirme la descompaginación de tornillos y motores que sólo en él había?

Este último síntoma, en efecto, traspasaba ya los límites de la alucinación sensorial. Esto era ya más trascendental, sin duda, desde que representaba, nada menos que un raciocinio, un atar de cabos profundos, un dato de conciencia: Urquizo debía, pues, creerse a sí mismo en sus cabales; debía de estar perfectamente seguro de ello, y, desde este punto de vista suyo, era yo, por haberle golpeado sin motivo, el verdadero loco. Urquizo atravesaba por este plano de juicio normal que se denuncia en casi todos los alienados; plano que, por su desconcertante ironía, hiere y escarnece los riñones más cuerdos, hasta quitarnos toda rienda mental y barrer con todos los hitos de la vida. Por eso, la zurda exclamación de aquel enfermo clavóse tanto en mi alma y todavía me hurga el corazón.

Luis Urquizo pertenecía a una numerosa familia del lugar. Era, por infortunado, muy querido de los suyos, quienes le prestaban toda suerte de cuidados y amorosa asistencia.

Un día se me notició una cosa terrible. Todos los parientes de Urquizo, que convivían con él, también estaban locos. Y todavía más. To-

dos ellos eran víctimas de una obsesión común, de una misma idea, zoológica, grotesca, lastimosa, de un ridículo fenomenal; se creían monos, y como tales vivían.

Mi madre invitóme una noche a ir con ella a saber del estado de los parientes locos. No encontramos en la casa de éstos sino a la madre de Urquizo, quien cuando llegamos, se entretenía en hojear tranquilamente un cartapacio de papeluchos, a la luz de la lámpara que pendía en el centro de la sala. Dado el aislamiento y atraso de aquel pueblo, que no poseía instituciones de beneficencia, ni régimen de policía, esos pobres enfermos de la sien salían cuando querían a la calle; y así era de verlos a toda hora cruzar por doquiera la población, introducirse a las casas, despertando siempre la risa y la piedad en todos.

La madre de los alienados, apenas nos divisó, chilló agudamente, frunció las cejas con fuerza y con cierta ferocidad, siguió haciéndolas vibrar de abajo arriba varias veces, arrojó luego con mecánico ademán el pliego que manoseaba; y, acurrucándose sobre la silla, con infantil rapidez de escolar que se enseria ante el maestro, recogió los pies, dobló las rodillas hasta la altura del nacimiento del cuello, y, desde esta forzada actitud, parecida a la de las momias, esperó a que entrásemos a la sala, clavándonos, cabrilleantes, móviles, inexpresivos, selváticos, sus ojos entelarañados que aquella noche suplantaban asombrosamente a los de un mico. Mi madre asióse a mí asustada y trémula, y yo mismo sentíme sobrecogido de espeluznante sensación de espanto. La loca parecía furiosa.

Pero nó. A la brusca claridad de la cercana lámpara, distinguimos que aquella cara extraviada, bajo la corta cabellera que le caía en crinejas asquerosas hasta los ojos, empezaba luego a fruncirse y moverse sobre el miserable y haraposo tronco, volviéndose a todos lados, como solicitada por invisibles resortes o por misteriosos ruidos producidos en los ferrados barrotes de un parque. La loca, después, como si prescindiera de nosotros, empezó a rasarse y espulgarse el vientre, los costados, los brazos, triturando los fantásticos parásitos con sus dientes amarillos. De breve en breve chillaba largamente, escrutaba en torno suyo y aguaitaba a la puerta, como si no nos advirtiera. Madre, trascurridos algunos minutos de expectación y de miedo, hízome señas de retroceder, y abandonamos la casa.

De esta lúgubre escena hacía veintitrés años cumplidos, cuando, después de haber vivido, separado de los míos durante todo aquel tracto de tiempo, por razón de mis estudios en Lima, tornaba yo una tarde a Cayna, aldea que, por lo solitaria y lejana era como una isla allende las montañas solas. Viejo pueblo de humildes agricultores, separado de

los grandes focos civilizados del país por inmensas y casi inaccesibles cordilleras, vivía a menudo largos períodos de olvido y de absoluta in-comunicación con las demás ciudades del Perú.

Debo llamar la atención hacia la circunstancia asaz inquietante de no haber tenido noticias de mi familia, en los seis últimos años de mi ausencia.

Mi casa estaba situada casi a la entrada de la población. Un acanelado poniente de mayo, de esos dulces y cogitabundos ponientes del oriente peruano, abríase de brazos sobre la aldea que no sé por qué tenía a esa hora, en su soledad y abandono exteriores, cargado olor a desventura, tenaz aire de lástima. Tal una roña de descuido y destrucción inexplicable rezumaba de todas partes. Ni un solo transeunte. Y apenas crucé las primeras esquinas, opacáronse mis nervios, golpeados por una súbita impresión de ruina; y sin darme cuenta, estuve a punto de llorar.

El portón lacre y rústico de la mansión familiar apareció abierto de par en par. Descendí de la cabalgadura, y, jadeante de lacerada ternura, torpe de presagiosa emoción, halando al sudoroso lento animal, avancé zaguán adentro. Inmediatamente, entre el ruido de los cascos, despertáronse en el interior destemplados gritos guturales, como de enfermos que ululasen en medio del delirio y la fatiga.

No podré ahora precisar la suerte de pétreas cadenas que, anillándose en mis costados, en mis sienes, en mis muñecas, en mis tobillos, hasta echarme sangre, mordieronme con fieras dentelladas, cuando percibí aquella especie de doméstica jauría. La antropoidal imagen de la madre de Urquizo surgió instantáneamente en mi memoria, al mismo tiempo que invadíame un presentimiento tan superior a mis fuerzas que casi me valía por una aciaga certeza de lo que, breves minutos después, había de dar con todo mi ser en la tiniebla.

A toda voz llamé casi gimiendo.

Nada. Todas las puertas de las habitaciones estaban, como la de la calle, abiertas hasta el tope. Solté la brida de mi caballo, corrí de corredor en corredor, de patio en patio, de aposento en aposento, de silencio en silencio; y nuevos gruñidos detuviéronme por fin, delante de una gradería de argamasa que ascendía al granero más elevado y sombrío de la casa. Atisbé. Otra vez se hizo el misterio.

Ninguna seña de vida humana; ni un solo animal doméstico. Extrañas manos debían de haber alterado, con artimañoso desvío del gusto y de todo sentido de orden y comodidad, la usual distribución de los muebles y de los demás enseres y menaje del hogar.

Precipitadamente, guiado por secreta atracción, salté los peldaños de esa escalera; y, al disponerme a trasponer la portezuela del terrado,

la advertí franca también. Detúvome allí inexplicable y calofriante tribulación; dudé por breves segundos, y, favorecido por los destellos últimos del día, avisore ávidamente hacia adentro.

Rabioso hasta causar horror, desnaturalizado hasta la muerte, relampagueó un rostro macilento y montaraz entre las sombras de esa cueva. Enristrando todo mi coraje —¡pues que ya lo suponía todo, Dios mío!— me parapeté junto al marco de la puerta y esforcéme en reconocer esa máscara terrible.

¡Era el rostro de mi padre!

¡Un mono! Sí. Toda la trunca verticalidad y el fácil arresto acrobático; todo el juego de nervios. Toda la pobre carnación facial y la gesticulación; la osamenta entera. Y hasta el pelaje cosquilleante, ¡oh la lana sutilísima con que está tramada la inconsútil membrana de justo, matemático espesor suficiente que el tiempo y la lógica universal ponen, quitan y trasponen entre columna y columna de la vida en marcha!

—Khirrrrr... Khirrrrr...— silbó trémulamente.

Puedo asegurar que por su parte él no me reconocía. Removiése ágilmente, como posicionándose mejor en el antro donde ignoro cuando habíase refugiado; y, presa de una inquietud verdaderamente propia de un gorila enjaulado, ante las gentes que lo observan y lo asedian, saltaba, gruñía, rascaba en la torta y en el estucado del granero vacío, sin descuidarse de mí ni por un solo momento, presto a la defensa y al ataque.

—Padre mío!— rompí a suplicarle, impotente y débil para lanzarme a sus brazos.

Mi padre entonces depuso bruscamente su aire diabólico, desarmó toda su traza indómita y pareció salvar de un solo impulso toda la noche de su pensamiento. Deslizóse en seguida hacia mí, manso, suave, tierno, dulce, transfigurado, hombre, como debió de acercarse a mi madre el día en que se estrecharon tanto y tan humanamente, hasta sacar la sangre con que llenaron mi corazón y lo impulsaron a latir a compás de mis sienes y mis plantas.

Pero cuando yo ya creía haber hecho la luz en él, al conjuro milagroso del clamor filial, se detuvo a pocos pasos de mí, como enmendándose allá, en el misterio de su mente enferma. La expresión de su faz barbada y enflaquecida fué entonces tan desorbitada y lejana, y, sin embargo, tan fuerte y de tanta vida interior, que me crispó hasta hacerme doblar la mirada, envolviéndome en una sensación de frío y de completo trastorno de la realidad.

Volví, no obstante, a hablarle con toda vehemencia. Sonrió extrañamente.

—La estrella....— balbuceó con sorda fatiga. Y otra vez lanzó agrios chillidos.

La angustia y el terror me hicieron sudar glacialmente. Exhalé un medroso sollozo, rodé la escalinata sin sentido y salí de la casa.

La noche había caído del todo.

¡Es que mi padre estaba loco! ¡Es que también él y todos los míos creíanse cuadrumanos, del mismo modo que la familia de Urquizo! Mi casa habíase convertido, pues, en un manicomio. El contagio de los parientes! ¡Sí; la influencia fatal!

Pero esto no era todo. Una cosa más atroz y asoladora había acontecido. Un flagelo del destino; una ira de Dios. No sólo en mi hogar estaban locos. Lo estaba el pueblo entero y todos sus alrededores.

Una vez fuera de la casa, echéme a caminar sin saber adónde ni con qué fin, padeciendo aquí y allá choques y cataclismos morales tan hondos que antes ni después los ha habido semejantes que abatieran más mi sensibilidad.

Las calles tenían aspecto de tapiados caminos. Por doquiera que salíame al paso algún transeunte, saltaba en él fatalmente una simulación de antropóide, un personaje mímico. La obsesión zoológica regresiva, cuyo germen primero, brotara tantos años ha en la testa funámbula de Luis Urquizo, habíase propagado en todos y cada uno de los habitantes de Cayna, sin variar absolutamente de naturaleza. A todos aquellos infelices les había dado por la misma idea. Todos habían sido mordidos en la misma curva cerebral.

No conservo recuerdo de una noche más preñada de tragedia y bestialidad, en cuyo fondo de cortantes bordes no había más luz que la natural de los astros, ya que en ninguna parte alcancé a ver luz artificial. ¡Hasta el fuego, obra y signo fundamentales de humanidad, había sido proscrito de allí! Como a través de los dominios de una todavía ignorada especie animal de transición, peregriné por ese lamentable caos donde no pude dar, por mucho que lo quise y lo busqué, con persona alguna que librado hubiérase de él. Por lo visto, había desaparecido de allí todo indicio de civilidad.

Muy poco tiempo después de mi salida, debí de haber tornado a mi casa. Advertíme de pronto en el primer corredor. Ni un ruido. Ni un aliento. Corté la compacta oscuridad que reinaba, crucé el extenso patio y dí con el corredor de enfrente. ¿Qué sería de mi padre y de toda mi familia?

Alguna serenidad tocó mi ánima transida. Había que buscar a todo trance y sin pérdida de tiempo a mi madre, y verla y saberla sana



y salva y acariciarla y oirla que llora de ternura y de gozo al reconocerme, y rehacer, a su presencia, todo el hogar deshecho. Había que buscar de nuevo a mi padre. Quizás, por otro lado, sólo él estaría enfermo. Quizás todos los demás gozarían del pleno ejercicio de sus facultades mentales.

¡Oh, sí, Dios mío! Engañado habíame, sin duda, al generalizar de tan ligero modo. Ahora caía en cuenta de mi nerviosidad del primer momento y de lo mal dispuesta que había estado mi excitable fantasía para haber levantado tan horribles castillos en el aire. Y aun ¿acaso podía estar seguro de la demencia misma de mi padre?

Una fresca brisa de esperanza acariciéme hasta las entrañas.

Franqueé, disparado de alegría, la primera puerta que alcancé entre la oscuridad, y, al avanzar hacia adentro, sin saber por qué, sentí que vacilaba, al mismo tiempo que, inconscientemente, extraía de uno de los bolsillos una caja de fósforos y prendía fuego.

Escudriñaba la habitación, cuando oí unos pasos que se aproximaban por los corredores. Parecían atropellarse.

La sangre desapareció del todo de mi cuerpo; pero no tanto que ello me obligase a abandonar la cerilla que acababa de encender.

Mi padre, tal como le había visto aquella tarde, apareció en el umbral de la puerta, seguido de algunos seres siniestros que chillaban grotescamente. Apagaron de un revuelo la luz que yo portaba, ululando con fatídico misterio:

—Luz! Luz!... Una estrella!

Yo me quedé helado y sin palabra.

Mas, de modo intempestivo, cobré luego todas mis fuerzas para clamar desesperado:

—Padre mío! Recuerda que soy tu hijo! Tú no estás enfermo! Tú no puedes estar enfermo! Deja ese gruñido de las selvas! Tú no eres un mono! Tú eres un hombre, oh, padre mío! Todos nosotros somos hombres!

E hice lumbre de nuevo.

Una carcajada vino a apuñalarme de sesgo a sesgo el corazón. Y mi padre gimió con desgarradora lástima, lleno de piedad infinita.

—Pobre!— Se cree hombre. Está loco....

La oscuridad se hizo otra vez.

Y arrebatado por el espanto, me alejé de aquel grupo tenebroso, la cabeza tambaleante.

—Pobre! —exclamaron todos— Está completamente loco!...

\* \* \*

—Y aquí me tienen ustedes, loco— agregó tristemente el hombre que nos había hecho tan extraña narración.

Acercósele en esto un empleado, uniformado de amarillo y de indolencia, y le indicó que le siguiera, al mismo tiempo que nos saludaba, despidiéndose de soslayo:

—Buenas tardes. Le llevo ya a su celda. Buenas tardes.

Y el loco narrador de aquella historia, perdióse lomo a lomo con su enfermero que le guiaba por entre los verdes chopos del asilo: mientras el mar lloraba amargamente y peleaban dos pájaros en el hombro jadeante de la tarde....

## MIRTHO

Orate de candor, aposéntome bajo la uña indiga del firmamento y en las 9 uñas restantes de mis manos, sumo, envuelvo y arramblo los dígitos fundamentales, de 1 en fondo, hacia la más alta conciencia de las derechas.

Orate de amor, con qué ardencia la amo.

Yo la encontré, al viento el velo lila, que iba diciendo a las tiernas lascas de sus sienas: "Hermanitas, no se atrasen, no se atrasen...." Alfaban sus senos, dragoneando por la ciudad de barro, con estridor de mandatos y amenazas. Quebróse ay! en la esquina el impávido cuerpo: yo sufrí en todas mis puntas, ante tamaño heroísmo de belleza, ante la inminencia de ver humear sangre estética, ante la muerte mártir de la euritmia de esa carnatura viva, ante la posible falla de un lómbar que resiste o de una nervadura rebelde que de pronto se apeala y cede a la contraria. Mas he allí la espartana victoria de ese escorzo! Y cuánta sabiduría, en metalla caliente, cernía la forja de aquese desfiladero de nervios, por todas las pasmadas bocas de mi alma. Y luego, sus muslos y sus piernas y sus prisioneros pies. Y sobre todo, su vientre.

Sí. Su vientre, más atrevido que la frente misma; más palpitante que el corazón, corazón él mismo. **Cetrería** de halconados futuros, de aquilinos parpadeos sobre la **sombra del misterio**. Quién más que él! Adorado criadero de eternidad, **tubulado de todas las corrientes** historiadadas y venideras del pensamiento y del amor. **Vientre** portado sobre el arco vaginal de toda felicidad, y en el intercolumnio **mismo** de las dos piernas, de la vida y la muerte, de la noche y **el día, del ser y el no ser**. Oh vientre de la mujer, donde Dios tiene **su** único hipogeo inescrutable, su sola tienda terrenal en que se abriga cuando baja, cuando sube

al país del dolor, del placer y de las lágrimas. A Dios sólo se le puede hallar en el vientre de la mujer!...

\* \* \*

Tales cosas decía ayer tarde un joven amigo mío, mientras con él discurríamos por el jirón de la Unión. Yo me reía a carcajada limpia. Es claro. El pobre está enamorado de una de tantas bellas mujeres que cruzan por la arteria principal de Lima, elegantes y distinguidas, de 5 a 7 de la tarde. Ayer el ocaso ardía urente de verano. Sol, lujo, flirt, encanto sensual por todas partes. Y mi amigo desflagraba romántico y apasionado, hecho un poseído de veras. Sí. Hecho un orate de amor, como él llamábase entre orgulloso y combatido. Un orate de amor.

Despídime de él, y, ya a solas, llegué a decirme para mí: Orate de amor. Bueno. Pero ¿qué quería significar aquello de orate de candor, apóstrofe de ironía con que inició su jerigonza?

Anoche vino a mí el mozo.

—Escúcheme usted —me dijo, sentándose a mi lado y encendiendo un cigarrillo— Escúcheme cuanto voy a referirle ahora mismo, ya que ello es harto extraordinario, para quedar oculto para siempre.

Miróme con melancolía que taladraba y, echando luego temerosas y repetidas ojeadas hacia los ventanales del aposento, con sigilo y gravedad profunda continuó de este modo:

—¿Usted conoce a la mujer que amo?

—No— le repliqué al punto.

—Perfectamente. No la conoce. Pues ríase de como la esbocé esta tarde. Nada. Esas frases eran sólo truncos neoramas de la gran equis encantada que es la existencia de tan peregrina criatura.

Y armando cinegético, disparado ceño de quien fuera a capturar dos invisibles alimañas, saltó los ojos quizás a un metro fuera de las órbitas, hizo rechinar los dientes y hasta las encías contra las encías, flagelóse desde los lóbulos de las orejas desoladas hasta la punta de la nariz con un relámpago morado; clavó frenético ambas manos entre la greña de erizo como para mesársela, y deletreó con voz de visionario que casi me hace estallar en risotadas:

—Mi amada es 2.

—Sigue usted incomprendible. Su amada es 2? Qué quiere decir eso? Mi amigo sacudió la cabeza abatiéndose.

—Mirtho, la amada mía, es 2. Usted sonríe. Está bien. Pero ya verá la verdad de esta aseveración.

—A Mirtho —agregó— la conocí hace cinco meses en Trujillo, entre una adorable farándula de muchachas y muchachos compañeros míos de bohemia. Mirtho pulsaba a la sazón catorce setiembrés tónicos, una cinta milagrosa de sangre virginal y primavera. La adoro desde entonces. Hasta aquí lo corriente y racional. Mas he allí que, poco tiempo después, el más amado e inteligente de mis amigos díjome de buenas a primeras: “¿Porqué es usted tan malo con Mirtho? ¿Porqué, sabiendo cuánto le ama, la deja usted a menudo para cortejar a otra mujer? No sea así nunca con esa pobre chica”...

Tan inesperada como infundada acusación, en vez de suscitar mi protesta e inducirme a reiterar mi fidelidad a Mirtho, toméla, como comprenderá usted, solo en són de inocente y alado calembour de amistad y nada más, y sonrei para pasmo de mi amigo que, dada su austera y purísima moral en materia de amor, tuvo entonces un suave mohín de reproche hacia mí, arguyéndome que cuanto acababa de decirme tenía toda seriedad. Y, sin embargo, yo nunca había estado con mujer alguna que no fuese Mirtho desde que la conocí. Absolutamente. La queja de mi amigo carecía, pues, de base de realidad; y, si ella no hubiera venido de un espíritu tan fraternal como aquél, habríame dejado sin duda tranquilo y exento del escozor en la conciencia. Pero el cariño casi paternal con que trataba aquel amigo inolvidable todos los acontecimientos de mi vida, investía a tan extraño reproche de un toque asaz inquietante y digno de atención, para que él no me lastimase sin saber porqué. Además por el gran amor que yo sentía hacia Mirtho, dolíame que aquello viniese a perturbar así nuestra dicha.

Desde entonces, continuamente aquel amigo repetíame el consabido reproche, cada vez con más acritud. Yo, a mi vez, reiterábale y pretendía patentizarle por todos los medios posibles mi lealtad para Mirtho. Vanos esfuerzos. Nada. La acusación marchaba, afirmándose con tal terquedad que empezaba yo a creer a su autor fuera de razón. cuando llegó momento en que todos los demás hermanos de bohemia fueron de uno en uno formulándome idéntica tacha a mi conducta.

—Nosotros, todó el mundo —recriminábanme desafortadamente— te hemos sorprendido infraganti, y con nuestros propios ojos. Nada tienes que alegar en contrario. Tú no puedes negar la verdad.

Y en efecto. Si a cuantos me conocían hubiera yo interrogado sobre la verdad de este asunto, todos habrían testificado mis relaciones de amor con la segunda mujer para mí tan desconocida como irreal. Y yo habríame quedado aún más boquiabierto ante semejante fosfeno colectivo, que no otra cosa podía acontecer en el cerebro de mis acusadores.

Pero una circunstancia llamaba mi atención, y era que Mirtho nunca me decía nada que diera a entender ni remotamente que ella supiese de mi supuesta infidelidad. Ni un gesto, ni una espina en su alma, no obstante su carácter vehemente y celoso. De la ciudad entera ¿acaso sólo ella ignoraba mi culpa y ni presentía a través de las generales mormuraciones? Muy más, sí, como me lo echaban en cara, diz que yo solía presentarme por doquiera y sin escrúpulo alguno con la otra. Por todo esto, la ignorancia de parte de Mirtho roíame el corazón al otro lado de la acusación de los demás. En aquella ignorancia, podría asegurar, radicaba de misteriosa manera y por inextricable encadenamiento de motivos, la piedra de toque, y quizás hasta la razón de ser de la impudicia que se me hacía.

Mirtho, sin duda alguna, no sabía, pues, nada de la otra. Esto era incuestionable. Malhadada inocencia suya, en último examen, porque ella, no sé por qué medios, vino a dar a la habladuría azotante de los demás, una cierta vida, un calor y ¡vamos! un sabor de intriga tales, que yo no podía menos que sentirme vacilar arrastrado hasta el filo de una ridícula posición de desconcierto y de absurda atonía.

Ocasión llegó en que habiendo asistido en unión de Mirtho al teatro, nos hallábamos ambos juntos en la sala, cuando en uno de los entreactos, dieron mis ojos con uno de mis amigos. Este distinguióme a su vez e hizome señas para que saliese a atenderle al foyer. Harto nos amábamos con ese muchacho para que, por inusitada que fuera tal invitación en ese instante, yo no la atendiese. Pedí perdón a Mirtho y salí a verle.

—Ahora no lo negarás!—exclamó aquel amigo desde lejos— Allí estás ahora mismo con la otra... Y cuánto se parece a Mirtho!

Repliquéle que nó, que él no se había fijado. Fué todo inútil.

Despedíme riendo y volví al lado de Mirtho, sin haber dado mayor importancia a lo que creí un simple juego de camarada y nada más.

Varias veces, posteriormente, estando con ella, tuve, no sin fuerte sobresaltos y alarmas que terminaban es cierto en seguida, repentina impresión de hallarme en efecto ante otra mujer que no era Mirtho. Hubo noche, por ejemplo, en que esta crisis de duda colmóse en álgida desesperación, por haber percibido un inusitado arrebol de serenidad en el desenvolvimiento de las ondas de un silencio suyo, arrebol completamente extraño a todas las pausas de su voz, y que chilló aquella noche en todo mi corazón. Pero, repito, esas alarmas cedían luego, pensando que ellas deberíanse sin duda a la sugestión obsesiva que podían ejercer los demás cerca de mí.

He de advertir, por lo que esto pudiera dar luz a este enredo, que por raro que parezca el caso, fuera de la vez en que fui presentado a Mirtho, jamás la ví acompañada de tercera persona, y aun más: cuando solía hallarse conmigo, nunca estuvimos sino los dos únicamente.

Así continuaban las cosas, creciente pesadilla que iba a volverme loco, hasta cierta mañana tibia y diáfana en que hallábame en la confitería Marrón, tomando algunos refrescos en compañía de Mirtho. Ante la parva mesa de albo caucho traslúcido estábamos a solas.

—Oye— la murmuré lacerado, como quien manotea a ciegas en un precipicio, mientras las flotantes manos suyas, de un cárdeno espasmódico, subieron a asentar el cabello en sus sienas invisibles— ¿Quieres decirme una cosa?

Ella sonrió llena de ternura y acaso con cierto frenesí.

—Oye, Mirtho adorada!— repetíla titubeante.

Interrumpióme violentamente y me clavó sus ojos de hembra en celo, arguyéndome:

—Qué dices? Mirtho? Estás loco? Con cara de quién me ves?

Y luego, sin dejarme aducir palabra:

—Qué Mirtho es esa? Ah! Con que me eres infiel y amas a otra. Amas a otra mujer que se llama Mirtho. Que tal! Así pagas mi amor!  
Y sollozó inconsolable.

\* \* \*

Calló el adolescente relator. Y, al difuso fulgor de la pantalla, parecióme ver animarse a ambos lados del agitado mozo, dos idénticas formas fugitivas, elevarse suavemente por sobre la cabeza del amante, y luego confundirse en el alto ventanal, y alejarse y deshacerse entre un rehilo telescópico de pestañas.

## CERA

Aquella noche no pudimos fumar. Todos los ginkés de Lima estaban cerrados. Mi amigo que conducíame por entre los taciturnos dédalos de la conocida mansión amarilla de la calle Hoyos, donde se dan numerosos fumaderos, despidióse por fin de mí, y, aporcelanadas alma y pituitarias, asaltó el primer eléctrico urbano y esfumóse entre la madrugada.

Todavía me sentía un tanto ebrio de los últimos alcoholes. ¡Oh mi bohemia de entonces, broncería esquinada siempre de balances ímpares, enconchada de secos paladares, el círculo de mi cara libertad de hombre a dos aceras de realidad hasta por tres sienes de imposible! Pero perdonadme estos desahogos que tienen aún bélico olor a perdigones fundidos en arrugas.

Digo que sentíame todavía ebrio cuando vime ya soló, caminando sin rumbo por los barrios asiáticos de la ciudad. Mucho a mucho aclarábase mi espíritu. Luego hice la cuenta de lo que me sucedía. Una inquietud posó en mi izquierdo pezón. Berbiquí hecho de un hebra de la cabellera negra y brillante de mi novia perdida para siempre, la inquietud picó, revoloteó, se prolongó hacia adentro y trasasóme en todas direcciones. Entonces no habría podido dormir. Imposible. Sufría el redolor de mi felicidad trunca, cuyos destellos trabajados ahora en férrea tristeza irremediable, asomaban larvados en los más hondos paréntesis de mi alma, como a decirme con misteriosa ironía, que mañana, que sí, que como nó, que otra vez, que bueno.

Quise entonces fumar. Necesitaba yo alivio para mi crisis nerviosa. Encaminéme al ginké de Chale, que estaba cerca.

Con la cautela del caso llegué a la puerta. Paré el oído. Nada. Después de breve espera, dispúseme a retirarme de allí, cuando oí que



alguien saltaba de la tarima y caminaba descalzo y precipitadamente dentro de la habitación. Traté de aguaitar, a fin de saber si había allí algún camarada. Por la cerradura de la puerta alcancé a distinguir que Chale hacía luz, y sentábase con gran desplazamiento de malhumor delante de la lamparita de aceite, cuyo verdor patógeno soldóse en mustio semitono a la lámina facial del chino, soflamada de visible iracundia. Nadie más estaba allí.

Dado el aspecto de inexpugnable de Chale, y, según el cual, parecía acabar de despertar de alguna mala pesadilla quizás, consideré importuna mi presencia y resolví marcharme, cuando el asiático abrió uno de los cajones de la mesa y, capitaneado de alguna voz de mando interior e inexorable, que desvainóle el cuerpo entero en resuelto avance, extrajo de un lacónico estuche de pulimentado cedro, unos cuerpos blancos entre las uñas lancinantes y asquerosas. Los puso en el borde de la mesa. Eran dos trozos de mármol.

La curiosidad tentóme. Dos trozos ¿de mármol eran? Eran de mármol. No sé porqué, desde el primer momento, esas piezas, sin haberlas tocado ni visto claramente y de cerca, vinieron a través del espacio, a barajarse entre las yemas de mis dedos, produciéndome la más segura y cierta sensación del mármol.

El chino las volvió a coger, angulando en el aire miradas por demás febriles y de angustioso devaneo, para que ellas no recorrieran ante mí ciertas presunciones sobre la causa de su vigilia. Las cogió y examinólas detenidamente a la luz. Si. Dos pedazos de mármol.

Luego, sin abandonarlos, acodado en la mesa, desaguó entre dientes algún monosílabo canalla que alcanzó apenas a ensartarse en el ojo tajado, dondó el alma del chino lagrimeó de ambición mezclada de impotencia. Hala otra vez el mismo cajón y aupado acaso por un viejo tesón que redivivía por centésima vez, toma de allí numerosos aceros, y con ellos empieza y labrar sus mármoles de cábala.

Ciertas presunciones, dije antes, saltaron ante mí. En efecto. Conocía yo desde dos años atrás a Chale. El mongol era jugador. Y jugador de fama en Lima; perdedor de millares, ganador de tesoros al decir de las gentes. ¿Qué podía significar pues entonces esa vela tormentosa, ese episodio furibundo de artifice nocturno? ¿Y esos dos fragmentos de piedra? Y luego ¿porqué dos y no uno, tres o más? Eureka! Dos dados! Dos dados en gestación.

El chino labraba, labraba desde el vértice mismo de la noche. Su faz, entre tanto, también labraba una infinita sucesión de líneas. Momentos hubo que Chale exaltábase y quería romper aquellos cuerpezuelos que irían a correr sobre el tapete persiguiéndose entre sí, a las ga-

nadas del azar y la suerte, con el ruido de dos cerrados puños de una misma persona, que se diesen duro el uno al otro, hasta hacer chispas.

Por mi parte habíame interesado tanto esta escena, que no pensé ni por mucho en abandonarla. Parecía tratarse de una vieja empresa de paciente y heroico desarrollo. Y yo aguzábame la mente, indagando lo que perseguiría este enfermo de destino. Burilar un par de dados. Y bien?

Tanto se afirma sobre maniobras digitales y secretas desviaciones o enmiendas a voluntad en el cubileteo del juego, que, sin duda, díjeme al cabo, algo de esto se propone mi hombre. Esto por lo que tocaba al fin. Pero lo que más me intrigaba, como se comprenderá, era el arte de los medios, en cuya disposición parecía empeñarse Chale a la sazón, esto es la correlación que debía de prestablecerse, entre la clase de dados y las posibilidades dinámicas de las manos. Porque si no fuese necesaria esta concurrencia bilateral de elementos ¿para qué este chino hacía por sí mismo, los dados? Pues cualquier material rodante sería utilizable para el caso. Pero no.

Es indudable que los dados deben de estar hechos de cierta materia, bajo este peso, con aquel aristaje, exagonados sobre tal o cual impalpable declive para ser despedidos por las yemas de los dedos; y luego, estar pulidos con esa otra depresión o casi inmateria aspereza entre marca y marca de los puntos o entre un ángulo poliédrico y el exergo en blanco de una de las cuatro caras correspondientes. Hay, pues, que suscitar la aptitud de la materia aleatoria, para hacer posible su obediencia y docilidad a las vibraciones humanas, en este punto siempre improvisadas, y triunfadoras por eso, de la mano, que piensa y calcula aun en lo más oscuro y ciego de estos avatares.

Y si no, había que observar al asiático en su procelosa jornada creadora, cincel en mano, picando, rayando, partiendo, desmoronando, hurgando las condiciones de armonía y dentaje entre las innacidas proporciones del dado y las propias ignoradas potencias de su voluntad cambiante. A veces, detenida su labor un punto, contemplaba el mármol y sonreía su rostro de vicioso, melado por la lumbre de la lámpara. Luego con aire tranquilo y amplio, golpeaba, cambiaba de acero, hacía rodar el juguete monstruoso ensayándolo, confrontaba planos tenaz, pacientemente, y cavilaba.

Pocas semanas después de aquella noche, quienes hubo que murmuraban entre atorrantes y demás círculos de la cuerda, cosas estupefacientes e increíbles sobre grandes acontecimientos recientemente habidos en las casas de juego de Lima. De mañana en mañana las leyendas fabulosas crecían. Una tarde del último invierno, en la puerta del Palais

Concert, refería un exótico personaje de biscotelas chorreantes, a un grupo de mozos, que le oían por todas las orejas:

—Chale, para poder ganar esos diez mil soles, no ha jugado limpio. Yo no sé cómo. Pero el chino se maneja una misteriosa, inconstatable prestidigitación sobre el tapete. Eso no se puede negar. Fíjense ustedes —recalcó aquel hombre con gravedad siniestra— que los dados con que juega ese chino, jamás aparecen en las manos de otro jugador que no sea Chale. Hablo sobre datos inequívocos de propia observación. Esos dados tienen, pues, algo. En fin... Yo no sé....

Una noche lanzóme la inquietud al antro donde jugaba Chale.

Era una casa de juego para los más soberbios duelos del tapete.

Había mucha gente en torno de la mesa. La cabestreada atención de todos hacia el paño ganglionado de montones de billetes, díjome que esa era noche de gran borrasca. Abriéronme paso algunos conocidos que entusiastas me echaban a apostar.

Allí estaba Chale. Desde la cabecera de la mesa, presidía la sesión, en su imposible y torturante catadura todopoderosa: dos correas verticales por cuello, desde los parietales chatos de ralo pelaje, hasta las barras lívidas de las clavículas; boca forjada a la mala en dos jebes tensos de codicia, que no se entrecubrían jamás en sonrisa por miedo a desnudarse hasta el hueso; camisa heroica hasta los codos. El latido de la vida saltábase de un pulso al otro, buscando las puertas de las manos para escapar de cuerpo tan miserable. Livor, nauseante sobre los pómulos de caza.

Podría decirse que allí se había perdido la facultad de hablar. Señas. Adverbios casi inarticulados. Interjecciones arrastradas. ¡Oh cuánto quema a veces el resuello branquial de lo que anda muerto, y sin embargo vivo en cada uno de nosotros!

Propúseme observar con toda la sutileza y profundidad de que era capaz, las más mínimas ondas psicológicas y mecánicas del chino.

Rayaba la una de las madrugada.

Alguien apostó cinco mil soles a la suerte. El aire chasqueó como agua caliente estocada por la primera burbuja de la ebullición. Y si quisiera yo ahora precisar cómo eran las caras circunstantes en aquellos segundos de prueba, diría que todas ellas rebasáronse a sí mismas y fueron a ser refregadas y estrujadas con el par de dados entre las propias manos ásperas y fatales de Chale, encendiéndose y afilándose allí, hasta urgir y querer arrancar una novena arista milagrosa a cada dado, como ansiada sonrisa del destino. Chale deshízose violentamente de los dados, como de un par de brasas que chisporroteasen, y rugió una hienada formidable grosería que trascendió en la sala a carne muerta.

Palpéme en mi propio cuerpo como buscándome, y me di cuenta de que allí estaba yo temblando de asombro. ¿Qué había sentido el chino? ¿Porqué arrojó los dados así, como si le hubiesen quemado o cortado las manos? El ánimo de aquellos jugadores todos, como es natural, en contra suya siempre, había, ante tan crestada apuesta, así llegádole a herir de tal manera?

Mientras los dados estuvieron abandonados sobre el paño de esmeralda, vinieron a mi memoria los dos trozos de mármol que ví troquelar a Chale en ya lejana noche. Estos dados, que ahora veía, provenían por cierto de las nacientes joyas de entonces, pues he aquí que ellos eran de un mármol albicante y traslúcido en los bordes y de brillo firme casi metálico en los fondos. Bellos cubos de Dios!

El chino, luego de corta vacilación, recogió otra vez los dados y siguió su juego, no sin algún temblor convaleciente en las sienes que quizás sólo yo percibí con harto trabajo.

Tiró una vez. Barajó. Volvió a tirar dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho veces. La novena pintó quina y sena.

Todos parecieron descolgarse de una picota y resucitar. Todos humanizáronse de nuevo. Por allí se pidió un cigarrillo. Tosieron. Chale pagó dos mil quinientos soles. Yo lancé un suspiro. Luego tragué saliva. Hacía calor.

Fornuláronse nuevas apuestas y continuó la trágica disputa de la suerte con la suerte.

Noté que la pérdida que acababa de tener Chale no le había inmutado absolutamente, circunstancia que venía a echar aún mayor sombra de misterio sobre el motivo de su inusitado raptó de ira anterior que, por lo visto, no podía atribuirse a claro alguno producido en los millares de su banca. De ninguna manera. De veras, aquel fognazo nervioso, por incausado, al parecer, socavaba mi espíritu con crecientes cavilaciones sobre posibles inteligencias del chino con corrientes o potencias que danse más allá de los hechos y de la realidad perceptible. ¿Hasta dónde, en efecto podría Chale parcializar al destino en su favor por medio de una técnica sabia e infalible en el manejo de los dados?

En el primer juego que siguió al de los cinco mil soles, fué de nuevo esta misma cantidad, apuntada esta vez al azar. Varios acompañaron con menores apuestas a las quinientas libras. Y el ambiente de combate fué ahora aun más enteramente hostil al banquero.

Los dados saltaron de la diestra del asiático, juntos, al mismo tiempo, dotados de un impulso igual. Con un instrumento de medida que pudiese registrar en cifras innominables las humanas ecuaciones gestadoras de acción más infinitesimales, habríase constatado la simultá-

neidad absolutamente matemática con que ambos mármoles fueron despedidos al espacio. Y juraría que, al auscultar la relación de avance que desarrollábase entre esos dos dados al iniciar su vuelo, lo que hay de más permanente, de más vivo, de más fuerte, de más inmutable y eterno en mi ser, fundidas todas las potencias de la dimensión física, se dió contra sí mismo, y así pude sentir entonces en la verdad del espíritu, la partida material de esos dos vuelos, a un mismo tiempo, unánimes.

Chale había arrojado los dados constriñendo toda su escultura hacia una desviación anatómica tan rara y singular, que ello turbó aún más mi ya sugestionada sensibilidad. Diríase que en ese momento había el jugador estilizado toda su animalidad, subordinándola a un pensamiento y un deseo únicos a la sazón en su juego.

En efecto. ¿Cómo poder describir semejante movimiento de sus huesosos flancos, arrimándose uno contra otro, por sobre la gritería misma de un silencio de pie suspenso entre los dos guijarros de la marcha; semejante ritmo de los homóplatos transfigurándose, empollándose en trucas alas que, de pronto, crecían y salían fuera, ante la ceguera de todos los jugadores que nada de esto percibían y que me dejaban ¡ay solo ante aquel espectáculo que me castigaba en todo el corazón!... Y aquella confluencia del hombro derecho, quieta, esperando que la frente del chino acabase de ganar todo el arco que la intuición y el cálculo mental de fuerzas, distancias, obstáculos, elementos aceleratrices y hasta del máximo de intervención de una segunda potestad humana, tendían, templaban, ajustaban desde el punto más alto de la vidente voluntad del hombre hasta los cercos lindantes a la omnipotencia divina.... Y esa muñeca pálida, alambreada, neurótica, como de hechicería, casi diafanizada por la luz que parecía portar y transmitir en vértigo a los dados, que la esperaban en la cuenca de la mano, saltando, hidrogénicos, palpitan-tes, cálidos, blandos, sumisos, transustanciadas talvez, en dos trozos de cera que sólo detendríanse en el punto del extendido paño, secretamente requerido, plasmado por los lados que pluga al jugador.... La presencia entera de Chale y toda la atmósfera de extraordinaria e ineludible soberanía, que desarrolló en la sala en tal instante, habíanme envuelto también a mí, como átomo en medio del fuego solar de mediodía.

Los dados volaron, mejor, corrieron tropezándose entre sí, patinando, saltando isócronos a veces, con el rehillo punzante de dos tambores que batieran en redoble de piedra la marcha de lo que no podía volver atrás, aun a pesar de Dios mismo, ante las pobres miradas de aquella estancia, solemne y recogida más que iglesia a la hora de alzar la hostia consagrada.....

Vibrante, grisásea línea trazaba cada dado al rodar. Una de esas líneas empezó a engrosar, fué desdoblándose en manchas unas más blancas que otras; pintó sucesivamente 2 puntos negros, luego 5, 4, 2, 3, y plantóse por fin marcando quina. El otro mármol ¡oh los costados y el espaldar, el hombro y el frontal del jugador! el otro mármol ¡oh la partida simultánea de los dados! el otro avanzó tres dedos más que el anterior, y por parecido proceso de evolución hacia la meta insospechada, fué a presentar también 5 puntos de carbón sobre el tapete. Suerte!

El chino, con la serenidad de quien lee un enigma cuyos términos le fuesen desde mucho antes familiares, hizo ingresar a su banca los cinco mil soles de la apuesta.

Alguien dijo a media voz:

—Es una barbaridad! Siempre las más altas paradas son para Chale. No se puede con él.

El chino, repetí para mí, no hay duda, tiene completo dominio sobre los dados que él mismo labrara, y, acaso, todavía más, es dueño y señor de los más indescifrables designios del destino, que le obedecen ciegame.

Los más poderosos jugadores parecieron encolerizarse y refunfuñar contra Chale, a raíz de la última jugada. La sala entera sacudióse en un espasmo de despecho; y quizá la protesta amordazada de esa masa de seres a los que así golpeaba la invencible sombra del Destino encarnada en la fascinante figura de Chale, estuvo a punto de traducirse en un zarpazo de sangre. Un solo gran infortunio puede más que millares de pequeños triunfos dispersos y los atrae y ata a sus huracanadas entrañas, hasta untarles por fin en su aceite incandescente y funerario. Todos esos hombres debieron sentirse heridos por la última victoria del chino, y, llegado el caso, todos le habrían arrancado la vida a las ganadas. Hasta yo mismo —me aguijonea el remordimiento al recordarlo— hasta yo mismo odié furiosamente a Chale en ese instante.

Siguió una apuesta de diez mil soles al azar. Todos temblamos de expectación, de miedo y de una misericordia infinita, como si fuésemos a presenciar un heroísmo. La tragedia revolcóse cosquillante a lo largo de las epidermis. Las pupilas relincharon casi vertiendo lloro puro: Los rostros alisáronse cárdenos de incertidumbre. Chale lanzó sus dados. Y de este solo cordelazo, apuntaron dos senas en el paño. Suerte!

Sentí que alguien se abría paso a mi lado y me apartaba para adelantarse a la mesa, presionándome, casi acogotándome en forma brutal y arrolladora, como si una fuerza irresistible y fatal impulsara al intruso para tal conducta. Quienes estuvieron a mi lado sufrieron idéntico vejamen del desconocido.

Y he aquí que el chino, en vez de recoger el dinero ganado, hizo de él desusado olvido, para como movido por resorte, volver inmediatamente la cara hacia el nuevo concurrente. Chale se demudó. Parece que ambos hombres chocaron sus miradas, a modo de dos picos que se prueban en el aire.

El recién llegado era un hombre alto y de anchura proporcionada y hasta armoniosa; aire enhiesto; gran cráneo sobre la herradura fornida de un maxilar inferior que reposaba recogido y armado de excesiva dentadura para mascar cabezas y troncos enteros: el declive de los carrillos anchábase de arriba abajo. Ojos mínimos, muy metidos, como si reculasen para luego acometer en insospechadas embestidas; las niñas sin color, produciendo la impresión de dos cuencas vacías. Tostado cutis; cabello bravo; nariz corva y zahareña; frente tempestuosa. Tipo de pelea y aventura, sorpresivo, preñado de sugerencias embrujadas como boas. Hombre inquietante, mortificante a pesar de su alguna belleza; céntrico. Su raza? No acusaba ninguna. Aquella humanidad peregrina quizá carecía de patria étnica.

Tenía innegable traza mundana y hasta de clubman intachable, con su correcto vestir y su distinción, y el desenfado inquerido de sus ademanes.

Apenas este personaje tomó una posición junto al tapete, todo el gas envenenado de ebriedad y codicia, que respirábamos en la sala, inclusive el de la última jugada de diez mil soles, la mayor de la noche, despejóse y desapareció súbitamente. ¿Qué oculto oxígeno traía, pues, aquel hombre? De haberse podido ver el aire entonces, lo habríamos hallado azul, serena y apaciblemente azul. De golpe recobré mi normalidad y la luz de mi conciencia, entre un hálito fresco de renovación sanguínea y de desahogo. Sentí que me liberaba de algo. Hubo un dulce remanso en la expresión de todos los semblantes. El señorío de Chale y todas sus posturas de sortilegio se acabaron.

En cambio, una cosa allí nacía. Una cosa en forma de sensación de curiosidad, primero, luego de extrañeza y de espinosa inquietud. Y esa inquietud partía, indudablemente, de la presentación del nuevo parroquiano. Sí. Pues él —yo lo hubiera afirmado con mi cuello— traía algún propósito apabullante, algún designio misterioso.

El asiático estaba demudado. Desde que éste advirtió al desconocido, no volvió a mirarle cara a cara. Por nada. Aseguraría que le tomó miedo y que en él más que en ningún otro de los presentes, el efecto repulsivo y aborrecible que despertaba ese hombre, fué mucho mayor para ser disimulado. Chale le odiaba, le temía. Esa es la palabra:

le tenía miedo. Además, nadie había visto jamás a tal caballero en aquella casa de juego. Chale ni siquiera le conocía. Detonaba, pues, también por esto su presencia.

El clubman de súbito empezó a respirar con trabajo, como si se asfixiara. Jadeaba mirando fijamente al cabizbajo chino que parecía triturado por aquella mirada, mutilado, reducida a pobres carbones toda su personalidad moral, toda su confianza en sí mismo de antes, toda su beligerancia triunfadora siempre del hado. Chale, cariacontecido, como niño cogido en falta, movía los dedos en el hueco de su diestra temblorosa, queriendo derribarlos por impotencia.

El corro, poco a poco, llegó a converger todas sus miradas en el forastero que aun no había pronunciado palabra. Se hizo silencio.

Por fin el recién llegado dijo dirigiéndose al chino:

—¿Cuánto importa toda tu banca?

El interrogado pestañeó haciendo una mueca apocalíptica y ridícula de desamparo, como si fuese a recibir una bofetada mortal. Y volviendo en sí, balbuceó, sin saber lo que decía:

—Allí está todo.

La banca importaba más o menos cincuenta mil soles.

El hombre equis nombró esta suma, extrajo una cantidad igual de su cartera y con majestad la colocó en el paño, apostándola al azar, ante el pasmo de los circunstantes. El chino se mordió los labios. Y, siempre rehuendo el rostro de su nuevo adversario, empezó a barajar los cubos de mármol, sus cubos.

Nadie acompañó a tan monstruosa y atrevida apuesta.

El apostador único, solitario, sin que nadie, absolutamente nadie, menos el chino, pudiese advertirlo, extrajo del bolsillo su revólver, acercólo sigilosamente al cerebro de Chale, y, la mano en el gatillo, erectó el cañón hacia aquel blanco. Nadie, repito, percibió esta espada de Damocles que quedó suspendida sobre la vida del asiático. Muy al contrario. La espada de Damocles viéronla todos suspendida sobre la fortuna del desconocido, pues que su pérdida estaba descontada. Recordé lo que momentos antes habíase susurrado en la sala:

—Siempre las más altas paradas son para Chale. No se puede con él.

Era su buena suerte? Era su sabiduría? No lo sé. Pero yo era ahora el primero que preveía la victoria del chino.

Eché éste los dados. ¡Oh los costados y el espaldar, el hombro y el frontal del jugador! De nuevo, y con más óptima elocuencia, repitióse ante mis ojos y ante mi alma, el espectáculo extraordinario, la desviación anatómica, la polarización de toda la voluntad que doma y so-



juzga, entraba y dirige los mas inextricables designios de la fatalidad. De nuevo, ante el esfuerzo creador del lanzador de dados, sobrecogido fuí de un cataclismo misterioso que rompía toda armonía y razón de ser de los hechos y leyes y enigmas en mi cerebro estupefacto. De nuevo esa partida simultánea de los dados ante iguales términos aleatorios de apuesta. De nuevo abrí los ojos desmesurándolos para constatar la suerte que vendría a agraciarse al gran banquero.

Los mármoles corrieron y corrieron y corrieron.

El cañón y el gatillo y la mano esperaban. El de la gran parada no miraba los dados: sólo miraba fija, terrible, implacablemente a la testa del asiático.

Ante aquel desafío, que nadie notaba, de ese revólver contra ese par de dados que pintarían el número que pluga a la invencible sombra del Destino, encarnada en la figura de Chale, cualquiera habría asegurado que yo estaba allí. Pero nó. Yo no estaba allí.

Los dados detuviéronse. La muerte y el destino tiraron de todos los pelos.

¡Dos ases!

El chino se echó a llorar como un niño.

# I N D I C E

	Pág.
NOTA BIOGRAFICA .....	7
PROLOGOS .....	
<i>El hombre y su obra</i> .....	11
<i>A la primera edición de "Tungsteno"</i> .....	15
TUNGSTENO .....	17
FABLA SALVAJE .....	103
ESCALAS MELOGRAFIADAS .....	129

## I

CUNEIFORMES: .....	133
<i>Muro Noroeste</i> .....	135
<i>Muro Antártico</i> .....	137
<i>Muro Este</i> .....	139
<i>Muro Dobleancho</i> .....	141
<i>Alfeizar</i> .....	143
<i>Muro Occidental</i> .....	145

## II

CORO DE VIENTOSs .....	147
<i>Más allá de la Vida y la Muerte</i> .....	149
<i>Liberación</i> .....	155
<i>El Unigénito</i> .....	165
<i>Los Caynas</i> .....	171
<i>Mirtho</i> .....	179
<i>Cera</i> .....	185

*Este libro se terminó de imprimir el 8 de febrero de 1948 en los talleres de la imprenta "El Cóndor", bajo la dirección de Jorge Falcón; dibujo y disposición de Carlos Beltrán R. y corrección de Antonio Xammar.— Fue linotipado por Víctor Ruiz; armado por Edmundo Polar; impreso por Néstor Castro; encuadernado por Humberto Ruales y cortado por Antonio Fiscalini.*

**JUAN MEJIA BACA**  
Biblioteca



31